

# El detective nostálgico

José Luis Correa



Lectulandia

Estamos ante una nueva novela negra de la serie de Ricardo Blanco, pero, en este curioso caso, el protagonista es también la víctima de la historia. Efectivamente, nada más empezar, el detective es atacado y herido por un desconocido en la entrada de su casa. Ricardo Blanco ha sobrevivido pero necesita averiguar quién lo quiere muerto, a quién ha hecho tanto daño. Empieza así un misterioso viaje por la isla de Gran Canaria, que es también un viaje interior. La obra, que mantiene todos los rasgos de la literatura de Correa, es esta vez, más que una novela negra, una reflexión sobre la condición humana y un tratado íntimo sobre el miedo.

**Lectulandia**

José Luis Correa

# **El detective nostálgico**

**Ricardo Blanco - 9**

ePub r1.0

Titivillus 08.11.17

Título original: *El detective nostálgico*

José Luis Correa, 2017

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A la memoria de mis padres, Agustín y María.  
A Carlos, que algún día habrá de ser mi memoria.

## Uno

La primera bala destrozó el quinto azulejo contando por la izquierda. La segunda rebotó en un peldaño y fue a incrustarse en el buzón del ático B. La tercera me atravesó la clavícula, dejando tras de sí un dolor silencioso y un olor a carne quemada del que me costó Dios y ayuda desprenderme. El hombre alto me persiguió después por las escaleras durante lo que me pareció una eternidad. Noté sus pasos alongados, fugaces, acaso subiendo los escalones de dos en dos. Escuché un jadeo ronco, el del depredador que busca rematar a su presa, quizá escupirle a la cara el peor de los insultos o explicarle despacito, para que lo entienda bien, por qué va a morir como un perro en el zaguán de su casa. Pensé que era el final. Entonces se me apareció la virgen del primero derecha, mi vecina habanera, linda Elizabeth, que había confundido uno de los disparos con el timbre y se apresuró a abrirme la puerta y a salvarme la vida.

Elizabeth me vio en el rellano, renqueante, la camisa empapada de babas y de sangre, y jaló de mí hacia el interior de su apartamento. No dijo nada. Cerró la puerta con el pestillo. Me llevó hasta el corazón de su minúsculo recibidor con pericia, como si se hubiera visto miles de veces en una situación igual. Y allí nos quedamos los dos en silencio, inmóviles, expectantes: yo con la mano presionada contra la herida del hombro; ella blandiendo un paraguas con empuñadura de caoba para estampárselo al primero que asomara la jeta.

No hubo más tiros. Nada se oyó. Nadie intentó forzar la cerradura. El hombre alto debió de hacer cábalas y no le salía a cuenta tanto ruido. Una cosa era pillarme por sorpresa en el zaguán y otra alertar a todo el vecindario. Eso es otro café. La muerte necesita intimidad también. Sin duda dispondría de una mejor oportunidad. *Just you wait, Henry Higgins, just you wait*, tal como cantaba Eliza Doolittle en *My Fair Lady*. Espera, amigo mío; tú solo espera: ya volveré a por ti más adelante.

La otra Eliza, Elizabeth Monzón (el apellido le venía al pelo; la chica era un aguacero de emociones), tardó menos que nada en quitarme la camisa, empujarme al sofá, buscar un paño limpio que empapó con alcohol y parar la marea roja de mi clavícula. Hablaba poco mi vecina. Lo miraba todo como quien mira por primera vez, con unos ojos redondos de color avellana. Pronto comprendí que, además, tenía un sentido del humor cambiado: ironía para ella debía de ser el nombre de una ginebra. La conversación que mantuvo por teléfono, primero con el servicio de urgencias y luego con la policía, resultó de lo más estrambótica. A ambos les dio la información precisa, ni una palabra gratis, ni un esfuerzo de más. Les ofreció los datos contenidos uno a uno, como la alineación de un equipo de fútbol.

En la puerta, tenía a un hombre herido.  
Sangraba mucho por el hombro.

No había visto a quien le había disparado.  
No sabía si el agresor continuaba en el edificio.  
No pensaba salir al rellano a comprobarlo.  
El peligro, en cualquier caso, persistía.  
Por eso tanto unos como otros debían darse prisa.  
Los médicos, para evitar una muerte.  
La policía, para evitar una masacre.  
Ella se llamaba Elizabeth Monzón.  
Y nada tenía que ver en aquel fregado.

Le hubiera recitado también los suplentes si la conversación se hubiera extendido un poco más. Pero los otros debieron de zanjar la cuestión con una broma que, por supuesto, Elizabeth no pilló. ¿Una buena samaritana? No. Una cubana regular. Ni más ni menos. Pero con los papeles en regla, ¿estábamos? La muchacha no entendió por qué le hacían tantas preguntas, Menudo interrogatorio, compay, ni que hubiera disparado yo. ¿Y de dónde sacaban que les estaba tomando el pelo? ¿A qué venía aquello de prevenirla contra las llamadas falsas a la policía?

Su cara era un poema de puro asombro mientras me presionaba la herida de bala con el paño alcoholizado, Fuerte guineo, oiga; no sé qué parte de la urgencia no entendieron. Elizabeth enjuagó el trapo, enchumbado de sangre, en una escudilla de loza blanca y descascarillada. Y pasó de encuestada a encuestadora. Ella también sabía preguntar, carajo. Y preguntaba a bocajarro, sin tirria pero sin piedad. Quiso saber si conocía a mi agresor, si lo había visto antes, si yo tenía enemigos que me quisieran ver tan muerto.

No fui consciente de mis respuestas. Me escuché confesar, No, no estoy seguro y no que yo sepa. Pero mi voz parecía provenir de otro pecho, de otra garganta, de otra cavidad craneal con un timbre y un tono irreconocibles, ajenos. Solo tenía consciencia de un dolor en el hombro que se expandía a cada respiración, la sacudida rabiosa de un hueso roto y el jeringado olor a carne chamuscada.

En los breves momentos de lucidez pude hacerme una idea del lugar donde estaba. Un apartamento de no más de cincuenta metros, blanco en exceso y adornado con un gusto exótico: cortinas de caña de bambú, muebles de madera envejecida, máscaras africanas en las paredes, velones embutidos en cortezas vacías de coco, flores secas que jamás había visto y plantas vivas que no supe reconocer. De la cocina, que era una costilla del salón mismo, salía un olor a plátano frito y nuez. La puerta de la alcoba estaba abierta y desde el sofá donde me creía morir podía verse el cabezal de una cama sin hacer y una silla de mimbre a modo de mesilla de noche. En el pequeño aparador que había entre ambas estancias, un tarro despedía humo de sándalo. Los pocos libros que habitaban la encimera trataban de los sueños, de la reencarnación, del karma, del yoga kundalini.

No sé cuántas veces le agradecí a la cubana haberme rescatado de la muerte. Ella,

sin un atisbo de emoción en su voz, se limitó a refutar que de la muerte no te rescata nadie. Que simplemente no había llegado mi hora. Que aún me quedaba mucho aprendizaje en esta vida. Porque, si hubiese estado de Dios, ni una docena de puertas blindadas hubieran podido detener las balas. Eso sí: como que la sangre es roja, me advirtió que de una segunda vez no se escapa ni el más suertudo.

Tuve que perder el sentido en algún momento de la cura porque lo siguiente lo viví como en un sueño nebuloso. Para mí que Elizabeth me lanzó un conjuro, un rezado en la lengua de su tribu o algo así. Me acarició el pecho con un pincel bautizado con algún mejunje. Sus ojos se agigantaban para alinearme los chacras y expulsar los demonios de mi cuerpo. Luego hizo un círculo con piedrecitas lisas a mi alrededor y pronunció una plegaria llevándose la mano derecha a la frente y al ombligo una y otra vez.

Cuando llegó la caballería, lejos de serenarse la cosa, se formó un alboroto que fui incapaz de entender. La médico de la ambulancia preguntó qué significaban las piedras en el suelo y los símbolos que yo tenía tatuados en la piel. No veía claro que la magia fuese efectiva ante una herida de bala como la que adornaba mi clavícula, menuda patraña lo de los rezados. Elizabeth replicó que estaban en su casa y ella allí hacía lo que le salía del mismo coño. La médico contraatacó con que, si tan segura estaba de su coño, para qué ídem había pedido una ambulancia.

Tuvo que interceder un policía nacional, al que habían enviado a atender a la llamada de socorro. El agente, que llegó justo en mitad de la refriega, señaló el sofá donde yo me encontraba y zanjó la cuestión con una voz firme y aguardentosa, Miren, me importa lo que se dice un huevo de quién es el herido; ahora, como se les muera, las dos van a tener que dar explicaciones ante el juez como yo me llamo Heriberto Camón; ¿me están oyendo?

Se hizo el silencio.

Las mujeres refunfuñaron algo, cada una en su propia jerga. Agacharon la cabeza. Una borró las huellas del sortilegio. La otra colocó un tensiómetro en mi brazo derecho. A mí me hubiera gustado decir que no sentía el otro brazo, por si eso significaba algo, pero tenía la boca seca y no me salían las palabras. Notaba la saliva apelmazada en la comisura de los labios. Intenté toser para llamar la atención de mis curanderas y a peor la mejoría porque el dolor acabó de desbaratarme.

Me desperté en la cama de un hospital. Al otro lado de un biombo tan fino que no separaba nada, yacía un tipo con las dos piernas escayoladas. Supe que era un tipo y no una tipa por los dedos de los pies y la voz. No paraba de lamentarse. Pensaba demandar a medio mundo. Al ayuntamiento, por no saber señalar los pasos de peatones. Al viejo que lo atropelló, por no saber distinguir entre el acelerador y el freno. Al pollaboba que le dio el permiso de conducir al viejo. Al hospital de porquería en el que se encontraba junto a un desconocido. Al seguro, por no ofrecerle una clínica privada con habitaciones individuales.

No tuve tino para decirle al escayolado en qué agujero podía meterse sus



denuncias. Ni para responder a las preguntas que me hacía Heriberto Camón, de pie ante mi cama, con una libreta de notas y un bolígrafo en el quicio de la oreja. Al hombre no le hubiera servido ni aquello de un pestañeo para un sí y dos para un no porque hasta pestañear suponía un suplicio. Solo quería que me dejaran en paz. De verdad, hombre. Que el de la cama de al lado se callara la boca. Que el policía se fuera a detener a alguien. Que la enfermera de turno, una chica menuda a la que le sobraban la mala leche y el carmín de labios, apagara las luces y cerrara la puerta. Que se acabara aquel martes de mierda.

Alguien me estaba observando. No me hizo falta abrir los ojos para saberlo. El miedo huele, se expande, se cuele por los rincones, tiembla. Y la mujer que aguardaba en la silla de las visitas tenía el miedo desparramado por todo el cuerpo, los hombros crispados, las manos temblorosas que no paraban de pasar compulsivamente las páginas de una revista.

Me gustó verla.

La hubiera preferido en otro momento y en otro lugar pero esa mañana en la habitación del hospital me devolvió algo de la esperanza que el balazo me había arrebatado. Beatriz Guillén llevaba gafas de sol para ocultar sus ojos cuajados de llorar. Intentó sonreír pero el gesto se le quedó a medias, una caricatura de sonrisa, Coño, Ricardo, no me des estos sustos, caramba; yo creía que los tiros eran cosa del cine. Probé a ver si la voz había regresado a mi garganta y me sentí decir, Lo son, amor, lo son; cosas del cine; puede que el tipo de la escalera se creyese John Wayne o qué sé yo.

Deduje que era de mañana por la luz que se filtraba a través de las rendijas de unas cortinas pálidas, sin gracia. El miércoles había nacido hacía unas cuantas horas, casi las mismas que Beatriz llevaba allí, después de que una llamada de Gervasio Álvarez la sacara de la cama. El bueno del inspector la dejó dormir hasta que no pudo más, hasta que ya le pareció hora de contarle lo ocurrido en mi zaguán. A pesar de que lo hizo a su modo resuelto y socarrón (no fue más que un rasguño... apenas hubo sangre... bicho malo nunca muere...), ella se había asustado tanto como para llevar a los niños al colegio media hora antes y salir disparada al hospital.

Al menos esa vez el bicho malo había podido mantener la dignidad. Me habían tiroteado en la escalera de casa y no en un burdel como en la anterior. El resultado venía a ser, en esencia, el mismo: una cicatriz nueva en un cuerpo ya maltrecho y viejo. Pero las circunstancias cambiaban de un modo brutal. A los sicarios de la casa de putas los habían atrapado esa misma noche, mientras que el tipo alto aún andaba suelto por ahí, cualquiera sabía dónde, tal vez preguntándose qué había podido fallar, quizá encabronándose por que yo siguiera vivo, y seguro que estaba planeando la siguiente maniobra.

Entre el sueño y la vigilia, yo también le había estado dando vueltas al asunto y la única conclusión que podía sacar era que se trataba de un aficionado. Lo de los tres disparos y la persecución por las escaleras no encajaba con la actuación de un

profesional. Ni hablar. Un *amateur*. Un chapucero movido por la rabia. Tal vez una venganza. Beatriz tenía cara de estar haciéndose la misma pregunta que mi vecina: ¿quién podía quererme tan mal? Estaba acostumbrada a soportar los peligros que vienen con mi oficio. Pero siempre en mitad de una investigación, cuando me acercaba al final de algo, cuando le había tocado los huevos a algún canalla. En mi caso, hacía una semana me había contratado un médico que recibía amenazas anónimas pero aún andábamos en los prolegómenos, así que nada de canallas en el horizonte.

Le pedí que se moviera unos centímetros. Para verla mejor, como el lobo. Y es que se había sentado al borde del precipicio de la silla y había quedado justo detrás de la botella que desaguaba una solución lechosa en la vena de mi antebrazo. Así las gotas de suero parecían lágrimas que rodaran por las mejillas de Beatriz como un lamento. La mujer depositó la revista sobre sus rodillas y lo que rodó fue el asiento. No quería abandonar su postura de vigía en el acantilado, ojo avizor al menor movimiento del suero y del aparato que marcaba mis latidos, no fuese que tuviera que correr a avisar a la enfermera de los labios de fresa, qué tendría la princesa.

Yo no podía vérsela por culpa de sus gafas de sol pero estuve seguro de que la mirada de la farmacéutica andaría desbocada, alerta a mi rostro ajado por si hallaba una muestra de fatiga, un gesto de dolor, un desfallecimiento. Beatriz jamás llegaría a saber que en aquella habitación de hospital, sedado y deprimido, mi dolor era ella. Ella. ¿Qué derecho tenía yo a hacerle padecer tremenda agonía? ¿Cómo me atrevía a añadir el vinagre del miedo a una herida, la suya, supurante de padres con Alzheimer, niños egoístas y un exmarido desalmado? Mi dolor era ella y yo necesitaba plantearme algunas cosas. Tenía que tomar una decisión de las que hacen costra. Pero eso habría de esperar. Las quejas del vecino de las rodillas rotas y mi propio quebranto me impedían pensar más allá de la ampolla de suero y el goteo incesante que inundaba mis venas.

Alguien volvió a pasarme un paño húmedo, a restregar con fuerza sobre la piel para borrar las manchas de tintura del conjuro habanero. La enfermera de la mala leche rezongaba algo también. Invocaba a los antepasados de Elizabeth pero con poco orgullo y aún menos respeto. Empezaba a estar harto de que anduvieran mangoneándome como si fuera un pelele.

La habitación ochocientos ocho de San Roque deprimía al más bragado. Lo dijo Susana, la mujer de Álvarez, nada más entrar, Esto es deprimente, m'ijo; aquí huele a lejía que tira de culo; tienes que recuperarte ya. Qué más hubiese querido yo que librarme del compañero quejica, la enfermera déspota, el olor a hospital y la botella de suero y los cables. Pero el doctor había sido tajante. Tres días. El viernes por la tarde, con mucha suerte, podría recibir el alta. Susana resopló, qué sabrían ellos. Los médicos vivían de encontrarte enfermedades donde antes solo había una ligera molestia, un rasguño, un lunar. ¿Tres días? Ni loca. Ya lo tenía hablado con Gervasio. Me sacarían de allí esa misma noche.

Sí. Y me llevarían a su casa, donde me atendería ella misma. Donde podría tomar un buen caldo de gallina. Donde Beatriz podría visitarme y hasta tenderse a mi lado en una cama de verdad y no en una silla ortopédica como la que había allí. Donde el hombre alto no me encontraría nunca. Imaginé la escena y no pude menos que tomármela a coña. ¿Yo refugiado en casa de un inspector de policía? ¿En qué lugar iban a quedar mi orgullo y mi honor?

Susana no pilló el sarcasmo. No entendía de honores ni de orgullos. Eso era cosa de machos, siempre dispuestos a medir el valor por el tamaño de los cuernos. No. Yo era como su hermano pequeño y se daría de trompadas con quien fuera por protegerme. En eso llegó otra enfermera, de mirada más dulce, de gestos más livianos, con una bandeja de plástico. El almuerzo. Una crema verde con grumos y un pedazo de pescado seco rodeado de dados de zanahorias y calabacines duros como peladillas. La dejó sobre la mesilla y se marchó. Yo miré la comida. Miré a Susana. Volví a la comida. Se me agotaron las ganas de sarcasmos. Cerré los ojos, Joder, ¿cuándo dicen que me van a sacar de aquí?

## Dos

No fue la luz que entraba por el balcón del cuarto de invitados, una habitación que antes había pertenecido a la hija. No fue la cama espaciosa y mullida. No fue la comida casera de Susana, sus sopas de marisco y sus arvejas. Fue el silencio lo que me devolvió a la vida, un silencio casi de sepulcro. Podía escuchar mi pulso, el latido de mis venas libres de tubos y goteos, mis dudas. Podía pensar en tantas cosas en las que hacía tiempo no pensaba. En el miedo, una palanca tan efectiva para mover el mundo como el valor, el odio o la venganza. El miedo. A perder lo que más me importaba. A poner en peligro a quienes más me querían.

El hombre alto iba a volver, eso era tan cierto como que había un mañana. Iba a volver para acabar su trabajo. Y esa vez no sería tan desmañado. No elegiría el zaguán de mi casa ni la hora en que una vecina zahorí pudiera salvarme. Buscaría un callejón, la oscuridad de la noche, una puñalada silenciosa y traicionera para cerciorarse de que esta vez no fallaba.

El suelo estaba frío. Tanta prisa por sacarme del hospital que nadie reparó en las zapatillas. Ni en las zapatillas ni en el pijama. Hasta que no me puse de pie no me di cuenta de que estaba desnudo. A un lado de la cama había una palangana en la que, aunque no lo recordaba, tuve que haber orinado durante la noche. En la mesilla, una botella de agua de plástico a medio vaciar de la que tuve que haber bebido y un frasco de calmantes que tuvieron que hacerme efecto.

La habitación de invitados de los Álvarez tenía un ropero caoba con puertas de espejo. Un espejo antiguo y cabrón y deformante y sobre todo chivato como sangre en la nieve. El hombre que me observaba desde el ropero también estaba desnudo. También llevaba un vendaje en forma de cruz a la altura del hombro, pero en la otra clavícula. También tenía ojeras de dos noches en vela. Yo lo había visto antes, muchas veces, pero nunca como aquella. Al otro lado de la luna vino a mi encuentro un viejo. Con olor a viejo. Con color de viejo. Con mirada y cuerpo y piernas huesudas de viejo.

Susana apareció por un lado de la imagen, la que mostraba la puerta del pasillo. Venía con un pijama de su marido en la mano, uno de esos de tela jaspeada, pata larga y guayabera con dos bolsillos. Lo que me faltaba para el duro: un viejo con pijama de viejo. Al verme desnudo en mitad de la alcoba se dio la vuelta. Extendió el brazo en el que llevaba la prenda, Con tanto trajín de la mudanza, Ricardo, se nos olvidó ir a buscarte ropa. Cojonudo.

Susana esperó de espaldas a que me vistiera, a buenas horas mangas verdes con la vergüenza. ¿Tenía hambre yo? Más que un perro chico. Pues me estaba esperando un desayuno de marqués: café, fruta, leche, pan de centeno, nueces. Y una sartén lámpara maravillosa que aguardaba mis deseos: ¿huevos, lomo adobado, queso, beicon, jamón serrano? Lo que yo quisiera. ¿Ellos habían desayunado ya? Buenooo. Desde cuándo. Eran las once de la mañana. Sí. Yo había dormido quince horas

tirando por lo bajo, lo necesitaba tras la tormenta. Pero Susana se tomaría un café y un roscón de anís para acompañarme.

Comí como un condenado a muerte. De todo lo que había menos leche. ¿Alérgico? No. Pero me sentaba como un tiro y ya de tiros andaba sobrado, ¿verdad? Susana sonrió, Pues la leche es muy buena para los huesos. Yo acepté a medias el consejo, Sí, lo sé; pero mis huesos ya no tienen remedio.

Hablamos de política, de economía, de moda. Y coincidimos en todo. No teníamos edad para que nos tomaran el pelo. No volveríamos a participar del paripé de unas elecciones en las que votaras lo que votaras siempre gobernaban los mismos y con el mismo resultado: mala educación, poco trabajo y ninguna cultura. Claro que peor estaban los griegos, mal de muchos consuelo de totorotas. Esos sí lo iban a pasar putas en varias generaciones.

La depresión del futuro próximo nos llevó a la que provocaba el presente cercano. Susana me echó una ojeada más detenida. Tremenda tragedia griega mi pijama, ¿a que sí? Se estaba arrepintiendo de haberlo elegido, Por Dios, qué horroroso; te juro que en el cajón parecía otra cosa; tendremos que ir a buscar tu ropa porque uno empieza a curarse por el espejo; y con esa pinta no te me vas a curar en la puñetera vida. Hube de convenir con ella en que estaba hecho una facha. Pero nada de ir a buscar mi ropa. Compráramos cualquier cosa en algún centro comercial de las afueras. ¿Por qué cualquier cosa? ¿Por qué en un centro comercial? ¿Por qué de las afueras?

Porque ni loco pensaba mandar a nadie a mi casa ni a las tiendas de cerca de mi casa donde el tipo alto podría estar acechando. Desde luego. Tan enfermo no estaba para no darme cuenta del peligro que aún corría. Elizabeth lo había expresado con toda su franqueza cubana: de una segunda tentativa no se salvaba ni Dios. Y yo podía aceptar las consecuencias de un oficio perro y arriesgado como el mío. Pero jamás las consecuencias que mi oficio arriesgado y perro pudieran conllevar para mis amigos.

Así que no. Mejor, por el momento y hasta que escampara, nada de aventuras. Una tienda de chinos. Unos pantalones vaqueros. Dos o tres camisas. Unas zapatillas de deporte. Media docena de calzoncillos y calcetines. Ah, claro, y un pijama, a ser posible de este siglo. Susana se sumó a la fila de las preguntonas. ¿Quién te odia tanto, Ricardo?; ¿a quién le has amargado así la vida? Y yo mantuve la misma perplejidad inicial, Te juro, amiga, que no tengo ni idea; llevo bailando el trompo desde el tiroteo y no acierto a responder a esa pregunta.

No mentía.

No encontraba hilo suelto del que tirar. Álvarez solía llamarme mosca cojonera y algo de cierto había en ello. Había sacado de sus casillas a tanta gente que lo extraño era que no me hubieran pegado un tiro antes. Pero lo que no me explicaba era por qué entonces, por qué en aquel momento de mi vida. Llevaba más de un año dedicado a la morralla, a asuntos cutres a los que nadie se dedicaba. Un ejecutivo de empresa que pasaba información reservada a la competencia y al que pillamos con las manos en la

lata del gofio. Unos padres que buscaban a una hija adolescente que presuponían secuestrada y al final resultó que se había enamorado de un camarero argentino y llevaba dos meses viviendo la vida loca en un apartamento del sur. Y ahora lo del médico amenazado. ¿Lo más extravagante?

Lo más extravagante había sido el caso de una mujer que creía que su marido intentaba envenenarla. Llevaba semanas con malestar de estómago, con vómitos y náuseas. Y había hallado un frasco de matarratas en el trastero. Ambas cosas, unidas a la cara de culpabilidad que se le había puesto al marido últimamente, le hicieron pensar que este tenía un lío por ahí y buscaba deshacerse de ella. Después de vigilar al hombre una semana, de convertirme en su sombra siete días, de seguirlo hasta el supermercado, de escarbar en la papelera de su oficina y en el cenicero de su coche, resultó que la mujer lo que estaba era embarazada de su cuarto hijo. Que de verdad tenía un nido de ratas en el sótano. Y que la cara de culpa de su marido se debía a que la había engañado y no se había hecho la vasectomía como había prometido. El tipo confesó que se había acojonado, que le había dado por pensar que se iba a volver impotente o algo peor y no fue capaz de operarse.

Como Susana podía entender, ni el ejecutivo desleal ni la hija prófuga ni el marido cagón justificaban un intento de asesinato. No. Segura solo es la muerte y yo me había librado por los pelos. Pero resultaba improbable que estuvieran detrás del atentado. ¿Podía recordar a mi atacante? No me había dado tiempo a fijarme en su cara pero creía no haberlo visto antes. En mi memoria permanecía un fogonazo de luz, apenas un segundo en el que nuestras miradas se cruzaron. Recordaba haber esperado oír el cierre de la puerta del zaguán detrás de mí. En su lugar, resonaron unos pasos nerviosos sobre los baldosines, una respiración entrecortada. Recordaba que me había detenido en mitad de la escalera. Que me había dado la vuelta. Y al hombre alto, de pie, junto a los buzones.

¿Rasgos? ¿Marcas? No podía asegurarlo. Para mí que llevaba el pelo muy corto, a ras del cráneo. La nariz afilada. Tal vez los ojos claros. No. No llevaba gafas ni barba. Había venido a pecho descubierto. Quizá llevara puesta una sudadera oscura. Y quizá también algo en el cuello, acaso un fular. Un tipo friolero. Ya. Menudo detective de medio pelo estaba yo hecho que ni me había fijado. Pero en mi descargo tenía que decir que no es lo mismo observar a un hombre que te mira que a un hombre que te apunta con un arma. Desde luego que no. A mí dejaron de interesarme los ojos claros del tipo en el mismo instante en que vi el ojo negro del cañón de su pistola. Un ojo negro que se movía indeciso, nervioso. De ahí mi creencia de que se trataba de un aficionado. Sin duda. De hecho el tipo se encogió de miedo cuando la segunda bala rebotó en el escalón y destrozó uno de los buzones, a medio metro de donde estaba él.

Mientras le relataba la escena a Susana, se fueron aclarando algunas otras cosas. Por lo pronto, no había furia ni rencor en los gestos del tipo. Había dudado demasiado, como quien espera que le den motivos para hacer algo que no le nace hacer, como si necesitara una razón convincente para matarme. ¿Qué suponía eso?

Que el hombre no me había visto nunca. O que lo habían contratado para acabar conmigo. O que llevara tanto tiempo esperando que no me reconociera al primer golpe.

Podía ser extranjero. No. No pronunció una sola palabra —tan solo recordaba sus jadeos— pero apostaría por alguien que acaba de llegar de un lugar lejano. ¿Prejuicios? Yo no he tenido prejuicios en mi puñetera vida. He tratado y me las he visto con cabrones de todas partes: isleños, peninsulares, bosnios, marroquíes, colombianos. Con jóvenes y viejos. Mujeres y hombres. Homosexuales y heterosexuales. Conservadores y liberales. Ricos y pobres. Intelectuales y analfabetos. Moros y cristianos. La maldad no hace distingos.

Muchas veces (eso suele ayudar en una investigación) intenté ponerme en la piel del otro, del que es capaz de cometer un crimen a sangre fría, capaz de violar, de corromper, de odiar hasta el dolor. Intenté comprender sus motivos, hurgar en su pasado para explicar la causa de su rabia. Y he comprendido que ese otro no es tan diferente a mí. Que la maldad está ahí, agazapada, esperando el pretexto más peregrino para manifestarse, para hacer saltar todo por los aires. Daba miedo, ¿no es cierto? Pues si eso daba miedo, más acojonaba aquel que estaba dispuesto a pagar a alguien que cumpliera su venganza. De eso estaba el infierno lleno. De gente que no se quería manchar las manos. Cobardes. Miserables.

Porque uno puede asumir que un tipo se arrebate a tal punto que se tire a la calle a comerse el hígado de quien considera su enemigo. Ahí hay algo de emoción, de humanidad, de riesgo. Pero alguien que le encarga a otro su desquite es como el que le encarga echar un polvo. Eso. Como un polvo interpuesto. Tírate tú a esa chica que yo no me atrevo. Joder. ¿Qué venganza era esa? ¿Dónde quedaba el honor? Ya, claro. El honor no es moneda de cambio en nuestros días. Lo olvidaba. Malos tiempos para la lírica.

Susana me entendía.

Llevaba más de cuarenta años casada con Gervasio y, aunque su marido intentaba esconderle las amarguras de su oficio, no podía evitar llevárselas a la cama. Ella lo sentía dar vueltas, hablar en sueños, preguntarse por qué. Ya se había hecho a adivinar la gravedad del asunto en que trabajaba él por el tamaño de sus pesadillas. ¿Sufría yo pesadillas? Como para parar un tren. Pero mis malos sueños no solían provenir de mis investigaciones. No me despertaba a media noche sin resuello por una víctima o un criminal. Mis sueños tenían que ver con recuerdos de infancia. Con Agustín y Maruca, mis padres. Con mi abuelo Colacho. Con las decepciones que les provoqué a todos. Y últimamente me ocurría lo mismo con Beatriz Guillén, que aparecía muerta la mayoría de las veces.

Sí. Mi abuelo también decía eso de que cuando sueñas con la muerte de alguien le alargas la vida. Si era cierto, la farmacéutica viviría ciento treinta años tan pimpante. Susana lo interpretó como un magnífico augurio. ¿Por qué? Porque significaba que yo era buena gente. Que no había decepcionado a nadie en la vida. Que mis padres

estarían orgullosos de mí. Que si me atormentaban los demás era porque no quería que sufrieran, porque me preocupaban, porque me dejaría matar antes de ponerlos en peligro.

Era una forma de verlo, desde luego. No. La única forma de verlo no. Solo una tan buena como otra. No sabría decirle si se me podía tildar de buena gente, creo que era la primera vez que me veían con tan buenos ojos. Pero Susana había acertado con mis temores. De hecho siempre me había costado mantener una relación por sí, en algún caso mal amañado, pudiera convertirse en daño colateral. Colacho Arteaga no contaba. No era una relación. Mi abuelo era el anclaje con mi pasado, la única persona que podía asegurar que yo existía, que no era producto de la imaginación de otro. Entonces llegó Beatriz Guillén, cuando más huérfano y solo me sentía. Y sí. Tal vez por eso se había convertido en la protagonista de mis pesadillas.

Susana se levantó a preparar el almuerzo, que ya se le hacía tarde. Me dio la espalda a mí pero no a nuestra charla, No estarás pensando en dejarla fuera de tu vida, ¿verdad?; porque no te lo voy a permitir. Hablaba muy en serio. Lo noté por la rigidez de sus hombros, por la firmeza de sus movimientos cortando cebollas. No me lo iba a permitir. Todos necesitamos repartirnos también las preocupaciones y los miedos. De lo contrario, ¿qué seríamos? Hasta los lobos se protegen entre ellos. Y que mirara yo qué tipo de alimaña era el lobo. Ya. Pero, como suele decirse, el lobo siempre será una alimaña si solo le pedimos opinión a Caperucita.

Se nos fue el resto de la mañana vadeando el río de la memoria. Y hube de reconocer que me hizo bien. Susana tenía el don de contagiarte su serenidad. No podías discutir con ella más de dos minutos. Al tercero, ya te había convencido. Ya te habías puesto de su parte y estabas dispuesto a defender a muerte sus argumentos.

No me dejó ayudarla con la comida. ¿Estaba loco yo o qué? Si se me volvía a abrir la herida del hombro tendría que correr conmigo de nuevo al hospital. ¿Acaso no recordaba yo el infame plato de pescado con menestra congelada? Pues eso. Me quedaría sentadito allí mientras ella preparaba nada más y nada menos que un rehogado de arvejas con costillas. La vi picar los ajos y la cebolla. Dorar las costillas. Echar los guisantes. Añadirle a la olla unas ramas de laurel y de tomillo. Remover con mimo el caldero. Pronto toda la cocina olió a mi infancia.

Como si Álvarez lo hubiera entrenado durante años, como si hubiera sido convocado por el flautista de Hamelin, nada más apagar Susana el fuego para dejar reposar las arvejas se oyó la puerta de la calle. Llegaba feliz como un chiquillo, el olor del puchero lo rejuvenecía. La sonrisa en la boca a pesar del sofoco de las escaleras. Sus resoplidos me hicieron pensar en algo pero pronto se me fue la idea. Solía sucederme.

Colgada al hombro, Gervasio traía una cartera negra de esas que se usan para llevar el ordenador portátil. Dentro, una pila de archivos fotográficos de maleantes fichados por la policía, a ver si yo lograba reconocer a mi agresor. Susana levantó un dedo para intervenir, Todo lo que tú quieras, pero eso será después de la comida y de



la siesta; deja descansar al pobre hombre que bastante sangre ha perdido ya. Álvarez se mofó de lo de pobre hombre, Me lo vas a ablandar, chica; por un tirito de nada estamos haciendo un mundo; una buena guerra es lo que necesitan los jóvenes para espabilar.

Susana le bajó los humos, Pero qué dices, muchacho; qué guerra ni que ocho cuartos; si tú no sabes lo que es eso; tu padre era municipal de salacot; la penuria más grande de tu infancia fue el día que se acabó el chorizo cantimpalo; sí, sí; ahora nos vas a contar la pantomima de la cartilla de racionamiento y de que tenías que ir a hacer las necesidades al excusado de las plataneras, pero esas anécdotas las vivimos los demás también; y lo que es regla para todos no es ventaja para nadie.

El inspector me miró con fingido cansancio. ¿Veía yo lo que tenía que aguantar? Lo veía. Pero algo bueno debía de haber en sus disputas porque así llevaban más de cuarenta años, de manera que a quejarse al maestro armero. Era admirable, magnífico eso de compartir tanto tiempo con alguien. Mi récord estaba en cuatro. En efecto, Beatriz era la mujer que más me había soportado. Susana intervino para ahondar en su advertencia, Y si eres listo, la mantendrás hasta que ya no te acuerdes ni de cómo se llama, que espero que sea bien tarde y bien viejito; el enamoramiento y el amor son dos cosas distintas, Ricardillo; y el enamoramiento es una pura milonga; lo que importa es el amor, la constancia, mantenerse, convertir en montaña rocosa lo que empezó siendo simple arenisca.

Álvarez miró a Susana detenidamente. De no conocerlo tan bien diría que con ternura. No acertó a decir nada. A un alegato como el que acababa de hacer su mujer no se le añade laurel ni tomillo. Y es que ellos pertenecían a otro tiempo, a otro universo. En su época, cuando un jarrón se rompía, se arreglaba. No se tiraba al cubo de la basura y se compraba otro. Se arreglaba, así estuvieran meses pegando pedacitos de porcelana uno a uno.

A pesar de haber desayunado hacía apenas una hora, acepté una copa de vino tinto y una tapa de arvejas. Estaban ricas como ellas solas. Sabían a lo que deben saber las arvejas, ese fuego también lo había mantenido vivo la generación de Susana.

Se habló poco en aquel almuerzo.

Ellos consideraron que yo no estaba para más conversaciones trascendentales y yo tenía mucho en qué pensar. Buscaba a alguien con unas inmensas ganas de verme muerto. Porque una segunda opción, la de que el tipo me hubiera confundido con otra persona, no acababa de convencerme: me había seguido a casa y no se había molestado en preguntar mi nombre.

El inspector Álvarez era un lince para leer los silencios. Y me conocía como a la palma de su mano. Por eso me explicó que se había pasado la mañana entera haciendo llamadas a los juzgados y a los dos penales de la isla. Quería saber si en los últimos seis meses habían excarcelado a alguien que hubiera tenido que ver conmigo en el pasado. Nada que rascar por ahí.

Susana, al tiempo que servía el café a su marido (yo ya no pude tragar nada más),

lanzó al aire una interrogación. Si se trataba de una venganza por haber encerrado a algún mal bicho, ¿por qué a Gervasio nunca le había ocurrido algo semejante? Porque él había detenido a un centenar de ellos.

El inspector se apresuró a aclarárselo, Es que es mi trabajo, mujer; soy policía y se supone que es lo que debo hacer; además me protegen la ley y el cuerpo; si a alguien se le ocurre vengarse de un policía no tiene isla para correr; en cambio, Ricardo es (y perdóneme la franqueza, chico) un pelao que a veces actúa fuera de la ley y no tiene cuerpo que lo defienda; lo raro es que no le haya ocurrido antes.

Por supuesto que lo perdonaba. Le asistía toda la razón. Yo no era nadie. Pero eso, lejos de tranquilizarme, me preocupaba aún más. Si yo no era nadie, ¿a qué venía el asalto? ¿Quién y por qué me quería eliminar? Me encontraba agotado para seguir pensando. Necesitaba descansar un poco. Me disculpé ante mis anfitriones. Tardé tres minutos en recorrer el trayecto de la cocina al cuarto. El dolor no se iba. Me desnudé, me tomé otro calmante y me metí en la cama.

No pensaba dormir pero al menos podría cerrar los ojos, abrigarme de nuevo en el silencio. La fiebre debió de subirme durante la tarde porque sudé muchísimo y sentía la herida del hombro palpar como una mordedura. Eso significaba que se estaba curando, diría mi madre. Eso significaba que debía recordar lo frágil que era, diría mi abuelo. Eso significaba que debía pensarme en serio lo de cambiar de oficio, diría Beatriz.

Intenté respirar lentamente, tomando aire por la nariz y soltándolo despacio por la boca. Seguro que mi karma me lo agradecería. Con los ojos cerrados, ocurre que el resto de los sentidos se alborotan. En la oscuridad de la alcoba me sobrevinieron todos de golpe. Allí estaba el oído: un chiquillo hacía rodar un coche de juguete, las ruedas resbalando sobre el piso del patio; una radio de fondo. Y también el olfato: alguien había plantado jazmines en la vereda que daba al garaje; la tierra húmeda lo empapaba todo. Y, más cerca, el tacto: las sábanas se contagiaban de mi sudor mientras mi piel buscaba las regiones más frescas de la cama. Y también el gusto salobre de la fiebre.

Intenté pensar en algo agradable, recordar la última vez que había sido feliz. Me vino a la mente un paseo por la playa. Mis pies descalzos. La marea borrando cada una de mis huellas. Mi sombra como un péndulo, viene y va, entre el agua y la arena.

Funcionó. El dolor se había enfriado. Pero la mente, alerta y fisgona, regresó a su costumbre de comprobar ventanas y puertas, de asegurarse de haber dejado todo cerrado. Así una imagen sobrevoló la alcoba de invitados de los Álvarez. La imagen de hacía un par de días. Un zaguán. Una sombra. Un arma. El tipo alto llevaba mitones en las manos, esos guantes recortados que usan quienes levantan pesas en los gimnasios. La imagen era nítida. Pero desde lejos arrojaba una estela de dudas: el extranjero tenía tanta pinta de gimnasta como yo. Más bien tiraba a enclenque. Y tampoco tenía sentido llevar mitones si lo que se pretendía era no dejar huellas: los dedos quedan fuera de la protección del guante. Surgió otra imagen. Pero se fue con

la misma rapidez con la que había venido. Algo que tenía que ver con los pies del extranjero.

## Tres

Dicen que la forma de la cara, los ojos, la nariz y la boca son los cuatro elementos de un retrato robot. Si eres capaz de distinguir tres de ellos podría considerarse un buen principio. Sin embargo, el recurso del retrato robot resume apenas un quince por ciento del trabajo pericial para identificar a un sospechoso. Porque un rostro se percibe como un todo, sin rasgos definidos. Y en un estado de *shock* emocional (que te peguen un tiro se considera bastante *shock* y bastante emocional) la percepción se pervierte. No podrías reconocer ni a tu propia madre.

No hubo suerte. Tras casi una hora escrutando rostros envarados y serios no tuve más remedio que rendirme. O la impresión me había aturdido hasta la amnesia o mi atacante no estaba fichado o lo estaba pero con otro aspecto al del recuerdo del zaguán. ¿Quién sabía? El hombre pudo haber cambiado de apariencia sin más: haber perdido peso, haberse dejado barba, cortado el pelo, puesto lentillas. Pudo haber recibido un navajazo en la cara. Y pudo también haberse revuelto por dentro: haber sufrido un abandono, perdido un hijo en una guerra. En dos años mal dados cualquiera puede volverse irreconocible. Que se lo dijeran al viejo que me miraba desde el otro lado de los espejos. Es cierto que, a pesar de las curvas de la vida, hay rasgos que se mantienen como una marca de agua, en especial los ojos. Sin embargo no pude ayudar en un reconocimiento serio: en el zaguán, anduve más atento al arma que al armado.

¿Qué implicaba que el tipo alto no estuviera en el inventario de la policía? Quizá que llevase poco tiempo en la isla. O que llevase mucho pero hasta la fecha no se hubiera decidido a servir de mercenario. En cualquier caso nos hallábamos en un camino sin salida. Se trataba de un hombre invisible. Así que a mí me tocaba mover ficha: recuperarme de la herida, recobrar las fuerzas, volver a la rutina. Y luego salir a la calle a exponerme. El tipo volvería a intentarlo y tendría que enseñar su rostro y entonces estaríamos preparados. La idea de servir de señuelo no me hacía feliz pero menos me gustaba sentarme a esperar.

Esa noche regresó Beatriz.

Traía cara de tener una idea. Le conocía ese gesto de ojos brillantes y sonrisa traviesa. Se le había metido entre ceja y ceja que donde yo tenía que estar era en su casa y no con los Álvarez. Le dejó claro a Susana que con su propuesta no pretendía ofenderla, nada más lejos de su intención que un malentendido. Susana respondió con una sonrisa franca. No la malentendía. Comprendía perfectamente su preocupación. Incluso ella, de haber estado en otra situación, habría propuesto lo mismo. Pero que no la malentendiera, que comprendiera su preocupación y que hubiese propuesto lo mismo no significaba que fuese buena idea. De ningún modo lo era. En primer lugar, porque Beatriz trabajaba y Susana no: por muy bien que se organizara, entre sus hijos y sus padres, no podría dedicarme tanto tiempo. En segundo lugar, porque al tipo que me quería ver muerto no le pagaban tanto como para atreverse con un policía. En

cambio en la casa de Beatriz seríamos presa fácil.

Mi novia arrugó el ceño. No había caído en la cuenta de eso, aunque no entendía cómo nos iba a encontrar. Ni Susana ni nadie podría explicárselo pero ya me había encontrado una vez. El extranjero estaba al tanto de dónde vivía yo. ¿Quién nos aseguraba que no supiera más cosas, como mi relación con la farmacéutica, mis horarios, mis idas y venidas a Tafira? Nadie. *Ergo* era mejor que yo permaneciese donde los Álvarez. Beatriz me preguntó si estaba de acuerdo. Creo que buscaba un cómplice. Pero yo me sentía demasiado agotado para complicidades, sin fuerzas para ponerme en contra de nadie.

El silencio se adueñó de la alcoba. Y el beso de despedida me supo a pomelo. En el fondo, Beatriz había llegado a la misma conclusión que el resto de nosotros: la cosa no había hecho más que empezar y ella estaba sola. Aún peor: de haber estado sola, habría podido torear la situación. Pero estaban sus hijos y sus padres. ¿Quién se encargaría de ellos si le ocurriese algo? Nadie. Los viejos se pudrirían en un asilo y a los chiquillos se los llevaría el viento sin que nada pudiera evitarlo. Y estaba César, que olía la sangre como otros huelen la mierda. César. Si llegara a saber lo del tiroteo de mi zaguán le faltaría tiempo para acudir al juez y solicitar un incidente de modificación de medidas.

Ya lo estaba oyendo: los niños corrían un peligro innecesario porque su madre se acostaba con un tipo al que herían con excesiva frecuencia. Ningún juez dudaría en decantarse por la seguridad y el bienestar de los chiquillos y le daría la razón y, ya de paso, la custodia. Hasta yo se la daría. César lo había intentado una vez, cuando me dispararon en el burdel de Pamochamoso pero mi relación con Beatriz aún andaba en veremos y una bala suelta no podía considerarse escabechina. Pero una segunda tentativa supondría motivo de revisión en cualquier demanda de custodia. Se la concederían al padre, aunque fuera un cabrón, antes de que acabara de firmar la solicitud.

El hombre alto y quien estuviera detrás del hombre alto no lo sabrían nunca pero la dichosa bala se había llevado algo más que una esquirla de mi clavícula. Si fueran conscientes del destrozo que le habían hecho a mi existencia tal vez se pensarían lo de rematarme. Porque la muerte es definitiva y se lo lleva todo por delante. No obstante, en ese todo está también el sufrimiento, el dolor que provoca perder a los que quieres, la soledad, el miedo. ¿Y qué era una puñalada en un oscuro callejón frente a ese estropicio?

Fueron días tormentosos, extraños. No estaba acostumbrado a convalecencias y se me caía la casa encima. Anduve arriba y abajo por el pasillo de los Álvarez como ave sin nidal. Susana, paciente y comprensiva, ni siquiera me atosigaba con mimos. Me sentía arrastrar las zapatillas y continuaba con su labor en silencio. Alguna vez tarareaba la canción que estuviera sonando en la radio y dejaba simplemente que mi curación (o mi catarsis, como le gustaba decir a ella) siguiera su curso.

Afortunadamente prefería, como yo, la radio y la lectura a la televisión. Se nos

fueron las tardes entre tertulias y libros, discutiendo de política e intrigas literarias que poco a poco acabaron mezclándose como en aquella historia de Vargas Llosa en la que el protagonista, que componía varias radionovelas a la vez, terminaba liándose y confundiendo los personajes. Entretanto, fui bajando la dosis de calmantes porque quería ir liberándome de la tontuna en que me dejaban. Tenía el estómago roto con tanta píldora y me dolía más la espalda del exceso de cama. Todo en mí olía a enfermo: mi sudor, mi orina, mi aliento. Los médicos habían dicho que era algo transitorio, un leve contratiempo, pero llegué a pensar que jamás se me iba a ir aquel tufo a tísico.

A pesar de ello Susana me permitió que la ayudara con la comida. En esa semana aprendí a cocinar arroz negro, potaje de jaramagos y marmitako de cherne. Los únicos que se me resistieron fueron los postres. No di nunca con el punto de las claras y las echaba todas a perder. Así que la primera tarde que salí a pasear (cuarenta minutos: bajé por Escaleritas y paseo de Chil y llegué hasta los aledaños de mi casa) regresé con una docena de huevos como desagravio.

Se me debió de poner cara de cirio. La gente con la que me cruzaba en la calle me miraba con una mezcla de repulsión y lástima, como si me estuviera muriendo y aún no me hubiera dado cuenta. Una vecina charlatana a la que solía eludir, aprovechando que mi paso era lento y mis reflejos torpes, me abordó en un semáforo. Adivinó claramente lo que me ocurría. Mal de amores. ¿Qué otra cosa podía ser? Estaba lánguido y desvaído, una suerte de Dama de las Camelias a quien la ropa le quedaba demasiado grande. Mal de amores. Le di la razón del loco, A usted no se le escapa una, doña Milagros. Ella sonrió, picarona, Ya son muchos años para que se me escape lo evidente, vecino. El semáforo se puso en verde y a mí me importó una vaina que se me saltaran los puntos del hombro. Crucé la avenida Mesa y López en cinco pasos y tomé un taxi en la Victoria. Susana me vio llegar con los huevos y la respiración a medio vuelo y me echó la bronca, Cónchale, Ricardo, aún no estás bueno para tanto trajín; olvídate de salir en tres o cuatro días por lo menos.

Con el tiempo he descubierto que, al revés de la mayoría de la gente, yo no vivo la soledad como un entreacto entre dos amores. Yo me enamoro en el puente que une dos soledades. Y no tengo claro si puedo echarle la culpa a mi forma de ser, a mi trabajo o al puñetero destino. A veces me pregunto si no habré elegido el trabajo para evitar mantener una relación como los demás. Aquella fue una semana donde se confundieron todas las emociones. El dolor, la fiebre, los sueños: cualquiera sabe de dónde vienen los pensamientos funestos.

Se me infectaron los puntos.

A pesar de los cuidados y el reposo no logramos que la herida se librara de un absceso de pus. Las curas eran cada vez más incómodas y dolorosas. Susana hacía lo que podía pero no logró evitarme el sufrimiento. Encima me entraron ganas de fumar. En realidad me entraron ganas de todo aquello que me estaba vedado: fumar, beber, correr por la playa, follar. Basta que seas consciente de que no puedes para que se

convierta en obsesión. Fumar, beber, correr, follar. El humor se me agrió. Me resultaba insoportable hasta el silencio con el que los Álvarez quisieron respetar mi intimidad. Se movían por la casa de puntillas para no alborotarme. Hablaban en susurros. Se iban al trastero a discutir. Para mí que comían directamente de la sartén con tal de no hacer ruido con los platos. Me había convertido en un problema.

Una noche no pude más. Llevaba una semana siendo un lastre y se me había agotado el crédito. Me levanté, me vestí como Dios me dio a entender y salí por la puerta. Estuve tentado de dejar una nota de despedida y agradecimiento pero sentí tanta vergüenza que no supe qué decir: «lo siento» se quedaba cojo; «gracias» sonaba a insulto. Deshice la cama. Coloqué las sábanas y las fundas de las almohadas dobladas sobre el colchón desnudo. Encima de la ropa puse las llaves que me habían prestado. Deseé con toda el alma que ellos me entendieran, que me perdonaran. Porque yo no podía hacerlo. Me sentí un traidor, un villano, un ladrón huyendo a hurtadillas como si tuviera algo que esconder.

La ciudad estaba tan desolada como yo. Los bares y las tiendas aparecían cerrados a esa hora. Las terrazas recogidas. Ni un coche circulando. El cambio de luz de los semáforos restallaba en la noche igual que un látigo. Un camión cisterna del ayuntamiento refrescaba el asfalto con chorros de agua jabonosa. El conductor me saludó llevándose dos dedos a la frente un segundo antes de que el agua me empapara los zapatos y los bajos del pantalón. Con la bulla de la manguera no llegué a oír la risa del chófer. Él tampoco mis maldiciones. «Tu puta madre», creo, fue lo más dulce que le espeté.

En la parada del bingo Ópera había dos taxis. Sus conductores, apoyados en el capó del segundo, hablaban de fútbol. Al verme, detuvieron la conversación. Me miraron con pereza, como hubieran mirado a un gato callejero. Ninguno de los dos hizo amago por levantarse e invitarme a entrar. Yo continué con mi camino y ellos con su cháchara. Muy mala facha debía de llevar el gato para que ni los taxistas quisieran recogerlo.

Me pareció ajena. Después de tantos días fuera, no reconocí ni siquiera el olor. De acuerdo. Allí estaba mi pasillo, mi salón, mi alcoba, mi cocina, mi solana, mis muebles, mis espejos, mis alfombras. Pero yo lo observaba todo como si estuviera de visita. Como si aquella fuera la casa de un muerto y yo hubiese llegado para pujar por ella. La sensación de extrañeza fue tanta que necesité recorrerla de principio a fin: examinarlo todo, acariciarlo todo, zambullirme en recuerdos que creía perdidos. Los libros y los discos aún estaban allí, como el dinosaurio de Monterroso. Los cuadros también. Me tiré de cabeza a una vieja caja de zapatos donde guardo documentos, cartas y fotografías. Me senté en el sofá. Me serví un ron a pelo, la primera copa en muchos días. Y abrí la caja de Pandora para descubrir que, en efecto, aquella era mi casa y que aquel era yo.

Y que nací un viernes.

Que tuve familia. Que tuve infancia. Que viví en un hogar feliz. Que me tomé una

foto sentado en uno de los perros de la plaza de Santa Ana, con un cucurucho de turrón en la mano. Que hice la primera comunión en la iglesia de Santo Domingo, vestido de almirante de marina. Que mi mejor regalo de reyes fue una máquina de escribir en la que compuse los peores poemas de la historia. Que jugué a la pelota con el equipaje del Bilbao en una plazoleta en cuyo corazón se levantaba un laurel de indias. Que mi padre se parecía a Alfredo Kraus. Que mi madre se parecía a Gina Lollobrigida. Que yo no me parecía a ninguno de los dos.

Y que fui un niño solitario, un viejo prematuro. Que estudié en un colegio de curas. Que saqué unas notas aceptables hasta llegar a la universidad. Que no destacué en nada. Que mi primer coche fue un Citroën. Que mi primer amor se llamaba Malena. Que hice la mili en León: casi pierdo la nariz y dos dedos del pie izquierdo en la garita, en una de mis guardias, por culpa de la nieve. Que fracasé en varios empleos. Que me salvó la vida un viejo cascarrabias socarrón: mi abuelo Colacho. Que no sabría decir cuántas cosas había heredado de él. Que no sabría encontrar su tumba ni la de nadie de mi familia en San Lázaro. Y que volvía a estar solo.

Once horas. Dormí once horas contadas de reloj. Desperté a la tres y media de la tarde, más porque me dolía el cuello de la mala postura que porque de verdad hubiera descansado. Nada más abrir los ojos y tomar conciencia de dónde estaba, comprendí que había cometido una torpeza al fugarme de casa de Gervasio con tanta nocturnidad y alevosía. Había olvidado coger los analgésicos e iba a tener que engañar al dolor como el viejo que era: con carajillos y aspirinas.

Me hizo bien algo de sufrimiento. Los colegios de curas tienen eso: se te impregna en la piel un sentido de culpa judeocristiana que te acompaña siempre como una sombra pejiquera. No tuve dudas: me merecía el martirio. Por haber traicionado la amistad de los Álvarez. Por no haber apuntalado a Beatriz en su demanda. Y por miles de equivocaciones más desde los años de la plazoleta del laurel de indias. Sí. Era absurdo. Creía haber hecho lo correcto. No podía implicar más a mis amigos en algo que, sin duda, venía a ser culpa mía y solo mía. Entonces, ¿a qué aquel sentimiento de infamia e indignidad? Mi abuelo me hubiera dicho que la culpa no tenía lugar allí. Que se trataba de conciencia. Que, como había descrito Susana, me habían criado para ser un buen tipo. Pero a mí me daba lo mismo que lo mismo me daba. Me había comportado como un judas, un ingrato. Y me dolía la herida del alma que la del hombro.

Estaba rumiando esos pensamientos cuando sonó el timbre de la puerta. El instinto me aferró al sillón. Al silencio y la espera. Pasó una eternidad de diez segundos. Quizá fuera el cartero, un vendedor de aspiradoras, la recaudadora de donativos de la iglesia del Corazón de María. Quizá estuvieran de paso. Quizá se cansaran. Demasiados quizás. Tocaron de nuevo. Me levanté. Caminé sigiloso. Dudé. Creía haberme asegurado de que nadie me viese llegar la noche anterior.

Pero no pude evitar que me oyeran.

Elizabeth Monzón andaba preocupada desde hacía días por mí. Según su misal,



cuando le salvas la vida a alguien te conviertes para siempre en su benefactor. No hay medias tintas ahí: o lo dejas morir o te lo echas al hombro hasta el final. De nada sirve salvarlo si después lo abandonas a su suerte. Así que se sentía responsable de lo que me ocurriera. Y, cuando la noche anterior había sentido que alguien entraba en mi casa y caminaba por el pasillo como un zombi y rebuscaba en cajones y en armarios y hasta se servía una copa del mueble bar, supuso que era yo, rezó porque fuera yo. Y decidió subir a ver cómo me las apañaba.

Sí. Ella también había pensado en qué tremenda mierda de edificio era aquel en que se oía hasta la respiración del gato. Y sí. También prefería no pensar en qué otros ruidos resonarían en el patio de luces. Curioso el nombre: patio de luces. Llevaba unos días dándole vueltas a una fábula que le había enseñado su maestro de yoga. ¿Conocía yo el cuento de la serpiente y la luciérnaga? ¿No? Lo imaginaba. Pues érase una vez una serpiente que quería comerse a una luciérnaga. La persiguió día tras día hasta que la luciérnaga ya no tuvo más fuerzas para huir. El pobre insecto se vio acorralado y supo su final. Pero antes le rogó al ofidio que le respondiera a tres preguntas. La serpiente, divertida y cínica, aceptó el ruego. ¿Formo parte de tu cadena alimenticia? No. ¿Te he hecho algún daño? No. ¿Y entonces por qué quieres comerme? Porque no soporto verte brillar. Para Elizabeth yo tenía algo de luciérnaga. Carajo con el yoga.

La invité a pasar. Aún no había tenido oportunidad de agradecerle de verdad su ayuda. Le propuse tomar algo pero Elizabeth no bebía. ¿No bebía en casa ajena? ¿No bebía con extraños? ¿No bebía a esas horas? No. No bebía en ningún lugar, con nadie y a ninguna hora. Intuí que esa contención andaría relacionada con sus velas y sus rezados. Pero tampoco. El kundalini no le prohibía nada. Invitaba a la moderación y a la coherencia pero no prohibía. No obstante, resultaba muy poco moderado y coherente invertir tanto tiempo en la meditación si uno iba a dejarse aturdir después por el alcohol y las drogas. ¿Drogas? Qué coño. Yo la había invitado a un ron, no a una raya de coca. Por su cara corroboré mi primera impresión sobre Elizabeth: contaba unas fábulas cojonudas pero no pillaba las ironías ni cuando le caían en la cabeza.

Se sorprendió de lo grande que era mi casa al lado de la suya: en mi salón cabía su apartamento; mi biblioteca daba la vuelta a su sala de estar; y donde ella tenía dos ventanas yo tenía cuatro. Tentado estuve de decirle que se trataba de una ilusión óptica, que el truco estaba en la disposición de los muebles: ella había diseminado su salón de mesitas y plantas y biombos y esculturas ciclópeas mientras yo apenas tenía un sofá pequeño, una mesilla baja y un mueble bar. Y es que odiaba tropezarme con esquinas y bultos. Elizabeth miró mi copa de ron y acaso creyó atar cabos: yo no quería bártulos que me jodieran una buena resaca. Claro. Los abstemios suelen culpar a la bebida de todas las rarezas y manías del bebedor.

Mi vecina, no obstante, había venido a sincerarse conmigo y no a criticar mis vicios. Tenía la sensación de haber obrado mal. La pelea con la médico de la

ambulancia le había dejado el cuerpo cortado. Lo sentía en el alma. En su defensa quería que yo supiera que si algo la exasperaba era que fueran a su casa a juzgar cómo vivía. Ella no iba a la de nadie, ¿a que no? ¿Pues quiénes se creían los demás para burlarse de sus creencias? Yo no me había dado cuenta porque estaba luchando por volver a la vida (la cubana, ya lo había notado, tenía tendencia a dramatizar) pero se mofaron de ella de un modo cruel. La mueca despectiva de la doctora al ver el ritual de las piedras saladas (saladas, sí; así surtían más efecto) le sentó a escupitajo en la cara. No fue de extrañar, pues, que se la llevaran los demonios. Y menos mal que apareció el policía aquel, si no se hubiera armado una buena candela. Le hubiera soltado a la médico tremenda trompada y a peor la mejoría. La cosa era que Elizabeth estaba arrepentida de su pronto, la sangre cubana que tira al monte y se encabrita con facilidad.

Ojos que no ven, corazón que no siente. Ya lo había dicho ella: yo estaba en una bruma soñolienta y no me había enterado de la pelotera. Por lo tanto, no había nada que perdonar. Además, ya me encontraba mucho mejor, ¿no lo notaba mi vecina?

No. Yo podía decir misa en latín pero se me veía aún muy perjudicado. Las ojeras me llegaban a los hombros. Y no se trataba solo de las secuelas de la herida. Había algo más, un poso de tristeza oscura, un desasosiego que no me dejaba sanar bien. ¿Me preocupaba algo?

Por supuesto que sí. Me preocupaba todo. Desde el agujero infectado del hombro hasta la existencia de un tipo por ahí con ganas de matarme. La habanera posó la mirada en el suelo con añoranza. Tal vez había olvidado por qué estábamos hablando en mi salón. Hasta el tiroteo apenas nos habíamos dirigido tres o cuatro frases hechas: un *buenos días* perdido por noviembre; un *cómo está* que no espera respuesta; un *qué ganas de que llueva* cuando aprieta la calima. Hasta que un hombre alto nos había unido. Un hombre con los guantes recortados y las manos nerviosas. Un hombre con el cabello rasurado y acaso la mirada fría. Elizabeth dio un brinco en el sillón. ¿Alto? ¿Con guantes recortados? ¿El cabello ralo?

Joder.

Ella había visto a un tipo así durante la última semana. Unas cuantas veces. Merodeando el mercado, comprando en la farmacia, haciendo cola en la garita donde uno que no es ciego vende ciegos. Lo recordaba porque la miraba de un modo sucio. Como miran a veces los hombres. Vicioso y desagallado. El hombre alto siempre iba con una mascarilla y montado en una bicicleta de montaña, de esas con las ruedas más gruesas y bajas. Una mascarilla (no un fular) y una bicicleta. Claro. Ahora cobraba sentido los mitones y también una imagen fugaz de mi asaltante. La imagen de los pies que no era de los pies sino de las perneras. Llevaba recogida la derecha para pedalear.

Elizabeth se emocionó. Habíamos resuelto el caso. Bastaría con avisar a mi amigo el policía, acechar al ciclista y detenerlo. Muerto el perro se acababa la rabia. No compartí su júbilo. Aparte de que me daba pudor recurrir a Álvarez después de mi

vergonzante espantada, detener al extranjero no resolvía el problema. Esos tipos no confesaban sus delitos. No iba a dar un nombre porque eso sería reconocer su crimen. De acuerdo que se trataba de una tentativa pero una tentativa estaba igual de penada para un extranjero: el ciclista acabaría en la cárcel, primero, y deportado a alguna parte después. No. Mi asaltante no iba a confesarse culpable aunque le apretaran las clavijas en el cuartelillo. Y, aun si se trataba de un sicario, la persona que lo había contratado se limitaría a esconderse por un tiempo y a contratar a otro cuando todo se hubiera calmado. Detener al extranjero supondría tan solo posponer el peligro, alargar la agonía. Y yo no estaba dispuesto a pasarme la vida agonizando hasta la próxima bala.

## Cuatro

La habían llamado.

Por segunda vez en una semana la habían llamado para alertarla, para intranquilizarla, para angustiarse. El propósito no era exactamente ese pero el desenlace sí. Otra mañana ingrata de miedo y zozobra; de nuevo la sensación de ahogo, la idea cruel de que me iba a perder para siempre. ¿Se puede sufrir más? Se puede. Si le añades a todo ese menjunje el ingrediente del ridículo que crees hacer, del ridículo que haces cuando llegas a casa de quien crees a pique de palmarla y te lo encuentras sentado en el sofá con una copa en la mano y una mujer. Y no una mujer cualquiera sino la mujer que le ha salvado la vida, la tremenda cubana de rompe y rasga con sus rezados a Yemayá y sus manos grandotas.

Pero así fue. Los Álvarez respetaron mi decisión de huir pero no por ello abdicaron de nuestra amistad. Avisaron a la farmacéutica nada más amanecer. Y Beatriz llegó sin resuello esperando encontrarme en el suelo desangrado y me pilló en lo que ella creía que era una farra (la risa floja y los ojos zumbados) con Elizabeth Monzón. Por supuesto le vino a importar un carajo que la cara de páñfilo fuese producto del aturdimiento. Y que yo no tuviera fuerzas ni para levantar la copa. Y que la mujer solo fuera la vecina, una muchacha demasiado joven, demasiado llena de vida para un moribundo. Y que yo acabara de despertar de un sueño jodelón. Y que entre nosotros no hubiera pasado ni hubiera de pasar nada. Todo eso a Beatriz le importó un huevo. Aquello fue llover sobre mojado, hurgar en la herida, mearle y decir que llovía. Cabrón de mierda, hijo de mala madre yo. Primero la había dejado con el culo al aire delante de Susana cuando quiso llevarme a su casa de Tafira. Y ahora me volvía a la mía a compartir ron y confidencias con la muchacha del primero. No. Ella no creía en casualidades. Sabía sumar. Y un renuncio más otro le daban una traición.

Sí. Un engaño. Desde el principio yo la había engañado. O tal vez ella se había dejado engañar porque sonaba de lo más sincero. Pero nada había cambiado. Yo siempre había sido así: un mujeriego al que se le iban los ojos a un palo de escoba con falda. Igual que cuando me había conocido, aunque no hubiera querido verlo. La delicadeza, la dulzura con que la había tratado en los últimos años era una pose, puro camelo. Ahora lo comprendía. Es la naturaleza de los hombres, la cabra que tira al monte. Y ella, como mujer, no estaba dispuesta a soportarlo. Hasta aquí hemos llegado.

Igual que un viejo poema de Machado que hablaba de la impresión que produce el sonido del golpe del ataúd sobre la tierra, el sonido de la puerta cuando Beatriz cerró tras de sí sonó a fosa negra. A defunción. A final de todos los finales.

Elizabeth Monzón se descompuso. Se acarició las manotas de un modo nervioso. Se le cuajaron los ojos de remordimiento. Tremendo danzón. Había venido a salvarme de la corriente y me había hundido hasta el fondo. Menuda comemierda,

¿no? Amagó con salir detrás de Beatriz para sacarla de su error. Para explicarle que no era lo que parecía. Que ella no suponía ningún peligro. Que su presencia allí era inocente, casual, nada que ver con un romance. La detuve. Le agradecí el gesto pero iba a resultar inútil. Cuando una mujer pierde la confianza en ti, nadie (y menos que nadie otra mujer) puede lograr que la recupere. El remedio sería peor que la enfermedad. Beatriz lo encontraría obsceno, insultante. No. Mejor dejar las cosas como estaban.

No se lo dije a Elizabeth pero me había hecho un favor. Yo no hubiera tenido arrestos para romper con la farmacéutica en el estado de fragilidad en que me hallaba. No habría sido capaz de mirarla a los ojos y dejarla. De explicarle que era por amor, qué cursi. A veces hay que romper un hueso para recomponer la extremidad entera, dejar que se quemé el bosque para repoblarlo desde las cenizas. La cubana no entendió mi serenidad —la confundió tal vez con apatía, con desinterés— y yo no esperaba que lo entendiera. Algún día podría hablarle de la renuncia. De que prefería mil veces perder a Beatriz que ponerla en peligro.

Elizabeth me abrazó. Y me abrasó también, sus tetas rebeldes y su olor a limones impregnando mi cuello y mi pecho. Ella lo sentía mucho. Y yo también, el calor de su cuerpo junto al mío después de una semana de abstinencia y calvario. La separé sin brusquedad antes de que mi sexo se desarretara, hubiera sido un engorro explicarle a la reina del yoga una erección cuando acababa de abandonarme mi novia. ¿Qué diría el kundalini de un tipo que se empalma con un simple abrazo? ¿Qué chacra se le ha descoyuntado? ¿Qué coño de lección ha de aprender?

Tenía que irse. Uno de los dos lo dijo, creo que ella. Tenía que irse. Ya bastante habíamos tentado al diablo. Debía regresar a sus velas de sándalo y sus meditaciones. Y yo a una ducha fría para aquietar las ganas. ¿Estaría bien yo? Claro. Lo único que necesitaba era descansar. Que el tiempo hiciera costra. Ponerme una película en blanco y negro y sonido brumoso. Pasarme el resto de la tarde tumbado en el sofá bajo una manta cariñosa. No pensar. La habanera volvió a la carga con lo de la responsabilidad. Necesitaba saber a ciencia cierta que yo no cometería ningún disparate. ¿Como cuál? Como el de tirarme a la calle a buscar al ciclista por mi cuenta y riesgo. Exponerme a que me pegaran otro tiro sin que ella estuviera allí para abrirme la puerta en el último instante.

¿Perseguir a mi perseguidor? Vaya locura, los pájaros tirando contra las escopetas. Ni loco. Podía irse en paz, demos gracias al Señor. Me miró de hito en hito. No acababa de creerme. Se iría a casa con la condición *sine qua non* de que le prometiera que iba a descansar. Nada de alcohol ni drogas. Bueno, una aspirina sí. Las aspirinas no eran drogas drogas. Una aspirina con un caldito de pollo me ayudarían a sudar la fiebre. ¿Se lo prometía? Juradito por lo que más quisiera. Por Ochún, por el Ché, por Bebo Valdés. Por todo eso y más se lo juraba.

Cumplí mi promesa de no salir de casa. De no tomar más droga que un par de aspirinas. De dejar que la herida se limpiase, que la infección remitiese, que el sueño

surtiese su efecto. A medida que las horas pasaban fui consciente de que, aunque hubiera querido, no habría podido desobedecer a Elizabeth. La sola idea de vestirme y tirarme a la calle a buscar respuestas me resultaba mortificante. No hubiera logrado dar tres pasos sin tambalarme. Me sentía de cristal: quebradizo y frágil. Moverme, respirar, hasta pensar me resultaba doloroso. Una hilera de astillas parecían querer clavármese en la piel.

El desánimo se apoderó de mí. ¿Tan viejo estaba? ¿Me verían los demás como yo me veía? ¿Era aquello el principio del fin, una caída de Roma cruel y grosera? Empezaba a desvariar, a preguntarme cosas que jamás habían supuesto una preocupación. Yo tenía más o menos la edad de mi padre cuando murió. Y era extraño, siniestro, una sensación dolorosa de pérdida definitiva. Antes de que me tragara la nostalgia, devolví la caja de fotografías a la gaveta de donde habían salido. Si la cajonera hubiese tenido cerradura, la habría cerrado con siete vueltas.

De pronto me contagié de la fantasía de Elizabeth. Me vino a la cabeza una vieja fábula egipcia que habla de la muerte y el cielo. Según la leyenda, a su llegada al paraíso al muerto le espera un cancerbero que le hace dos preguntas. Nada de un cuestionario interminable y fatigoso. Dos preguntas. De la respuesta depende la eternidad de su alma. Y la eternidad del alma no es cosa para echar en broma. La primera (¿qué se puede esperar de un cancerbero egipcio?) es una especie de treta para que te confíes, para que pienses, Bah, qué majadería, esto va a estar chupado, coser y cantar: ¿has sido feliz en tu vida?

La solución no parece complicada: sí; a veces; bastante feliz; al menos lo he intentado; ya sabe usted, señor portero, que la risa va por barrios. Cuando has bajado la guardia, cuando ya te ves con un pie dentro del paraíso rodeado de manjares y huríes, te explota en las manos la verdadera pregunta bomba, ¿has hecho feliz a los demás?, y al carajo con todo.

Hay días en que me atrevería a contestar que sí, que seguro, que mi vida ha estado dedicada en cuerpo y alma a los otros. Y días en que sería incapaz de responder, en que agarraría mis bártulos y me echaría a andar camino del purgatorio o donde coño expíen sus pecados por toda la eternidad los egipcios. Esa tarde, sin ir más lejos, pensaba que toda mi vida había sido un fracaso. Susana había dicho que mis muertos debían de estar orgullosos de mí pero lo dijo más por animarme que porque lo creyera de verdad. O puede que lo creyese de verdad pero eso no significaba que fuera cierto. Susana era un ángel. Y los ángeles, ya se sabe, tienden a pensar que todo el océano es azul y la gente, buena por naturaleza.

Abrí los ojos en la oscuridad. Por la herida de la cortina del cuarto sangraba el hilo de luz de una farola en la calle. Una chicharra me anunció que aún faltaban algunas horas para que amaneciera. Lo que no pudo pronosticar, por más que se empecinara, fue el día que estaba por amanecer. Fui incapaz de calcular el tiempo que había pasado desde el tiroteo. ¿De qué me extrañaba? A un cuerpo viejo y magullado, a un estado de ánimo deplorable solía acompañarlos una mente perdida y mustia. Los

ojos me pesaban. Volví a cerrarlos como si el gesto pudiese protegerme de algo: del pánico, del Alzheimer, de la muerte.

Descubrí una grieta zigzagueante que cruzaba el techo desde la comisura de la lámpara hasta la ventana y me acordé de Serrat. ¿Cómo se titulaba la canción? *Pensando en ti... Solo pienso en ti... No hago otra cosa que pensar en ti*. Eso. No hago otra cosa que pensar en ti... Y no se me ocurre nada.

Una semana antes no hubiera habido región de mi pensamiento que no le perteneciera a Beatriz. Su voz, su olor, su tacto, el sabor de su recuerdo lo habrían colmado todo, habrían cicatrizado la herida del hombro sin necesidad de cataplasmas. Pero el balazo se había llevado por delante, además de un pedazo de clavícula, la confianza, la calma que me daba la cercanía de Beatriz Guillén. La serenidad que experimentaba cuando vivía con ella había dejado paso a una inquietud indescifrable, un desasosiego azul que lo inundaba todo igual que el rayo de luz que se esparcía por el suelo como una mancha de chapapote.

Una semana antes Elizabeth hubiera sido apenas un espejismo. Esa noche, sin embargo, la había deseado con ganas. Un pleonasma en toda regla. Desear con ganas a la vecina. Un pleonasma y una chiquillada lo de confundir el amor (o el deseo) con la gratitud. Yo creía estar, a mis años, por encima de esas emociones. Pero la duda, ahora, se había instalado en casa como un visitante molesto e incordiante. Por más que la miraba a los ojos, la jodida no se marchaba ni con agua hirviendo. Amanecí aquel día desconocido (¿era lunes?, ¿jueves?, ¿tal vez domingo?) con una congoja de purgatorio.

Y aún estaba por llegar el infierno.

Gervasio Álvarez apareció a eso del mediodía disfrazado de heraldo negro: semblante serio, maleta al hombro y mirada de hielo. No. Mi huida nocturna nada tenía que ver con su visita, *peccata minuta* al lado de lo que traía consigo. Venía con dos preguntas de las que dependía, si no la eternidad de mi alma, sí la suerte de mis próximos años. ¿Dónde había estado yo y qué había hecho desde que había abandonado su casa? Me encogí de hombros. Si le parecía, me había ido a bailar a una disco del puerto con dos alemanas que acababa de conocer. No me jodas. Álvarez no le vio la gracia. La cosa era muy seria, ¿estábamos? Lo miré con ojos de camaleón. ¿De veras me preguntaba dónde había estado y qué había hecho? ¿Acaso no veía mi clavícula rota y mis fatigas? ¿No reparaba en que apenas podía dar un paso sin marearme? ¿De qué coño me estaba hablando?

De un crimen.

Ni más ni menos. De un crimen en todo su esplendor. ¿Podía enseñarle mi carnet de identidad? Comprendí que mi amigo no estaba para guasas. Le hice una seña para que se sentara mientras iba a buscar lo que me pedía. Debía de andar en la cartera, sobre la mesilla de noche o tal vez en el bolsillo de mis vaqueros. Debía de andar pero no andaba. No lo hallé por ninguna parte. Ni el carnet. Ni la cartera. Ni el dinero. Ni las tarjetas de crédito. Y puestos a ello también faltaba un billete de la

Primitiva de la semana anterior, un bono guagua a medio gastar y una foto de Beatriz sentada en una terraza de Vegueta.

Álvarez sacó una bolsa de plástico transparente, de esas que se usan para guardar evidencias. Dentro podía verse una billetera igual que la mía. El problema venía a ser que no era igual. No. Era la mía. Con mi carnet de identidad y las tarjetas pero sin el dinero ni el bono guagua ni el billete de lotería ni la foto de Beatriz. Y, para más INRI, con mis huellas dactilares desperdigadas por los rebordes. ¿Dónde la había encontrado? Ahí se explicaba su cara de guardia civil y su mirada de cancerbero egipcio y preguntón. La habían hallado junto al cadáver de una prostituta en Guanarteme. En una callejuela. Entre dos coches aparcados. Exacto, eso mismo pensaba él: qué coño tenía yo que todas las calamidades se me pegaban.

Intenté recordar la última vez que había visto mi cartera. Sin duda la llevaba conmigo la tarde en que me dispararon. Lo sabía porque acababa de sacar dinero del cajero. Sesenta euros. Siempre saco sesenta euros, no sé por qué. Ni veinte ni cincuenta ni cien, que son las cantidades que te ofrece la pantalla. Sesenta. Una manía absurda como toda manía. Pues venía del cajero y puede que llevara la cartera en la mano junto con las llaves. De hecho creo que llegué a pensar que el tipo alto venía con intención de robarme. Luego todo se volvió loco. La carrera por escapar del fuego. La escalera igual que un Everest inalcanzable. El vértigo. Elizabeth Monzón.

El resto ya lo conocía Álvarez. Con un cabrón armado echándome el aliento en la nuca, el menor de mis problemas era la billetera con el carnet. Así y todo gozaba de una coartada impecable: Susana y él me habían tenido vigilado varios días. ¿Cuándo había muerto la prostituta? Ah. La noche en que yo me había fugado de su casa. Cotejado con el forense. Coño. Entonces mi coartada no era tan impecable, ¿verdad? Por supuesto que no. Porque habría tenido tiempo de llegar a Guanarteme, cargarme a la puta, perder la cartera, regresar a mi casa a borrar las huellas y hacerme el sueco hasta ahora.

Claro. Habría tenido tiempo de hacer todo eso y más. Pero ¿y el móvil del crimen? ¿Qué cojones me había hecho esa pobre muchacha para que yo me ensañara con ella? Sin duda nada. Es posible que ni la conociera. Pero Álvarez, cancerbero hasta el final, se guardaba otra pregunta en la recámara: ¿por qué un pañuelo manchado con mi sangre estaba entre los dedos agarrotados de una pobre muchacha que no me había hecho nada? Y que no lo dudara: era mi sangre. Lo habían contrastado con el hospital. Sí. También habían tenido tiempo de eso y más. Porque alguien había telefoneado a la comisaría para denunciar el asesinato. Y había dado también una descripción que coincidía hilo por pabilo conmigo. No. No había dejado nombre ni dirección. Una llamada anónima pero muy efectiva que afirmaba que un tipo con una venda en el hombro había discutido con la puta, la había golpeado y, en un arranque de furia, le había cortado el cuello.

Desde luego que esas denuncias anónimas necesitaban de un protocolo de comprobación. Para asegurarse de que eran ciertas, de que no obedecían a una



venganza, de que hacían referencia a hechos incuestionables. Pero se habían topado con el hecho más incuestionable del oficio: un cadáver. Aaamigo. Ahí acababa el protocolo y comenzaba el caos: mucha gente exaltada que conocía a la chica, un alcalde preocupado por las fotos de prensa, las redes sociales echando humo con la martingala de que la muerte de una prostituta merece tanto respeto como la del obispo de la diócesis canariense. En fin, un marrón, un guirigay de tres pares de cojones lo de la puta de Guanarteme. De manera que las comprobaciones iban a quedar en cuarentena. Todo cristo quería ya un nombre y una cara: y el nombre y la cara estaban impresos en mi carnet de identidad. Todo dios quería sangre: y ahí estaba mi sangre, en las manos de la víctima.

No. El arma no había aparecido pero todo apuntaba a un cuchillo jamonero, algo que se encontraba en cualquier casa. Lo invité a acompañarme a la cocina. A ver si, mire usted por dónde, también dábamos con un cuchillo mellado en mi fregadero. Álvarez dudó. Se había levantado esa mañana con el corazón partido entre su trabajo y nuestra amistad. Lo saqué de la duda de inmediato: nuestra amistad dependía de que hiciera bien su trabajo. Porque yo era incapaz de degollar ni al pavo de Navidad pero nadie iba a creerme con tanta prueba en contra.

He de confesar que me puse en lo peor. Se me aceleró el pulso. Intenté recordar si también había perdido las llaves y el tipo se había escurrido en casa mientras yo dormía. Ya solo faltaba que apareciera el arma del crimen en la cocina. Miramos en los cajones de la alacena, en el escurrerplatos, en la basura. Nada. Para que no se quedara a medio camino, agarré una bolsa de plástico de las que uso para congelar, con dos dedos saqué los cuchillos más grandes que tengo y los guardé. Cerré la bolsa y se los di. Los peritos forenses podían comprobar si alguno de ellos coincidía con las marcas del cuello de la prostituta. Sí. Lo sabía yo. Habría tenido tiempo de deshacerme del arma antes de que él llegara. Aquella escena podía ser parte de mi coartada. Un paripé. De acuerdo. Pero ahí ya no valían los hechos incuestionables. Ahí tendría que fiarse de mi palabra.

Álvarez devolvió los cuchillos a su lugar. Si yo hubiera sido otra persona ya estaría incomunicado en una celda. Pero era yo. Ricardo Blanco, la mosca cojonera. Me conocía desde hacía quince años. Se sabía al dedillo mi forma de ser y de pensar. Me había visto actuar ante suficientes crímenes como para no tener dudas sobre de parte de quién estaba. Sin embargo no dejaba de ser inspector de policía, así que del arresto domiciliario no me libraba ni san Pedro. Su decisión no iba en contra de ninguna ordenanza. Podía justificarla en atención a mi herida del hombro y a mi fiebre. ¿Que no tenía fiebre? Pues ya me estaba frotando ajos en los sobacos hasta que me subiera.

Iba a poner un agente en la puerta. Y quería dejarme claro una cosa: de su casa me había ido sin problemas porque a los invitados no se les ponen trabas; pero ahora estaba arrestado y, como intentara escapar otra vez, el agente tenía orden de impedírmelo. Y el tipo era campeón de tiro de la academia.

Mal jugador de póquer mi amigo. No sabía mentir. El agente que me custodiaba seguramente no habría disparado su arma desde los tiempos de cadete en prácticas y no tendría ni idea de cómo amartillarla. Estaba claro que Álvarez me ponía bajo arresto más para protegerme que para otra cosa. Su intención no era que yo no saliese de casa sino que no entrase el tipo que intentaba matarme.

La amistad tiene eso.

## Cinco

Los siguientes días resultaron ser de los más solitarios de mi vida. De nuevo el silencio que se adueñaba de todas las regiones de mi ánimo. Al otro lado de la puerta sentía de vez en cuando un trajín de voces y movimientos que nada tenían que ver conmigo. No supe de Beatriz: seguía sin perdonarme lo que consideraba una infidelidad. Me enteré más tarde de que Elizabeth había subido a verme pero al toparse con el policía de servicio se dio la vuelta: hasta que no se le pasara el susto, no quería tratos con los uniformes. Por las mañanas me llamaba Inés y nos pasábamos una hora hablando: no acababa de creerse lo ocurrido ni sabía en qué emplear su tiempo con el jefe tan lejos de la oficina.

No recuerdo haber leído tanto. Hasta el aburrimiento. Para decir mejor, me dediqué a releer. Me entregué a algunas de las novelas que me habían hecho feliz. Quise constatar cómo habían envejecido Dickens, Galdós, Dostoievski, Pessoa. Me entusiasmó la idea de recuperarlos. Ocurrió que se habían convertido en otras historias, igual de fascinantes, más profundas tal vez, detrás de la mirada de la edad. Está claro que el amor, la venganza, los celos o el deseo no se perciben de la misma forma con el paso del tiempo.

Escribo, triste, en mi cuarto tranquilo, solo como he estado siempre, solo como siempre estaré. Y pienso si mi voz, aparentemente tan poca cosa, no encarna la sustancia de millares de voces, el hambre de decirse de millares de vidas, la paciencia de millones de almas sometidas como la mía al destino cotidiano, al sueño inútil, a la esperanza sin vestigios. En estos momentos mi corazón late más alto por mi conciencia de él. Vivo más porque vivo mayor.

Una tarde, mientras sobrevolaba el *Libro del desasosiego*, me visitaron los Álvarez. Venían a cerciorarse: Gervasio, de que no me había escabullido por el ventanuco del baño; Susana, de que no iba a morir de hambre. Traían comida para un regimiento y me llenaron la despensa. Lo del congelador sí que fue una auténtica catarsis y no lo de mis fiebres: había en el primer cajón tres tarteras con raciones de lentejas, albóndigas y carne de cabra del año del cuplé. Mi amiga arrugó la nariz y lo tiró todo a la basura sin encomendarse a Dios ni al diablo. Colocó con cuidado en su lugar las fiambreras que había traído. Las traía etiquetadas para que no me perdiera. Me explicó qué debía hacer con cada una de ellas. Y a pesar de mis protestas esa noche me preparó un banquete pantagruélico: papas fritas con huevos y chorizo, lo único que encontró en la cocina que no estaba caducado. Era de las que pensaba que lo que no te mata te hace más fuerte. La cena no me mató. Me abrí una botella de vino y con los huevos estrellados fui inmensamente feliz durante treinta y siete minutos. Qué lento pasa el tiempo cuando nadie te aguarda.

Los siguientes días me los pasé de la cama al sofá y del sofá a la cama. Recuperé algo de peso y me volvió el color. La herida se fue cerrando hasta llegar un momento en que me pareció que todo lo sucedido había sido un mal sueño. Que nadie me había

disparado. Que nadie me había salvado la vida. Que Beatriz seguía conmigo como antes. Y que a una pobre muchacha no le habían cortado el cuello en Guanarteme. La cuarta tarde, harto de hablar solo como los locos, náufrago de mí mismo, salí al pasillo a buscar un cayuco. El agente de guardia era un pibe que no llegaba a los treinta, uno de la nueva hornada de policías roperos. Debía de medir metro noventa y los cien kilos no se los quitaba nadie.

Los dos nos llevamos una sorpresa. A mí me impresionó un tatuaje que llevaba en el antebrazo, la imagen de un jefe indio de lo más feroz que tal vez le sirviese de tapadera a la hora de infiltrarse entre los malos pero que desafinaba cosa bárbara con su atuendo. Al cayuco le sorprendió mi proposición de locos. A saber: si tenía que vigilarme, estaría mejor sentado en un sillón que de pie en el pasillo; mejor oyendo música o viendo algún programa de la tele que mirando la pared grisácea de la galería o el móvil; mejor conmigo que solo. Podríamos charlar, pedir comida china, tomarnos una copa de vino. Ah, que no le estaba permitido beber de servicio. Claro, por supuesto, qué tonto yo. Pero un chop suey de gambas y un arroz tres delicias siempre le ganaría a un sándwich frío.

El pibe titubeó.

Hasta el tatuaje pareció dudar de mi propuesta. Al indio se le erizaron las plumas como si temiera estar cayendo en una emboscada. Le juré por mis muertos que me sentía seguro con él detrás de la puerta pero a veces la seguridad resultaba aburrida y a mí me estaba empezando a entrar claustrofobia. Le aseguré, con la más ingenua de mis sonrisas, que no íbamos a contravenir ninguna norma. Me avine a probar antes todo lo que comiéramos, como los catadores de los faraones. Ni trampa ni cartón. El hombre no sabía si debía. Le propuse que llamara a Álvarez y *consultara* con él. Casi digo que le pidiera permiso pero esa expresión hubiera resultado humillante para Toro Sentado.

Se notaba que el agente andaba luchando contra todas sus dudas. Le habían enseñado a tomar decisiones en los momentos más críticos. Había hecho prácticas sobre a quién disparar y a quién dejar huir en según qué situaciones. Lo habían adiestrado a asumir riesgos en una décima de segundo. Y allí estaba, con el arma enfundada, sin peligro aparente, decidiendo si aceptar la invitación de un tipo raro con una venda en el hombro o regresar a la esquina del pasillo donde le habían ordenado apostarse.

Brito Santianes se movía con pereza como un viejo elefante. Cualquiera diría que una de sus piernas le pedía permiso a la otra para dar un paso. Intuyo que mandó un mensaje a su jefe para comunicarle mi ofrecimiento. Intuyo que su jefe (Álvarez era un bendito cuando se lo conocía pero el cabrón tenía dos manos derechas) le respondió con algún exabrupto como Haz lo que te salga de los huevos pero que tu objetivo no se mueva de donde está. Intuyo que el agente contestó lo que se contesta en esos casos: que la situación estaba controlada, que no había novedades en su guardia, que el detenido no tenía visos de querer eludir la vigilancia. Y allí se

acabaron el informe y la controversia.

El resultado fue que el policía halló acomodo en el sofá de mi salón y yo alguien con quien charlar y tomar un trago. Choqué mi copa de vino contra su vaso de Coca Cola intentando recordar a quién y en qué película había oído lo de que jamás debes fiarte de alguien que no bebe. Para mí que fue Bogart. Sin embargo, yo no estaba para Bogarts ni remilgos. Decidí fiarme del todo y le hablé de mí como si estuviera en un confesionario. Le conté mi infancia y mi adolescencia de hijo único, de niño viejo. Una redundancia. Todos los hijos únicos envejecemos antes porque tenemos que ejercer a un tiempo de primogénito, de benjamín, de segundón rebelde y hasta del que se mete a cura. Esa proliferación de papeles agota al más bragado. Así que a los cuarenta pareces un anciano de asilo, lleno de achaques, toses y refranes.

Le expliqué de qué callada manera me había hecho detective privado, cómo tras una juerga descomunal con mi mejor amigo (ahora que lo pensaba, Miguel Moyano es mi único amigo y también le ha tocado la ingrata tarea de multiplicarse), acabé sacándome la licencia. Años más tarde supe que detrás de aquel reto lanzado sobre el tapete verde de una mesa de billar andaba la mano de Colacho Arteaga. Miguel, el buen vicario, me lanzó el guante. Él pondría su pasta y yo mi tiempo, cosas que a ambos nos sobraban por aquel entonces. Y yo lo recogí igual que un duelista del oeste: sin pestañear.

Así nació la agencia de la calle Triana. Los de Comisiones Obreras se acababan de mudar al puerto y habían dejado un local perfecto para mi nuevo negocio. Al principio la idea era dedicarnos a los asuntillos para los que me creía capaz: espiar a maridos infieles, hurgar en los contenedores de basura de empresas corrompidas, desmontarles la tramoya a individuos que pretendían defraudar al seguro. Sin embargo, con el tiempo me fui topando sin comerlo ni beberlo con crímenes y secuestros de lo más rocambolescos. En efecto. Un disparate.

Le relaté algunos de los casos más estrafalarios como el de la muerte del primer violinista de la Filarmónica de Nueva York en pleno concierto en el auditorio o la serie de asesinatos en cadena en los cuales las víctimas, hombres jóvenes todos, aparecieron ataviados con ropa interior femenina. Brito Santianes no salía de su asombro. Se llevó las manos a la cabeza, él contaba ocho años de experiencia en el cuerpo y ni de lejos había vivido un caso semejante.

—Es una cuestión de tiempo, Brito. Dentro de veinticinco años tendrá un saco de anécdotas que contarle a sus hijos.

—¿Anécdotas? Una anécdota es quedarte encerrado en un ascensor con el presidente del Senado. Lo que usted ha vivido es otra cosa. Parece que lo persiguen los cadáveres.

—Y tanto. Por eso está usted aquí.

—Perdone. No quería...

—No se disculpe, agente. Sé a qué se refería. Solo espero que entre sus anécdotas futuras no esté la del asesinato de un detective privado.

—No dejaremos que eso ocurra. El inspector Álvarez le tiene a usted un gran afecto.

—Y yo a él. Por eso me jode tanto haberlo metido en este fregado.

—Claro.

—Mire. Sé que no debería hablarle de esto, bastante tiene ya con mamarse ocho horas, siete días a la semana, de vigilancia. Pero créame si le digo que yo no maté a la muchacha de Guanarteme.

—A mí no me pagan por creer, señor Blanco. Yo no lo conozco de nada. No tengo puntos de referencia con respecto a su detención aunque, si le digo la verdad, todo suena a que alguien quiere jugársela.

—Sí. Eso parece. Y bien jugada. Por eso necesito saber de dónde vienen las dentelladas para resolver este enredo.

—Por lo que me ha contado, ha debido usted de pisar bastantes callos. Hay mucho perro suelto por ahí con ganas de morderle. Y de eso sé algo. Trabajé un par de años como escolta de un juez del Supremo. Por cierto que nuestra vigilancia no dura siete días. Hay semanas en que trabajamos dos y semanas en que trabajamos cinco. Nuestro oficio no es tan exigente. Libramos más de lo que la gente cree.

El juez al que protegía había llevado el sumario de varias bandas mafiosas y, aunque el hombre odiaba el ceremonial, por ley le correspondía ir escoltado. Para evitar represalias. Para disuadir al padre, al hermano, al hijo del *capo* que había condenado a veinte años. En general, funcionaba. Cuando veían a Brito o a otro de sus colegas junto al juez (a veces, cuando la exposición era muy grande, iban en pareja), los malos se lo pensaban mejor no fuera que la familia entera tuviese que mudar su residencia a Soto del Real. La única vez en que la cosa se les puso fea fue en un restaurante de Madrid. Un sicario se pasó dos horas escondido en el baño de caballeros hasta que al magistrado le entraran ganas de mear. Sí. También lo escoltaban hasta el baño. No. Sacársela, se la sacaba el juez solito. Pero gracias a que Brito Santianes acompañó ese día a su protegido y entró con él y se lavó las manos frente a un espejo inmenso desde el que se veía todo el recinto, el buen juez aún sigue yendo a mear y dictando sentencias en el Supremo.

Porque pudo ver una cabeza que sobresalía por uno de los retretes. Una cabeza pelona, una frente y unos ojos fisgones que se alongaban hacia el cubil de al lado. A Brito Santianes, con las manos aún húmedas, le dio tiempo de dar el alto. Y su alarido vino a desbaratar el plan del matón que, desconcertado, resbaló de donde estuviese apoyado y cayó al suelo. Un golpe de suerte. El policía solo tuvo que apuntarle con el arma, ordenar al juez que no saliera de donde estaba y pedir refuerzos. Los escoltas de los otros comensales llegaron en dieciocho segundos cronometrados, y se llevaron por el pescuezo al compinche del sicario (los malos también trabajan en pareja), que esperaba fuera por si su amigo fallaba.

Ahí acababa el capítulo más comprometido de la historia de Brito Santianes. ¿Le parecía poco? ¿Hubiera preferido más aventura y riesgo? ¿Persecuciones, tiroteos,

sangre? El hombre reconoció su contradicción con una sonrisa tímida. A ver si lograba explicarse. Sangre y tiros, no, de eso estaba seguro pero algo de riesgo siempre venía bien para que no te amojamaras, para que tus nervios y tu instinto anduvieran siempre alerta. Lo miré con interés. Le di la vuelta a su razonamiento. ¿Quería decir que a mí me habían pillado con la guardia baja porque me había deshabituado al riesgo, porque se me había amojamado el instinto?

Volví al zaguán. Al tipo alto. Al ruido de la puerta que no existió para mí. A los pasos lentos que no supe interpretar. A la respiración entrecortada. Mi atacante también se movía con parsimonia, como Brito Santianes. Y volví a mis primeros casos de hacía veinte años. ¿El Ricardo Blanco de esa época habría estado más alerta? ¿Habría comprendido antes lo que se le venía encima? ¿Habría podido detener la bala? No, coño, ni que fuera Superman. Desde luego eso era algo que debía de enseñarse en los cursos de escolta: a protegerse los flancos; a leer los movimientos extraños, las miradas torvas, las puertas que tardan en cerrarse, el olor a maldad. Yo pensaba, veinte años y esa noche que cenaba arroz con gambas y cerdo agridulce con un guardia tatuado, que no merecía tanta atención de alguien que no conocía o no recordaba. Pero lo cierto era que alguien que no conocía o no recordaba me conocía y me recordaba a mí.

Uno debe escoger bien a sus amigos pero mejor a sus enemigos. Por lo visto me había tocado en desgracia uno de la peor calaña. Uno capaz de delegar su venganza en otro hombre. El agente hizo un esfuerzo formidable para devolverme la autoestima. El matón del zaguán me había atacado por la espalda. Y para eso no te preparan ni en los cursos de escolta ni en la academia de policía. Para eso solo sirve rezar y confiar en la mala puntería del matarife. Brito, de todas formas, también creía que se trataba de un aficionado. ¿Eso era bueno o malo? Las dos cosas. Bueno, porque el otro parecía algo torpe. Malo, porque los torpes son impredecibles.

Le conté a mi escolta (me costaba verlo como un carcelero) la historia que había escuchado en ese mismo salón de labios de Elizabeth, la de la serpiente y la luciérnaga. Por lo visto hay personas que irradian luz y otras que se mueven en la sombra como pez en el agua. Ocurría que hasta aquel momento yo me consideraba de los segundos, de los sombríos, sobre todo en los últimos tiempos en que me daba por releer a Galdós y a Pessoa. Y por eso seguía sin entender qué coño de luz pretendían apagarme. Brito se encogió de hombros, Usted es alguien que busca la verdad hasta debajo de las piedras; y la verdad a veces es un dolor de muelas.

Otro poeta mi celador. Un dolor de muelas. Bonita forma de llamarme mosca cojonera.

Conveníamos, pues, en que alguien quería joderme. Lo había intentado primero con un balazo para, más tarde, ensañarse con la garganta de una pobre muchacha. La duda que me surgía tenía que ver con el momento en que degollaron a la prostituta. ¿Sabía el hombre alto que yo me había escapado esa misma noche de casa de los Álvarez o fue pura chiripa? Si lo sabía, ¿por qué, en vez de ir a por ella, no fue a por

mí directamente? Hubiera sido más sencillo. Me habría tenido a tiro en media docena de calles solitarias y lóbregas en mitad de la noche.

Soñé con una celda sucia y gélida. Con un compañero, en el camastro de al lado, lleno de tatuajes amenazadores. Con un retrete compartido sin intimidad. Soñé con un rancho carcelero servido en platos de latón y con gritos soeces en mitad del almuerzo. Soñé con miradas escabrosas, con reflejos plateados de navajas, con movimientos de manos de fulleros. No llegaban a matarme pero solo la posibilidad helaba la sangre.

Y, sin embargo, me levanté más vivo, más fuerte. Decidido a tomar las riendas de mi vida. No podía seguir agazapado tras la protección de Álvarez, esperar sentado a que ocurriese algo. A que el matón volviera o a que muriera alguien más con rastros de mi ADN entre las uñas. La idea se fue forjando entre la ducha y el primer café. Necesitaba salir de casa.

Y necesitaba ayuda para eludir la vigilancia. Habría de ser en el turno de otro agente, me jodía hacerle tremenda cabronada a Brito Santianes después de nuestra cena. Habría de ser durante la noche, de día era muy expuesto. Y habría de ser por la puerta, nada de descolgarse por el balcón ni heroicidades de esas. Inés me iba a servir de parapeto.

Vendría a cenar ataviada con un traje escotado y se traería a un amigo de confianza. De confianza, con la noche libre y un estilo de vestir estrafalario. Sí. De esos a quienes les encantan los abrigos, las bufandas y los sombreros. Unas gafas de color serían también de gran ayuda. Exacto. La indumentaria debía de estar cuidada hasta el detalle. Resultaba crucial para mi plan. Y era esencial que no le contara a nadie la visita. Que pasara por un restaurante y se trajera algo del gusto de su amigo. Que subieran por la escalera, podían declarar un miedo enfermizo a los ascensores. Y que no hiciera más preguntas, ya le explicaría el resto en mi casa. Eso. Los esperaba a las ocho.

El celador les pidió la documentación a la llegada. Según mi plan, no tenía sentido volver a interrogarlos después: si entraban dos personas (una mujer elegante y un tipo excéntrico, con pinta de coser para la calle) y, a la media hora, salían otras dos con el mismo aspecto, no había por qué sospechar. Las contraseñas para las novelas de espías. A mí entonces me bastaría con dar el cambiazo. Con ponerme la ropa del amigo, que me sentaba como a un Cristo dos pistolas. Con abrirle la puerta a Inés y colocarme detrás de ella, en el lado ciego. Y con bajar las escaleras sin prisa.

Le había pedido a mi secretaria, mientras me vestía, que al salir saludara al policía, le diera las buenas noches y le explicara que teníamos intención de volver en un par de horas porque íbamos a una cena por el muelle deportivo. Ella agregó de su cosecha que esperaba que el agente estuviese allí para no tener que andar otra vez para adelante y para atrás con las identificaciones y que si necesitaba cualquier cosa no tenía más que pedirla. El agente le agradeció la oferta pero no precisaba de nada y añadió que, en efecto, estaría allí hasta el día siguiente por la mañana, así que no debía preocuparse por el control. Matábamos dos pájaros de un tiro: el hombre no me



miró ni una sola vez, tan atento estaba a la voz y al escote cálidos y embaucadores de Inés; y nosotros sabíamos que podíamos regresar a cualquier hora antes del amanecer.

El frío de la noche me devolvió el aliento. Llevaba muchos días recluido y necesitaba respirar un aire que no estuviera viciado de viejos temores y pesadillas. No. Desde luego que no estaba tranquilo. Sabía perfectamente lo que me estaba jugando. Pero ese era un temor y una pesadilla nuevos, ya tendría tiempo de lidiar con ellos.

No sabía por dónde empezar. Tanta mandanga con la fuga de Alcatraz y, una vez libre, no tenía ni idea de qué hacer. Inés insistió en acompañarme, ni de coña la iba a dejar en la estacada como otras tantas veces. Ahora nos necesitábamos mutuamente. Yo a ella, porque aún andaba renqueante. Y ella a mí, porque se había jugado el tipo ayudándome a escapar. ¿Me sonaba el concepto de cómplice? ¿Era consciente de lo que le podía caer por el numerito del descansillo? Coño, hombre, que solo le había faltado enseñarle las tetas al vigilante. Pues si nos pillaban se iba al carajo conmigo. Así que prefería no separarse de mí en lo que quedaba de noche.

Me ofreció el brazo para que me apoyara y allí que nos fuimos, amarraditos los dos de espumas y terciopelo, ella sin recrujir de almidón y yo todo menos altanero. Una pareja deslavazada e histriónica rumbo a Guanarteme. Sí. A la esquina donde decía el periódico que había muerto la prostituta. Confiaba en que alguien hubiera visto algo y en que la policía no fuera santo de la devoción del barrio. Tal vez a nosotros nos revelaran un mísero detalle que llevarnos a la boca, un simple cabo del que tirar.

Inés tuvo la sensación de que todos nos miraban. En cada gesto creía ver un motivo de alarma, como si todo el mundo sospechara que yo me había fugado de un arresto y ella había cooperado en el delito. Le alivié el escozor, Claro que nos miran, toleta; pero no porque sepan de mi huida; ¿tú has visto la pinta que llevamos?

Para no llamar más la atención, deambulamos por calles sin salida, apartadas, estrechas. Guanarteme es el río Serengueti a según qué horas. Una migración de africanos de todas partes y todos los colores de piel, desde el color arena al negro azabache, la cruzan por el margen menos profundo a fin de esquivar a los cocodrilos. Esquinas, terrazas, edificios enteros tomados por los que vinieron a buscarse la vida, a hacer las Canarias igual que nuestros abuelos se fueron a hacer las Américas. No sé si con una mano delante y otra detrás pero casi. Allí estaban. Con sus tenderetes de pañuelos y manteles, sus trapicheos de relojes de pega y sus ristras de gafas de sol absurdas y collares de perlas de un color imposible. El mejor sitio para pasar desapercibido.

## Seis

Habíamos invadido su territorio.

Y nos miraban con todo el recelo del mundo, con una mezcla de extrañeza y desprecio. La extrañeza era toda para mí. El desprecio, para Inés. No podían entender qué se me había perdido en aquel barrio y cómo era capaz de hacerme acompañar por una mujer tan descocada y lasciva, una mujer que sonreía con descaro y osaba mirarlos a los ojos sin recato.

No había que ser experto en dialectos africanos para comprender que los tipos murmuraban de nosotros. Mascaban el sarcasmo como Clint Eastwood tabaco. Llegué a sentirme ese perro flaco al que le cae el escupitajo en la cabeza. Inés estuvo a punto de saltar un par de veces al cuello pero entendió que no valía la pena enzarzarse en una disputa barriobajera, habida cuenta de que yo no estaba donde tenía que estar y aquella era una guerra que solo podíamos perder.

Llegamos a la calle en que habían matado a la prostituta. Una colega de la muerta (larga melena negra, vestido ajustado, labios excesivos) apoyaba una mano en su cadera inmensa. Con la otra fumaba un cigarrillo y hablaba con una ventana abierta de la cual salía un humo blanquecino. *Habemus Papam*. La compañera de la chica debía de estar fumando también, retrepada en un sillón que algún día habría sido color castaño y que olería a sudor de muslos y a sexo apresurado. La de la acera nos sintió llegar y se volvió. Miró a Inés con descaro. Cerró un ojo, tal vez porque le molestase el humo de su propio cigarrillo, tal vez porque anduviese calibrando la peligrosidad de mi secretaria.

Una voz sentenció desde el burdel, Cuando la alegría es falsa se escurre entre los dedos como el agua. Pura filosofía, me dije. Me habría gustado pensar que era un lema heredado de una bisabuela torcedora de puros. Pero acaso lo había leído en el Facebook el día anterior. Se escurre entre los dedos como el agua. Eso estaba diciéndole la voz de dentro a la chica de fuera que, como comprobamos al acercarnos, además de fumar masticaba chicle. Extraña mezclanza.

El recibimiento no fue más hospitalario que el de los vendedores de collares. Una tercera muchacha se asomó a la puerta del prostíbulo. Miró el reloj que llevaba en la muñeca. Se apoyó en el dintel, cruzó los brazos y nos lanzó una mirada desafiante. Ya eran tres contra dos. Inés anduvo rápida de reflejos. Se desmelenó. Le había cogido el gusto a soltar trolas y se inventó una historia que, de tan absurda, sonó de lo más creíble. Ella era mi mujer y estaba asustada. Peor. Asustada era poco. Estaba cabreada como un macho con el tipo que asesinó a su compañera y con la policía que no había sabido impedirlo. Sí. Eso mismo estaba pretendiendo decir. Que aquel crimen se habría podido evitar.

Con la voz vidriosa por la emoción, les contó cómo un bruto me había dado una tunda la noche anterior a la muerte de la chica. Hizo una pausa y me instó a que les enseñara el hombro maltrecho para corroborar su patraña. Volvió a su monólogo. Un

horror. Casi la dejan viuda con una hija pequeña. Ya, lo sabía, éramos un matrimonio talludito. A la vista estaba. Teníamos nuestros años pero, al no poder tener hijos naturales, habíamos adoptado a una niña africana, Salma. Un amor de chiquilla, con el pelito rizado y una sonrisa blanca como la nieve. Miedo le daba imaginarla huérfana. Claro que lo había denunciado a la policía pero no hicieron nada. Nada. Nada. Inés se estremecía mientras hablaba, tan entregada estaba a su papel. ¿Qué tenía que ver una cosa con la otra? Todo. Tenía que ver todo. Podía jurarles (siempre conviene colar una verdad en un cuento) que el que me había atacado y el que mató a la chica era el mismo hombre. Segura no podía estar pero se apostaría la sonrisa de Salma.

Las tres gracias, cada una desde su pedestal, seguían el relato sin parpadear. En silencio. Sus miradas brincaban entre mi hombro y los labios de Inés. No fui capaz de medir la altura de su fe. ¿Se lo estarían tragando? ¿Se habrían enternecido con el relato de *mi hija adoptiva*? Teníamos algo en nuestro favor: ellas compartían la misma ojeriza hacia la pasma. Por contra, les disgustaba hablar con desconocidos. Su trabajo solía ser justo lo opuesto: escuchar a los que acudían a desahogarse; consolarlos; aguantarles las quejas. Igual que el psicólogo en su diván o el camarero en la barra de su garito. Oír y callar, esa era la consigna.

Inés insistió en que no les estaba pidiendo que delataran a nadie. Solo pretendía prevenirlas de un hombre alto y nervioso que andaba suelto por el barrio. Un mal bicho. Había que andarse con sumo cuidado. La puta de dentro se alongó a la ventana, las cejas tupidas, un lunar impostor, el balcón de sus tetas abierto de par en par. Parecía llevar más años allí que nadie. ¿Habría heredado también el burdel de su bisabuela torcedora? Cerca de los cincuenta, curtida en mil y una guerras, debía de ser la gobernanta de aquel negocio. Su voz sonó lapidaria, un aviso a navegantes. No podían ayudarnos. No habían visto a nadie con esa descripción y, aunque lo hubiesen visto, por allí pasaba una legión de hombres cada noche. Resultaba imposible dar cuenta de todos. Tal vez en otra zona, en otra calle, en otro barrio tuviéramos más suerte.

Estábamos entre la peste y el cólera.

Las únicas que podían ayudarnos eran mudas y ciegas y, si me apuran, sordas. Otra zona, otra calle, otro barrio, dice. No, señora mía. Había sido en aquella zona, en aquel barrio, en aquella chinchosa calle donde habían degollado a la mujer. Allí, a un tiro de piedra de su prostíbulo, donde un tipo sin alma había decidido poner fin a una vida solo para implicarme. Porque se trataba de algo tan monstruoso como eso. Alguien se había erigido en juez, jurado y verdugo. Había decidido que el de la muchacha era un sacrificio lícito, mero daño colateral para contentar a no sé qué Dios. Al Dios que estaba detrás, moviendo los hilos. Y si a mí, que no conocía en vida a la prostituta, me repugnaba la idea, cómo era posible que a sus amigas les diera lo mismo.

Me asqueó la actitud de las putas. En otra situación lo hubiera entendido. Aquella

noche no. Le hice una seña a Inés, allí ya no teníamos nada que hacer, mejor que regresáramos a casa antes de que se dieran cuenta del cambiazo. No quise seguir comprometiendo a mi secretaria. Ya se nos ocurriría otro plan. Fue entonces, al ir a darnos la vuelta, cuando los ojos de la chica que fumaba y mascaba chicle a un tiempo se cruzaron con los míos. Entonces, cuando un parpadeo vidrioso, un gesto de culpa, el brillo del dolor de contrición que decían los curas me hizo cambiar de idea. ¿Y si no estuviésemos tan descaminados?

Tocaba esperar. Rezar para que sucedieran dos cosas: que nadie reclamara a la puta fumadora y que a la gobernanta le entrara hambre o sueño o ganas de leer. Y si una de esas posibilidades resultaba remota las dos juntas parecían un milagro. En la esquina siguiente había un bar cutre con tres mesas en la acera desde las que podía verse, con discreción, la puerta del burdel. Allí nos fuimos a esperar el milagro con dos cervezas, unos chochos y unas aceitunas. Inés había mirado la carta con repugnancia. No estaba su estómago para las *exquisiteces* del bar Congo. Aceitunas y chochos bastarían para calmar el hambre hasta llegar a casa.

En la tele echaban un partido viejo de la liga inglesa que no interesaba a nadie. En la mesa de al lado, la única ocupada cuando llegamos, dos marroquíes discutían en su idioma. O tal vez tuvieran una charla amistosa y solo parecía que discutían por sus gestos y el tono de sus voces. Vestían túnicas de seda, calzaban alpargatas viejas y fumaban unos cigarrillos negros y apestosos. Inés se erizó de frío. Comenzaba a dudar que nuestra vigilancia diera frutos, muy torpe debía de ser el tipo alto para regresar después de la que había armado. Yo tampoco lo creía probable. Inés se alborotó como un gato escaldado. ¿Entonces qué carajo hacíamos en el Congo? Comer chochos y esperar. Esperar. No cabía otra. ¿Esperar a hacernos viejos? No. Yo ya estaba viejo, para eso no necesitaba los chochos ni las aceitunas ni la terraza roñosa de aquel bar.

Estaba viejo.

Inés, en cambio, tenía sus momentos. Había días en que se sentía más joven de lo que jamás había sido. Y otros en que se le desmoronaba la esperanza. Tenía un montón de años, un trabajo insólito, una historia de amor que no la llevaba a ninguna parte, una casa heredada y un par de sueños sin cumplir. No. Un hijo no era parte de esos sueños, que no me engañara la historia de Salma. Solo buscaba la complicidad de las putas. Dios no la había llamado por el camino de la maternidad, nunca había sentido ese instinto. Nunca. Cualquiera de las chicas del burdel tenía más madera de madre que ella. ¿Quién sabía? Acaso fuese demasiado egoísta o demasiado vaga o demasiado cobarde. La cosa es que no se veía criando a una niña, ni propia ni adoptada.

Los sueños de los que hablaba tenían que ver con viajes, con un apartamento a orillas de la playa, con una carrera universitaria. Eso. Le hubiese gustado graduarse en Historia del Arte o en Filosofía. Pero cuando le había tocado el turno, sus padres no tenían dinero para mandarla fuera y cuando ganó dinero para estudiar lo que le

faltó fueron el tiempo y las ganas. Así que ni cobarde ni egoísta. Era una gandula como la copa de un pino. Una gandula con la sensación, solo a veces, de una vida desperdiciada.

No creía en las crisis. Al menos no en las crisis de la edad. Los treinta, los cuarenta, los cincuenta... Una estupidez. Mirar al pasado es como abrazar fantasmas. Pero hay un momento en que uno se da cuenta de que la vida no es como se la esperaba cuando aún tenía ilusiones de esperar algo. Que me lo dijera a mí. Lo bueno era que yo nunca había esperado nada. Jamás. Me había limitado a vivir desde muy joven. Sin preguntas. Sin atajos.

El milagro se produjo a las once menos diez. La muchacha, que se había perdido dentro del prostíbulo junto a un tipo con pinta de estibador de muelle, volvió a salir media hora más tarde con el pelo mojado y otro vestido. Y a la cincuentona de las tetas grandes la vino a visitar un viejo amigo, por el tratamiento que le dio al llegar: un largo abrazo y una sonrisa nada impostada.

Antes de pagar la cuenta Inés me preguntó qué me parecía la tetuda. Me parecía tosca y zafia. ¿Por qué lo preguntaba? Porque esa chica debía de tener la misma edad que ella. Año arriba, año abajo. La misma. Vaya, coño. Una razón más que convincente para no darle relevancia a la edad. Lo verdaderamente importante es cómo se llega a ella.

Nos despedimos del camarero del Congo. Cruzamos la calle hacia el burdel. La morenaza nos vio venir y encendió otro cigarrillo. Se hallaba sola ante el peligro, Gary Cooper con curvas y un olor a pachuli que intimidaba. Bajó la vista. Le dio una patada a una chapa de cerveza que fue a dar en el bordillo de la acera y esconderse debajo de un Renault blanco. A Perla, que así se llamaba, le hubiera gustado ser chapa de cerveza, volverse invisible, poder desaparecer bajo un coche. Pero sus caderas no hubieran cabido por el hueco.

No tenía adónde ir. Cruzó los brazos como si pudiera protegerse de nosotros. No podía. Nos iba la vida en aquella conversación. Intentó esquivar las preguntas, darles la vuelta, repetir el mantra de su jefa. Por allí pasaban muchos hombres. Entraban, follaban, pagaban y se iban. Sin preguntas. Sin atajos.

Muchos hombres, bien. Le compraba ese sueño. Viendo el percal del prostíbulo dudaba de que pasaran más de siete por velada pero no sería yo quien le jodiera el ego a la chiquilla. Muchos hombres, genial. Pero yo preguntaba por uno en concreto. Un hombre peligroso que, quién sabía, a lo peor tenía fijación con las putas porque su madre recibía a medio vecindario en el salón de estar y lo destetó antes de tiempo. ¿Y si lo de su amiga no fuera más que el principio?

A Perla se le desencajó el rostro. No había pensado en esa posibilidad. Y lo que nosotros sugeríamos sonaba peligroso. Exacto. Peligroso. Recalqué la idea de un asesino resentido por una madre cruel. Me vino a huevo una vieja película que la puta no habría visto no porque fuese puta sino porque tenía edad de no haber visto en su vida una película en blanco y negro, edad de creer que el cine ya nació en colores,

edad de no conocer a Hitchcock. Peligroso.

Por eso convenía que nos tomara en serio. Que nos ayudara. Que nos contara todo lo que sabía, aunque creyese que no era trascendente porque incluso aquello que pasa desapercibido a veces resulta fundamental en una investigación. Debía ayudarnos. Por nosotros pero también por ella. Los tipos como el hombre alto no se detienen en el umbral. Llegan hasta la cocina. Y cuando llegan no se contentan con un plato de galletas y un vaso de leche. Ajá. Era una metáfora. La herida en el hombro me había convertido en un puto poeta. Quería decir que un hombre como el tipo alto no se iba a contentar con un crimen. Necesitaba borrar las huellas y la mejor forma de borrar las huellas de un asesinato es otro asesinato. Y, quién sabía, la próxima podía ser ella.

Dos veces. Había ido dos veces a la casa. Al burdel le llamaban *la casa* y al hombre alto, *el silencioso* porque no había pronunciado una palabra. Solo gruñía, como un asmático, y los gruñidos no tienen acento, por eso no podía decir de dónde era el asesino. Lo que sí podía asegurar es que era un hombre fuerte. Le gustaba mandar en la cama. Pero eso no revelaba nada porque a muchos hombres les gustaba mandar en la cama, que para eso pagaban.

¿Las dos veces se había ido con ella? No. Solo una. La otra había elegido a Katia, la chica asesinada. Sí. Elegir era el verbo preciso y adecuado para la situación. En la casa trabajaban seis muchachas. Ya. Parecía más pequeña de lo que en realidad era. Allí donde la veíamos, además del recibidor que daba a la calle, tenía seis cuartos, dos baños y una cocina. Cierto que los cuartos no eran del otro jueves. Daban para una mesita, un espejo, un perchero y una silla para dejar la ropa que no se colgaba. Cincuenta euros pagaban por cada cuarto. ¿Al día? Qué coño al día, ¿creíamos nosotros que aquello era Hollywood? Cincuenta euros a la semana.

Así que el tipo había elegido a Katia entre otras cinco chicas. ¿Y eso había sido antes o después de haberse ido con Perla? Antes. Cuando regresó la segunda vez Katia no se encontraba disponible, cosas de mujeres, y el hombre se decidió por Perla. Eso había sido hacía dos semanas. Lo sabía porque tenía buena memoria y porque diluvió. ¿Recordábamos la noche en que el cielo se partió en dos? Pues esa misma fue. La habitación de Jennifer, otra de las chicas de la casa, la más guapa con mucho de todas ellas, se inundó por culpa de una grieta en el techo. ¿Cuánto había transcurrido entre visita y visita? Cuarenta y ocho horas. El tipo regresó a las dos noches. Al parecer había quedado muy satisfecho del servicio.

La última pregunta antes de que la comprometiéramos más. ¿El asesino pareció decepcionado al no encontrar a Katia disponible? ¿No insistió en contratarla a pesar de esas cosas de mujeres? No. Ni pareció decepcionado ni insistió en Katia. Preguntó por ella y, cuando le explicaron lo que sucedía, puso cara de grima y eligió a Perla. ¿Cara de grima? Sí. Como si la regla fuese una maldición bíblica.

Antes de marcharnos le dejé, por si el tipo aparecía de nuevo, una de mis tarjetas y quise saber una última cosa. Era importante. ¿Cómo era Katia? No me refería a su apariencia, seguro que todas las muchachas de la casa eran preciosas. ¿Cómo era

como persona? Un encanto. Frágil como una flor. Dulce y callada. Y rubia hasta dañar la vista. Sí. Katia, ya podíamos sospecharlo por el nombre, era bielorrusa.

Nos sentamos en la plazoleta de Farray a tomar un café y un bocadillo. Hacía frío. Agradecí en el alma la chaqueta grotesca del amigo de Inés. Ahora que caía ni siquiera le había preguntado su nombre, qué desagradecido. Pues no conocía su nombre pero hube de reconocer que, si bien para los colores era medio daltónico, sabía elegir la tela de la ropa: paño abrigado y suave. Me mantuvo la herida cliente y la cabeza fría.

Insistí en volver al asesino. La declaración de Perla nos había revelado algunas cosas. El hombre alto no solo era repugnante sino también repudioso. Le asqueaba la regla, esa maldición bíblica. ¿Exceso de finura? ¿Escrúpulos higiénicos? ¿Problemas morales? Y gruñía. Como un asmático. Recordé sus ronquidos en la escalera. Y recuperé la imagen de Álvarez llegando a su casa, asfixiado. ¿Un asmático que iba en bicicleta?

Por otra parte el tipo podía haber elegido a la chica más guapa, *con mucho*, de la casa: la tal Jennifer. No. El diluvio había sido después, en la segunda noche. Así pues no nos cabía la excusa de la alcoba anegada de Jennifer porque en la primera visita ya había optado por Katia, más rubia y sobre todo más frágil. Quizá le gustasen las calladas.

¿Cuándo había ocurrido? Unos días antes de que me disparara. ¿Eso quería decir que ya tenía intención de matarla o improvisó después al no haber podido conmigo? Inés se sonrió. ¿Qué le hacía tanta gracia? Lo de no haber podido conmigo, vaya trasto estaba hecho yo. ¿No me estaba viendo o qué? Que no me hubiese matado no significaba que no me hubiera destrozado la vida. Daba lástima. Claro, claro. La facha que llevaba con esa chaqueta y esa bufanda de colorines no ayudaba pero ella se refería al destrozo de espíritu. Joder, otra esotérica del yoga. ¿Qué le pasaba a mi espíritu? Le pasaba que apenas se me veía. Como si hubiese decidido huir de mí. Coño, y tanto. Con un tipo delirando con matarme y el dolor de la clavícula, hasta mi espíritu quería estar lejos de mí por si las balas regresaban.

De repente sonó un móvil. Todo el mundo en las mesas cercanas se palpó los bolsillos. El único que no lo hizo fui yo y, suele ocurrir, resultó que era el mío. Álvarez. Teníamos que regresar a casa. Sin demora. No podía contestar en mitad de la plaza con un acordeonista gitano tocando *Bésame mucho* y un bullicio de gritos en las terrazas. Porque se suponía que yo debía de estar en la cama convaleciendo y no de parranda. Lo dejé sonar hasta que se murió. Pero debía regresar cuanto antes no fuera que el inspector se mosqueara y se le ocurriera alertar al escolta y se jodiera todo.

Le mandé, de camino, un mensaje de *guasap* en el que me disculpaba por no poder contestar (Estoy en el baño) y le prometía llamarlo (Deme diez minutos). Gervasio me respondió a su modo (Anda a cagar) y le quitó importancia (Es Susana la que está preocupada) y acabó con una orden (Llámala). En ocho minutos y medio estábamos de vuelta.

El agente de guardia no sospechó nada. Mi secretaria estuvo de lo más solícita y su escote mimoso hizo el resto. La noche había salido casi perfecta. El amigo de Inés se había ventilado la pizza barbacoa, una botella de Muga y media de ginebra que encontró en el mueble bar. Por los servicios prestados y los nervios que le habíamos hecho pasar, dijo. Volvió a vestirse con su atuendo de carnavales y nos despedimos antes de que la suerte se nos caducara.

Susana aún no se había acostado. Estaba viendo en la tele un programa de entrevistas en el que, cosa extraña, nadie gritaba a nadie, nadie se pisaba el turno de palabra y todos tenían algo interesante que decir. ¿En español? ¿De veras? ¿No se habría equivocado y conectado con la BBC? Noooo. Era un programa de La 2, hombre de poca fe. Se hablaba de libros, de cine y de jazz moderno. Por eso lo echaban en La 2 y a esa hora. Lo habría visto ella y una que se murió de la impresión.

A Susana le encantó volverme a oír. Con volverme a oír se refería al Ricardo de siempre, al de antes de la balacera. La tranquilicé. No hay mal que cien años dure ni cuerpo que lo resista. Me encontraba muy bien, dadas las circunstancias. Y me había hartado de tanta melancolía. Era más: me estaba haciendo a la idea ya de un tiempito en la cárcel y hasta estaba ponderando los libros que pensaba llevarme.

Le jodí la alegría. Cambió el tono de voz. Eso ni en broma. Yo no podía ir a la cárcel. Ni hablar. Había tenido una agarrada con Gervasio a cuenta del asesinato de la pobre chiquilla de Guanarteme. No se le pasaba por la cabeza que su marido, ni por asomo, creyese tremenda patraña. ¿Yo un asesino? ¿Encima en mi estado? ¿Con un agujero en el hombro? Ella podía decirlo porque me había cuidado durante una semana. Le parecía todo un disparate. Nadie en su sano juicio podía creerlo.

Se la notaba disgustada, triste. Por supuesto que entendía que Gervasio estaba cumpliendo con su deber. Pero hay deberes que no deberían cumplirse nunca, deberes que deberían obviarse, deberes que deberían de estar en contra de la ley. A saber: desahuciar a los pobres, dejar libres a políticos corruptos y encerrar a inocentes. ¿Hablaban la amistad? Seguramente. Pero también hablaba la experiencia. Susana me había calado. Había leído en mi crisis como en un libro abierto. Crisis, sí. Con todas sus seis letras. Lo que me ocurría era más viejo que el primer burdel. Me hacía mayor y el asunto del tiroteo me había servido de revelación. Eso. Un descubrimiento. De pronto había comprendido que ya no era un pibe. Que del cuarentón aquel vividor y mujeriego ya no quedaba ni la sombra. ¿Una psicóloga? No. Simplemente una mujer con ojos en la cara y que sabía contar con decimales.



## Siete

Al día siguiente me despertó un revuelo, una pelotera entre dos mujeres en el rellano de la escalera. La primera impresión fue de desconcierto: ¿dónde se había metido mi ángel custodio?; ¿me había dejado Álvarez sin protección?; ¿habría ocurrido algo durante la noche? Con un ojo cerrado busqué el móvil en la mesilla de noche. Lo atrapé a la tercera, luego de arañarme la mano con la base de la lámpara y botar al suelo el despertador. No tenía llamadas perdidas. Nadie (ni la muchacha del burdel ni Inés ni el inspector) se había intentado poner en contacto conmigo.

Cuando llegué a la puerta aún estaba abotonándome la camisa, con tanta torpeza que se me quedaron los ojales descabalgados y un faldón más largo que otro. No estaba para refinamientos así que lo deje estar. Reconocí una de las dos voces y las emociones se me enredaron como el hilo de una cometa, una sensación dálmata entre la alegría y el miedo. Beatriz Guillén había vuelto. Había vuelto y el día comenzaba a tener sentido. Había vuelto y de nuevo la angustia se apoderaba de todo.

Abrí la puerta a tiempo de detener la pelea entre mi novia (¿volvía a ser mi novia?) y una agente de servicio (¿había escoltas femeninas?). Le expliqué a la mujer policía quién era la mujer civil. Le pedí que llamara a su jefe para corroborarlo. Le rogué a legaña viva que dejara pasar a Beatriz, que la necesitaba, que la había llamado yo. Llamarla era decir poco. Había hecho la promesa de que si aquella mujer regresaba a mi vida iría a hacerle una ofrenda a la Virgen del Pino. Hasta ese punto la necesitaba. Mi escolta, una muchacha con el pelo recogido en una larga cola, no acababa de creermelo. Me miró con escepticismo, se tomó unos segundos para pensarlo y al final, muy al final, accedió a la visita. Cuando entramos, nadie pudo bajarme del burro de que lo primero que iba a hacer la policía era llamar a Álvarez para darle el parte de guardia.

Beatriz, por su parte, venía en son de paz.

Traía en la mano un cartucho de papel estraza y una sonrisa furtiva después del incidente del pasillo y lo de mi promesa. El caso era que había meditado mucho sobre nuestro enfado. Me faltó el canto de un euro para joder el reencuentro replicando que *nuestro* no era exactamente el adjetivo apropiado. Que yo no me había enfadado jamás con ella. La farmacéutica dejó su bolso y el cartucho en el sillón para perseverar en su discurso. Había meditado mucho y creía conocer las razones de mi desagradable comportamiento. Sí, sí. Desagradable. Muy desagradable. Grosero, incluso. Venía en son de paz pero las capitulaciones las marcaba ella.

¿Por casualidad Beatriz no habría tenido una charla con Susana? Eso también pero había sido después de su larga meditación y simplemente había servido para corroborar su teoría. Ahí ya no pude más y salté. Como se le ocurriera decirme que mi problema era que me sentía viejo y que me podía el miedo, volveríamos a replantearnos el jeringado adjetivo porque agarraría un enfado del carajo. Y esta vez sería un enfado *mío y solo mío*.

Ella hizo lo que hace siempre que quiere desarmarme: cerró los ojos y me besó. Su beso sabía a miel. El mío sin duda a hiel porque, con el sobresalto, ni tiempo había tenido de lavarme los dientes. Me retiré. Pretendía mantener el poco decoro que me quedaba. Pero ella volvió a jalar de mi cara hacia su boca: primero, porque no se notaba que acabara de levantarme (bueno, en los pelos revueltos y la camisa cambiada tal vez sí pero en nada más); y segundo, porque mis besos eran completamente suyos (esta vez el adjetivo era premeditado) y le importaba un pimiento si no olían a lirios del valle.

No había venido a sacarme de la cama a mí sino a meterse ella. Tenía un par de horas libres, dos cafés que ya estarían enfriándose y cuatro cruasanes recién hechos para compartir conmigo. También traía en el bolso los periódicos de la mañana. Un par de horas. Porque entre pitos y flautas llevábamos más de diez días sin sexo y era una mujer joven que necesitaba desfogarse. Ya. Era consciente de que tendría que hacerlo todo ella porque yo no estaba para batallas campales pero se sentía capaz de eso y de mucho más. Más de diez días a dieta la habían preparado para una buena guerra de imaginación.

Mientras dábamos cuenta de los cafés y los cruasanes quiso excusarse por lo ocurrido la tarde en que me había pillado con la vecina de abajo que no era lo mismo que pillarme debajo de la vecina pero se parecía, joder, cómo se parecía. Se había sentido herida como mujer, traicionada como pareja, un poco destronada como hembra alfa. Por supuesto, sabía que a mí las jóvenes no me decían nada pero pasaba que la joven en cuestión tenía aspecto de decir mucho con ese acento y esas tetas tan cubanas. Ya, claro, el yoga kundalini. A ver si iba a resultar que las hijas del yoga kundalini no follaban, ¿verdad? A otra perra con ese hueso. Después de la meditación viene el sarao. Y tras poner la mente en orden lo que procede es desordenar el cuerpo. Y verme allí con aquella cara de pájaro bobo y bebiendo en mi estado... Pues eso: que se la llevaron todos los demonios.

Con el último sorbo de café le recordé una teoría que ya me había oído alguna vez. Un pensamiento nada filosófico y sí muy práctico. Si alguien debía de estar celoso en nuestra relación ese era yo y no ella. Porque ella era una mujer joven que mantenía sus necesidades intactas y yo un viejo cuyo cuerpo tenía más agujeros que un rayador de queso. Beatriz se lamió un resto de cruasán que le había quedado en la barbilla y sonrió. Pensaba besarme todos los agujeros de mi cuerpo hasta que me curara de esa absurda pesadumbre que me había entrado. ¿Todos los agujeros? Todos no. Al nuevo ese del hombro ni pensaba acercarse.

Beatriz Guillén perdonaba y se hacía perdonar como nadie en el mundo. Se condujo con una suavidad, con una placentera calma que me devolvió a la vida en esas dos horas libres. En algún momento del desafío llegué a dudar de que aquello estuviera ocurriendo. El engaño, la falacia de los sentidos se reveló entre las sábanas esa mañana de invierno. Quise ocultar mi olor enfermo entre su aroma rabioso, contagiarme de su garra, recobrar su esperanza a prueba de traiciones. Mi miedo y mi

deseo se mezclaron con los suyos.

Tenía un cuerpo en el que poder confiar. Hecho a base de sudor y llanto. Dos partos, un aborto, una cesárea. Dolor y sufrimiento. Desengaños hasta llenar el cupo. Y sin embargo su tacto era cálido, conocido. La sensación de volver a casa después de un largo viaje. Ella debió de notar mi emoción porque me preguntó varias veces por qué la miraba así. ¿Acaso había olvidado cómo era desnuda? No. Nunca. La recordaría incluso con los ojos cerrados. Lo que no recordaba era lo dichoso que me hacía sentir. Beatriz amazona, su cuerpo cabalgándome. El cabello llorando sobre sus hombros blancos. Su vientre desperezándose contra mi ingle. El horizonte de su sexo sobre el mío. La piel sobre la piel como si de un instante a otro fuese a amanecer.

No supe en qué momento de la mañana se fue.

Cuando abrí los ojos, cerca del mediodía, estaba solo. Solo en la casa y solo en la vida otra vez. Las dos almohadas dormían en el suelo. El edredón vencido a los pies de la cama. Los periódicos sobre la mesilla de noche. Me incorporé hasta sentarme contra el cabezal. Pensaba pasarme el resto del día leyendo para recuperar tanto tiempo perdido. Entre una cosa y otra llevaba más de una semana sin noticias del mundo. Me habían faltado fuerzas para enfrentarme a las miserias cotidianas de los periódicos, ya tenía bastante con las mías.

La política seguía siendo tediosa, cada cual se miraba el ombligo y todo manga por hombro. Aún andaban tirándose los trastos a la cabeza sobre a quién le correspondía pagar la cuenta de la reciente inundación. ¿Al gobierno canario? ¿Al cabildo? ¿Al ayuntamiento? Había diluviado sobre la isla y las imágenes mostraban un paisaje desolado: un restaurante de playa al que le faltaba el techo; una vivienda de las Medianías anegada por el agua; un campo de tomates echados a perder. Y caras de impotencia. Y lágrimas. Y angustia.

La bolsa y los mercados seguían desangrándose. Y la prima de riesgo se había desorbitado. Y el ministro de economía asustaba con nuevos recortes. Culpaba a los chinos, que son muchos y están lejos. Siempre es bueno tener a mano unos cuantos millones de chinos cuando no cuadran las cuentas, tener un enemigo a quien colgarle el muerto. Pero al final, mientras los especuladores seguían amasando sus fortunas (sus rostros cínicos y jocosos a tres columnas), perdían siempre los mismos.

En la sección de sucesos descubrí un reportaje que debía de llevar, a tenor de lo escrito, unos cuantos días en candelerero. En verdad se trataba de tres informaciones conectadas: se había perdido un arquitecto; se había perdido una caja con dinero del colegio de arquitectura; y, lo más relevante, se habían perdido las dos cosas a la vez. No había noticias de Leopoldo Chil Maza. No había rastro de unos trescientos mil euros destinados a rehabilitar un hotel en la calle Perdomo. Y el pato le tocó pagarlo (allí estaba, entrando en los juzgados, con una chamarra oscura y cara de no entender nada) a un pobre pringado que trabajaba de contable y no se escondió a tiempo. Lo bien que le hubieran venido al contable unos cuantos chinos.

Por las esquelas supe que en los últimos días habían muerto ocho personas: cinco

mujeres y tres hombres. La más vieja contaba noventa y siete años. El más joven, treinta y seis. Sesenta años de distancia. La muerte, al fin y al cabo, nos igualaba a todos. La mitad de las esquelas llevaba rostro y, al menos en dos casos, alguien había decidido embellecer el dolor con un retrato de cuando el difunto aún tenía toda la dentadura. Vaya coña el mundo de la imagen. Se supone que los deudores colocan una fotografía para que al muerto se le reconozca. Para que los despistados, los que trabajan mucho, los que anduvieran de viaje pudieran decir, Mira, coño, se murió doña Manuela, pero ¿esa mujer aún vivía? Y de repente a la familia le entra un pudor absurdo, una coquetería fuera de tono y cuelga la foto de cuando doña Manuela era Manolita y no hay Dios que reconozca a la difunta ni por el alias. O quizá sí. Quizá el alias tuviera más sentido que nunca porque la foto no representaba a una anciana de noventa años pero Manolita la de los Jureles no podía haber dos.

Iba a pasar la página en busca del sudoku cuando unos ojos me reconocieron desde el balcón de la tercera esquila. Un hombre de ochenta y cuatro años, que había muerto hacía ¡dos semanas! y cuyo funeral se iba a celebrar esa misma tarde en la Parroquia de San Telmo, por todo lo cual rogaban a sus amistades y personas piadosas una oración por su descanso eterno. Tuve la sensación de que me miraba a mí. De que me proponía un acertijo, un reto. Se llamaba Guillermo Socas y era natural de Artenara. No se mencionaba a una viuda ni que fuese viudo de nadie pero se hablaba de un hijo ya fallecido, Martín, y de una hija viva, Delia.

La parte del león en el oficio de investigador se la lleva la constancia. Pero uno no debe darle la espalda a la intuición. Y la intuición me dijo que en aquel funeral dos semanas aplazado encontraría respuestas a algunas de mis dudas. No podía repetir el numerito del cambio de vestuario. Por muy torpes que resultaran los escoltas, dos visitas estrambóticas en veinticuatro horas hubiesen sido un clamor. Por otro lado, Álvarez no me iba a permitir salir de casa, de modo que debería enviar a un vicario a San Telmo. Alguien que pudiese pasar desapercibido, que fuese mis ojos y mis oídos allí, que tomase nota de cuanto sucediera.

Y solo se me ocurría uno.

Me gané una bronca de Miguel Moyano por no haberle confesado antes lo del tiroteo. Se había tenido que enterar por Beatriz, que se lo había dicho a Concha, que se lo había contado a él. O sea, el último mono, joder. Demasiada maraña para algo tan sencillo. Apeló a la amistad. ¿De qué servía si no se compartían las penas? ¿Qué sentido tenía una relación de tantos años como la nuestra? Y que no le viniera con la excusa de que no quería alarmarlo. Los amigos de verdad están para eso. Para alarmarlos. Se le llenó la boca de emociones altisonantes. Los años. Las vivencias. La sangre.

Miguel estaba dolido. Y un lomo alto de buey no le iba a mejorar aquel *dolor profundo*. ¿Una botella de vino? Eso sanaba mejor pero que no creyera yo ni por un momento que su perdón me iba a salir barato. Tenía razón en su queja. Podía aducir, en mi descargo, que entre la herida del hombro y la prostituta muerta se me había ido

el santo al cielo. Que aquellos últimos días habían sido una locura, una pura confusión. Pero, conociendo a mi amigo, la excusa me hubiera servido de poco. Me iba a pasar el resto del invierno purgando el olvido. Porque cuando a Miguel le daba por ponerse mimoso no había quien lo aguantara.

Nos habíamos conocido hacía más de cuarenta años. En las barricadas. Habíamos coincidido en un colegio de curas durante el bachiller y decidimos juntos matricularnos en Derecho a ver qué ocurría. Ocurrió que él obtuvo el primero de sus muchos éxitos y a mí me atropelló el primero de mis muchos fracasos. Eran los últimos días del franquismo. El dictador daba la última bocanada en una clínica. Todo tenía una pátina de blanco y negro menos la policía que iba de gris. Cualquier cosa nos servía de pretexto para montar una manifestación. A veces los pretextos se confundían y allí que íbamos quinientos estudiantes a protestar por la falta de libertad, por la subida de las tasas o por el apaleamiento de un compañero de Filosofía, todo al mismo tiempo.

El pelo nos llegaba por los hombros y aún creíamos en algo. Una vez nos encerraron juntos en el cuartelillo, después de una sentada a favor del Frente Polisario y nos pasamos tres días con sus noches arrestados. Menos mal que el padre de Miguel, procurador de la vieja guardia y buen amigo del gobernador militar, nos vino a rescatar. Tres días con sus noches que pretendían servir de escarmiento pero que solo sirvieron para cimentar nuestra amistad, recelar de los militares y alimentar nuestra rabia contra el Caudillo y todo lo que significaba.

Nos parecíamos como un huevo a una castaña. Tal vez por eso nuestra amistad había sobrevivido a los embates de tantos desencuentros. Miguel solía decir que el día que autorizaran el matrimonio sin sexo se casaría conmigo. Era un tipo pragmático, transparente, cuadrulado. Poco dado a vaivenes: las cosas estaban bien o estaban mal y todo tenía una explicación lógica. Así desde adolescente. Luego a nadie pudo extrañar que se fuera retirando poco a poco de las manifestaciones, que se alejara de las noches de farra como de la lepra, que acabara la carrera con matrícula, que se hiciera cargo del bufete de su padre el procurador, que se casara con Concha, su novia de siempre, y que formara una familia numerosa con dos casas, tres perros y una mucama ecuatoriana o guatemalteca (me da que ni ellos conocen la verdadera nacionalidad de la niñera) que le lleva a los chiquillos al colegio.

Yo, en cambio, me despeñé mil veces en noches de guitarra y ron, en tertulias político poéticas y en el amor libre y dislocado. Alguna vez, durante una de nuestras tantas sobremesas regadas con John Haig, tal vez en el transcurso de una de nuestras reconciliaciones, le pregunté si era feliz, si la vida que llevaba le satisfacía. Él me contestó primero, con cara de hastío, que estaba demasiado ocupado para eso. Más tarde, que la felicidad era cosa de gandules y existencialistas, que no le viniera con mariconadas. Y al final, a fin de que no cupieran dudas, la perra gorda para él, sentenció que era inmensamente feliz, por supuesto.

El lomo alto me quedó algo seco. Se me debió de pasar alguna consigna de

Susana, una cuestión de tiempo de horno o algo. Pero estaba comestible y, con una sartenada de papas fritas y cebolla y el mejor vino que Miguel halló en un mantenedor de frío que él mismo me había regalado, el almuerzo resultó de lo más aparente. Recordamos nuestros años de juventud a la manera en que solo los viejos saben hacerlo: quejándose. Añorando unos tiempos que ya no volverían. Lamentando el caos en que se había convertido el mundo. Desconcertados ante lo que se nos venía encima.

Unas semanas antes, Moyano había asistido a un seminario en la Facultad de Derecho con estudiantes de último año.

—No tienen ni puta idea de nada, Ricardo; están más *pelaos* que el culo de un mono; se hacen las preguntas equivocadas y lo que más me jode es que creen tener siempre la razón.

—Nosotros, a su edad, también lo creíamos.

—Qué va, chico. Nosotros dudábamos de casi todo. Teníamos más carácter.

—Teníamos menos problemas. Ahora, con tanto móvil, tanto chat y tanto Facebook, a los pibes se les dispersó el entendimiento.

—Quizá sea eso. Sin embargo, lo que más echo en falta son los referentes.

—...

—Sí. ¿Recuerdas a nuestros maestros? ¿Nuestras lecturas? Coño, que yo leía a Hegel y a Nietzsche antes de llegar a la universidad. Estos tipos no pasan de Paulo Coelho. Estoy hasta los huevos del monje que se tiró de la moto y la puta armadura oxidada del príncipe.

—Creo que era del caballero, pero te entiendo. Son los tiempos que corren. Piensa que, si te invitaron a dar ese seminario, es que tú eres su referente.

—Peor me lo pones, carajo. Menudo referente.

—Pues es lo que hay, Miguelillo. Nos hemos hecho mayores. Los chicos se levantan para cedernos el asiento en la guagua. Las chicas nos miran como al abuelo que hay que acompañar al asilo. Y en las facultades nos llaman para que contemos nuestra experiencia.

Miguel se atragantó con el vino. Me había pasado tres pueblos. ¿Tan viejos éramos? Porque él no estaba dispuesto a contagiarse de mi melancolía. Ni loco. ¿Recordaba yo el día en que le había preguntado si era feliz? Pues que me aplicara el cuento. Que me mirara bien, En serio, chico, mírate bien; pareces el tipo más desdichado del mundo, ahí con ese brazo en cabestrillo y esas ojeras de una semana; tanta vaina con la felicidad y al final vas a ser tú, el amigo libre y coñón, el que no sabe convivir consigo mismo.

No supe qué responderle.

Yo siempre me había llevado bien con la soledad. Había sido ahora, que todos se desvivían por mí, cuando no me hallaba. ¿Miedo a que me quisieran demasiado? Joder. Me habían pegado tres tiros, de modo que demasiado no me querían. Al menos había alguien por ahí que me odiaba con ganas. ¿Quién? Y vuelta la burra al trigo con

la pregunta. Si lo supiera, no estaría tan perdido. Y es que lo había intentado por todos los medios. De verdad. Desde todas las perspectivas posibles. Había estudiado mi vida como para un examen de licenciatura. Había repasado la lista de los reyes godos, desde Ataúlfo a Don Rodrigo, y no se me ocurría quién podía estar detrás del tiroteo.

Miguel se sirvió un whisky de Malta que compré para él. Fue a la nevera a por hielo y regresó con ganas de pelea. ¿Estás seguro de que detrás de todo esto no anda una antigua novia despechada?; mira que tú has sido un poco cabrón con las tías.

—Yo no he sido un poco cabrón con las tías, Moyano.

—Anda que no. Te duraban menos que un pirulí en la puerta de una guardería.

—Eso no es ser cabrón, es ser versátil.

—Claro, claro.

—Además, llevo casi cuatro años con Beatriz. Si alguna se ha podido sentir celosa o despreciada ya habría tenido tiempo de vengarse.

—Buff. Ya sabes lo que dicen de la venganza: se sirve bien fría. Nunca es tarde para joderle la vida a quien te la jodió a ti.

—Ahí estamos de acuerdo. Por eso no creo que se trate de un antiguo amor. Porque yo no recuerdo haberle jodido a una mujer la vida de ese modo.

—¿Entonces?

—Entonces tengo la sensación de que la cosa va por otro lado. Hace un par de días estuve cenando con uno de los escoltas que me ha puesto Álvarez (el tipo se sentó donde tú estás ahora) y me dijo algo que me dio que pensar.

—¿Un escolta? Coño, hasta con ellos has tenido más consideración que conmigo.

—No me seas niño, Miguel, que las perretas no te pegan. Lo invité a entrar porque me daba apuro verlo tan aburrido en el descansillo. Se tomó una Coca Cola y apenas comió.

—Vale, vale. Un verdadero santo. ¿Y qué te dijo?

—Que yo he tenido que pisar muchos callos en mi trabajo.

—Para ese viaje no hace falta escolta.

—Pues por ahí van los tiros. Creo que alguien ha contratado a un sicario para que me dé un buen susto.

—¿Un buen susto? Un buen susto es una patada en el culo en un callejón oscuro. Esto es una *vendetta* en toda regla. Tienes que averiguar quién te quiere muerto.

Me lo había puesto a huevo.

Le tomé la palabra.

¿Creía Miguel Moyano en el azar, ese momento indefinible, mágico en que a las cosas les da por suceder? Imaginemos, por ejemplo, que uno va a coger la guagua para ir al trabajo. En mitad del camino a la parada se encuentra con un amigo, se resbala en un charco, se detiene a comprar puros en el estanco. Llega a la parada justo cuando la guagua ya ha partido. Entonces comienza a llover y se refugia bajo un chaflán. De repente el chaflán se desploma sobre su cabeza. Y es el fin. Una tragedia.

Pero el azar es ambidiestro, escribe con las dos manos. Imaginemos que no hay amigo, no hay charco, no hay estanco con puros y uno llega a tiempo de coger la guagua y salvarse de la lluvia y la muerte. El azar. ¿A qué venía esa reflexión?

Que descuidara Miguel, que no le iba a dar la murga con chochees de anciano. Mi reflexión venía a que, esa misma mañana, el azar me había traído a Beatriz. Y Beatriz, unos periódicos. Y los periódicos, ganas de leer. Y así hasta la esquila de un tipo que me sonaba mucho, no sabría decir cuánto. Un tipo al que le ofrecían una misa funeral esa tarde a las siete y media. Una misa que llegaba dos semanas tarde y a la que yo no podía asistir por razones obvias, solo tenía que verle la cara de guardia civil al celador del pasillo. Ah, que era celadora. ¿Aún seguía ahí la policía de la mañana? Pues más razón para descartar el permiso. La mujer de la cola de caballo no estaría de humor para saltarse las normas después de diez horas de vigilia.

Miguel sacó a pasear su vena sardónica, Qué cabrón; para eso me has invitado; no tienes a nadie a quien recurrir, ¿verdad?; fuertes cojones te gastas, chico. Iba a decirle que no, que era justo al contrario, que no eran los cojones sino el miedo lo que me había movido a recurrir a él. Pero me hubiera mandado a la mierda y me quedaría sin vicario esa tarde y sin amigo el resto del invierno y quién sabe si la primavera también. Por cosas más ridículas habíamos pasado meses sin hablarnos. De manera que agaché la cabeza e intenté vestir al muñeco como pude, Tengo a más gente a quien recurrir, Moyano; lo que no tengo es tanta confianza en esa gente como en ti; necesito a alguien que no esté *quemado*, que pueda aparecer por la ermita de San Telmo y nadie lo relacione conmigo o con la policía.

Mi amigo levantó la mano, Espera, espera, no te embales...; ¿quemado?, ¿relacionarme contigo o con la policía?, ¿quieres decir que voy a correr peligro?

—No jodas, Miguel. A las siete y media de la tarde, ¿qué peligro vas a correr? Lo de quemado viene porque a ti nadie te asocia conmigo. La gente cree que el nombre de la agencia, Blanco y Moyano, es solo para darme pisto.

—¿Y qué se supone que tendría que hacer en la ermita?

—Poner cara de contrición. Levantarte y sentarte y arrodillarte cuando lo diga el cura. Rezar y observar.

—¿Qué debo observar?

—Cualquier cosa que resulte extravagante. Sí. Ya sé que lo más extravagante allí vas a ser tú. Pero quizá aparezca otro despistado. Alguien que se muestre incómodo. Que no pare de mirar a su alrededor. Que esté buscando lo mismo que nosotros.

—¿Y qué pasa si me cala? ¿Y si nos encontramos en mitad de la búsqueda?

—Pues sal pitando.

—¡Qué fácil lo ves, chico!

—Es fácil. Siéntate, por si acaso, en el último banco de la iglesia. Al menor signo de peligro te vas, coges un taxi y directo a casa. Hay una parada en el parque, frente a la estación de guaguas. No te hagas el valiente, ¿estamos?

—Y dime, Ricardo: ¿por qué crees que ese tal Socas tiene algo que ver con lo del



zaguán?

—No lo sé. Tal vez sea una falsa alarma o que ando desesperado. Lo cierto es que al hombre lo conozco pero, desde el tiroteo, me tiembla la memoria. Mientras tú vas a la iglesia yo me pasaré la tarde delante del ordenador a ver si averiguo algo sobre Socas. Lo peor que puede ocurrir es que no sea nada y, total, yo tengo todo el tiempo del mundo y a ti no te va a matar una misa.

—Mierda, eso de no que no me va a matar una misa me acaba de poner los pelos de punta.

## Ocho

Guillermo Socas había muerto tras una larga enfermedad. Buen funcionario de juzgados, no constaba una sola denuncia en su trabajo. Celebraron su jubilación con una fiesta multitudinaria y un reloj de regalo que le entregó el consejero de Justicia. Tuvo dos hijos: un varón, muerto en el siglo pasado; y una hembra, dueña de una librería en Schamann. El Ojo Escarlata se llamaba la librería. Allí se vendían, además de sahumeros y libros esotéricos, piedras y cuencos tibetanos para sanar el alma. Los sábados visitaba la tienda una vidente a la que había que pedir hora con meses de antelación. Una familia extraña la de Socas. Nada se sabía de la madre, se desconocían las circunstancias de la muerte de Martín y luego estaba Delia, con ese trabajo que daba pavor.

Tal vez se tratase de una falsa alarma. Quizá no conociera de nada al difunto. Volví a mirar la foto de la esquela. Aquellos ojos, aun en la imagen difuminada por el papel de imprenta, taladraban a quien los observaba. Había un poso de acusación en ellos. Un entrecejo de Me cago en todo: desde el fotógrafo hasta la última piedra del desierto.

Me serví una copa, ¿qué más podía hacerme daño? Llamé a Inés. Quería pedirle una cosa. Sí. Algo sencillo y novelero. Que se pasara por los juzgados a ver si hallaba a alguien que hubiera conocido a Socas de su época de funcionario. También me valía alguien que no lo conociera demasiado pero con lengua suelta, una lengua aburrída de tantas horas muertas. No. No pretendía desacreditar a los funcionarios ni insinuaba que fuesen todos unos vagos redomados que se pasan la vida tocándose los huevos, mano sobre mano. En la función pública habría de todo como en botica. Pero quizá Inés pudiera dar con un renglón torcido y dorarle la píldora y sonsacarle información sobre qué tipo de persona era Guillermo Socas, cuál era su ocupación, cómo se llevaba con los colegas de turno, por qué demontres no se sabía nada de la madre que parió a sus hijos.

Acababa de oscurecer cuando sonó el teléfono. Andaba tan embebido en el ordenador que me sobresalté. ¿Sería Miguel con malas noticias? ¿Se habría complicado el funeral? ¿Habría puesto de verdad en peligro a mi mejor amigo por un asunto que debía haber sido solo mío? Miré el reloj de la pantalla. Las ocho menos diez. No podía ser él tan pronto.

La voz agria de Álvarez traía un saco de recriminaciones que se había estado guardando desde hacía dos días. ¿Quién coño me creía yo? ¿El príncipe de Gales? ¿Y quién coño me creía que eran sus hombres? ¿Mis ayudas de cámara? Estaba arrestado, ¿lo comprendía? No de vacaciones. Ni de pase pernocta. Ni en un retiro espiritual. A-rres-ta-do. Joder, que ni la reina madre tenía tantas visitas. Sus hombres no habían parado de informar sobre quién entraba y quién salía de mi casa y aquello ya se parecía al camarote de los hermanos Marx. Uno incluso insinuó que el tal Blanco podía haberse montado una fiesta de carnaval porque había acudido todo el

mundo disfrazado. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Aburriéndome. Como un lenguado. Y ya que Mahoma no tenía permiso para salir le había pedido a las montañas que vinieran a verlo. Nada de fiestas, para fiestas estaba yo. Solo los más íntimos: Inés, Beatriz y Miguel Moyano. En ese orden y bien separados: una a la hora de la cena, otra a la del desayuno y el tercero a almorzar. Era cierto que Inés había llegado con un acompañante y que ese acompañante tenía el gusto en el culo pero nada de carnaval. Había sido un aquí te pilló aquí te mato pues resultó que tenían un compromiso. Me trajeron una pizza y luego un pedazo de tarta que les había sobrado del cumpleaños al que estaban invitados.

Álvarez se tomó un instante. No supe si dudaba de que fuera verdad lo que le decía o calculaba hasta dónde contravenía las leyes que un detenido tuviese tantas visitas. Debió de ser una mezcla de ambas dudas porque lanzó una pregunta al aire que me pilló por sorpresa. ¿Tú no me la estarás metiendo doblada, verdad?; mira que si me entero de que intentas salir de ahí te la cargas; me va a importar un bledo que Susana me eche de casa; te meto un puro que te cagas, ¿oíste?; al Salto del Negro que te vas como Gervasio Álvarez que me llamo.

—Pero si me cuesta Dios y ayuda dar un paso, ¿cómo voy a salir de aquí? Además, tiene a una legión de armarios empotrados en el pasillo.

—Sí. Y ahí se van a quedar. Recuerda que tienen orden de pegarte otro tiro si se te ocurre hacerte el listo.

—Que noooo. No me sea suspicaz, Álvarez, hombre. Dígame: ¿cómo va la investigación?

—Lenta. Va lenta. Lo único que sabemos es que, salvo lo que tenía la muchacha en las manos, nada te relaciona con ella.

—Algo es algo.

—Ya. Pero está el pañuelo.

—Claro. El pañuelo. ¿No ha pensado que el zaguán de mi edificio, las escaleras que llevan a mi piso y el hospital debían de estar regados también con mi sangre? Cualquiera pudo recoger muestras e impregnar un trapo. Imagino que será uno normal y corriente, de esos que venden en los chinos.

—Los de la científica están en ello. Pero no esperes demasiado.

—Y del tipo que me disparó, ¿se ha sabido algo?

—Hemos hablado con los vecinos y dicen que no lo llegaron a ver. Nadie oyó los disparos ni se asomó al portal ni vio salir al hombre de tu edificio. Estamos analizando los casquillos de bala para ver si por ahí salta la liebre aunque me da que será un arma pequeña, de un calibre común y difícil de rastrear.

El inspector tenía una pregunta atrabancada desde que yo había huido de su casa a hurtadillas. Una pregunta (¿Por qué?) a la que, aunque hubiese querido, no habría sabido responderle. Quizá había sido la angustia, el pudor, el cansancio. Ya. Ellos eran mi familia pero hasta para la familia hay límites y yo sentía que los estaba sobrepasando. Quería estar solo. Dormir en mi cama. Usar mi ropa. Ir a mi baño. Me

mataba la lata que le estaba dando a Susana. ¿Ella lo hacía con gusto? Claro, nos ha jodido mayo con las flores, Susana era una santa. Pero que Gervasio no me creyese un ingrato. Que no pensase que había olvidado lo que los dos habían hecho por mí.

Aún recordaba el día, tres años atrás, en que él en persona había ido a rescatarme con la excusa de que tenía un caso difícil entre manos. ¡Como si me necesitase! Yo andaba más perdido que el barco del arroz. Llevaba días sin comer y sin bañarme. Me había pasado una semana a golpe de ron y chocolate. Apestaba a miseria. Y llegó el inspector en mi auxilio, me invitó a almorzar y me metió de rondón en un asunto extraño, la muerte de la viuda de un militar el día de los Inocentes.

Álvarez tragó saliva al otro lado del auricular. Claro que lo recordaba. Pero tampoco había sido para tanto, hombre. Dar de beber al sediento. Está en las Escrituras, ¿no? Al fin y al cabo, todos formamos parte de una misma historia. Y no. No se había vuelto chocho ni había empezado a creer en la reencarnación y el universo zen. Hablaba de la vida misma. Llevaba muchos años toreando con lo peor del alma humana para saber que, hasta los más depravados, los más ruines de cada casa, anhelaban una segunda oportunidad. Que la aprovecharan o no era gofio de otro molino. Y conste que no me estaba llamando ruin o depravado.

Antes de colgar, se puso Susana al teléfono para asegurarse de que estaba descansando y alimentándome como era debido. Se lo juré por lo más sagrado. La invité a que viniera a tomar un café al día siguiente y así podría comprobarlo de primera mano. Se dijo. Ella traería los dulces libaneses. Pero solo cuatro o cinco que luego se me ponían momios.

Hablando de comida me entró hambre. En la nevera había un par de yogures que aún no habían caducado. Los metí en un tazón grande, les añadí almendras y regresé al salón. Elegí el programa que menos se solazara con noticias truculentas. Una presentadora de sonrisa fácil entrevistaba a un escritor de viajes que, mientras se frotaba las manos como si el plató fuese una nevera, relataba su última visita a la India. Había sido una experiencia bru-tal. Im-pac-tan-te. Paladeaba los adjetivos como yo mi yogur: con ganas y un guiño infantil. El hombre se confesaba heredero de Cela. Después de haber leído *Viaje a la Alcarria* supo que su vida ya no sería la misma. Contó la India con fervor mariano. Sus ojos manifestaban la admiración que llegó a sentir por esa cultura tan alejada de la nuestra. Comparó la vida de aquella gente con la que llevaba cualquier europeo. Ironizó sobre nuestras quejas absurdas ante la auténtica miseria. Con esas ínfulas, dijo, nos esperaba un futuro tenebroso.

No había acabado de darle la razón al escritor, aún con la última cucharada del yogur en la boca, cuando sonó de nuevo el teléfono. Miguel había llegado sano y salvo a casa. El funeral le había sentado bien. El cura tenía un punto socarrón y cercano que le agradó. Nada que ver con los que él recordaba de cuando asistíamos a misa obligatoria en el colegio. Desde luego. Entonces éramos unos pibes que lo que queríamos era salir a jugar a la pelota, reunirnos con la pandilla y enamorar a una chica de COU, que era lo máximo que se podía conseguir, el remate de la puñeta, el

premio gordo. Pero yo tenía que reconocer que el padre Domínguez o el *Verguilla*, un sacerdote alto y flaco que parecía sacado de una novela del siglo de oro, resultaban unos tostones. No paraban de hablar del pecado y la penitencia. Coño. Que éramos chiquillos cuyo mayor pecado era matarse a pajas en el baño pensando en la profesora de Filosofía o en la vecina del tercero. En toda adolescencia siempre hay una profesora de Filosofía o una vecina del tercero. ¿Qué nos estaba contando?

El caso es que el cura de San Telmo no nombró ni una vez el pecado ni la penitencia. De muerte sí que habló, claro. Era una misa funeral, qué menos. Pero el hombre la vistió tan bonita, tan luminosa, tan cercana a la paz, que a uno le entraban ganas de cambiarse por el muerto.

Poca gente en la iglesia. Se estaban quedando sin clientes a machamartillo. O se ponían las pilas o iban a tener que cerrar por bancarrota. Cuatro viejas desperdigadas que seguro acudirían a todos los funerales, conocieran o no al difunto. Y un banco para los familiares. Sí. Uno solo. Eran pocos. Seis en total: dos mujeres de unos cuarenta años; un señor mayor con bufanda y bastón; una adolescente que no paraba de mirar el móvil; y dos niños por los que Miguel sintió ternura por lo mucho que le recordaban a nosotros.

Nadie más. Estaba muy seguro. Miguel se sentó en el último banco y estuvo atento a cualquier movimiento desusado. Imposible que se le pasara por alto un visitante, con el tremendo escándalo que formaba el portalón de la iglesia al abrirse y cerrarse. Los chillidos de los goznes contra la traviesa daban dentera, cualquiera hubiese dicho que estaban torturando a la pobre puerta. Fue todo como la seda. Había entrado con la misa empezada y solo el viejo de la bufanda y el bastón se volvió, como molesto por la puerta quejumbrosa. Las viejas, por acostumbradas o por sordas, continuaron con sus rezos como quien oye llover.

Miguel Moyano no era hombre de fe. Después del colegio no había vuelto a pisar una iglesia más que para casarse y bautizar a los niños. Cuando enterraron a su padre fue incapaz de entrar a la capilla del tanatorio, a pesar de los ruegos de sus hermanos. Nada de dolor. Pura rabia. Cabreo. En aquel momento odiaba a Dios y al prójimo sobre todas las cosas. No obstante, tal vez tocara ahora reconciliarse. ¿Lo veía mi socio? Eso solo tiene un nombre: vejez.

Vejez tu puta madre.

Tal cual. Silabeado. Con la manita en el aire, un dedo para cada golpe de voz: tu-pu-ta-ma-dre. Él no se sentía viejo, coño. Jugaba al pádel dos veces por semana y al golf los sábados, por no hablar de su vigor sexual a prueba de años. Un pibe estaba hecho. ¿Qué malo había en sentarse un rato a meditar, a pensar en la vida? Tantas prisas y tanta lucha para qué. ¿Para al final morirse uno?

Moyano no esperó a que acabara el funeral. No llegó a oír el Demos gracias al Señor. Un segundo antes del Podéis ir en paz se levantó sin hacer ruido. Aprovechó que entraba otra vieja para salir al parque y colocarse junto al quiosco modernista, en un ángulo desde el cual volverse invisible, desde el que confundirse entre un banco

de piedra y el tronco rugoso de un ficus inmenso. No ocurrió nada más. La puerta de la iglesia se abrió. El viejo de la bufanda cruzó la calle corriendo para pillar un taxi. Una de las mujeres enfiló, sin prisa, la estación de guaguas. Y la otra, con la adolescente y los chiquillos revoltosos, se perdió Triana adentro. Y se acabó lo que se daba.

La única explicación que se le ocurría a Miguel para el fracaso de su primera guardia era mi desconfianza, esa extraña propensión mía a sospechar de todo. Que me entrara en la sesera de una vez: ni yo conocía a Socas ni en el funeral aquel se hallaba la respuesta al tiroteo del zaguán. Puro espejismo. Mi mente abotargada, que había aprovechado lo del Pisuerga y Valladolid para crear una teoría de la conspiración sin pies ni cabeza. Miguel empezaba a dudar de mi buen tino. Se suponía que los detectives nos movíamos por la lógica deductiva y no por el azar o la casualidad de la esquila en un periódico. ¿Me estaba amariconando?

Mi amigo acabó su alegato como si estuviera en un juicio, con una de esas sentencias que tanto gustan a los abogados para impresionar, Dedícate a curarte de la herida y no le des más vueltas al tal Socas: los muertos ya no pueden hacer daño. Así, como sonaba. En endecasílabos. El cabrón había aprendido el ritmo petrarquista para sus discursos. ¿No se estaría amariconando él?

Los muertos ya no pueden hacer daño.

El telediario daba cuenta de un centenar de cadáveres en una guerra lejana que a nadie interesaba. Una guerra que al día siguiente ocuparía un trocito de página en los periódicos mientras la entrevista a un concejal o la crónica de un partido de fútbol se mamaría tres páginas enteras. En la pantalla del televisor una madre lloraba, abrazada al cuerpo sin vida de un chiquillo. La escena recordaba a una escultura barroca: el mismo gesto angustiado; el mismo llanto mudo; la misma pregunta al aire, ¿por qué a nosotros? Moyano tenía buen fondo pero se equivocaba: nada hace más daño que los muertos. Lo único cierto de su alegato era que mi mente andaba de verdad abotargada. De haber estado alerta, habría captado algo que no se sostenía en el relato del funeral.

Después del telediario, esa noche daban una vieja película: *La leyenda del indomable*. Me senté a verla con la impaciencia de un chiquillo solo para descubrir que, como ocurre con los libros, las películas también se leen de un modo diferente a los treinta que a los sesenta. A los treinta no teníamos ojos más que para Paul Newman. Qué grande, Newman. Menuda facha. Todos queríamos ser como él. Mejor: queríamos ser él. Nos hubiéramos comido los dos cartones de huevos duros en fila india solo para parecernos un poco al galán de los ojos azules. Sin embargo, a los sesenta —aquella noche, en aquel estado, aún sin llegar a esa edad— la mirada era otra. De repente me vi hechizado hasta la ceguera por George Kennedy, que también tenía los ojos azules pero veteados de sombras. El suyo era un papel sinuoso y movedizo como el agua de un río. Un tipo que comienza, en la historia, siendo un perro rabioso y cruel pero acabas pagando por tenerlo de compañero de viaje. Ver

cómo se le transformaba el rostro, del odio a la admiración, del rencor a la piedad, supuso un hallazgo para mí.

El agua de un río, sí.

Jamás puedes bañarte dos veces en la misma corriente. Del mismo modo las personas que pasan por tu vida en dos puntos distintos nunca serán las mismas. Han mudado el carácter y aun el rostro hasta que a veces se hace imposible reconocerlos. Fue ahí cuando entendí que acaso hiciera falta un cambio de estrategia. Había supuesto al hombre alto como un desconocido, un extranjero al que habían contratado para un trabajo negro. Pero ¿y si no siempre había sido así? ¿Y si el tipo no era extranjero? ¿Y si nos conocíamos de antes y, tras una vida de mierda —¿la suya?, ¿la mía?—, se había vuelto un extraño?

Aunque pueda resultar sorprendente, por primera vez en mucho tiempo aquella noche dormí de un tirón. Tantas vueltas le di al dichoso río que se me agotaron las preguntas antes de irme a la cama. Me sentí remansado. Ni siquiera recuerdo si llegué a soñar algo. Desperté en la misma postura, como si no hubieran pasado ocho horas largas. Una voz se quejaba desde la mesilla de noche. Creí que era un llanto pero no: resultó ser un aria de ópera. No fui capaz de reconocer al tenor. Sonaba trágico, desangrado, doliente. Todo eso pasa por acostarte con la radio encendida.

Deseé que aquel fuera mi día de la marmota. Anhelé oír de pronto una discusión en la galería, la voz de Beatriz que venía con más cruasanes y más periódicos. Incluso me acerqué, ingenuo, a la puerta para espiar tras la mirilla. Pero allí estaba mi escolta de ese día. Se llamaba Lauro Marquina. Lo había visto un par de veces antes, en la comisaría. El hombre leía, apoyado contra la pared, firme, con las dos piernas plantadas en el piso, con la mirada fija en las páginas de un libro cuyo título no logré descifrar. Me resultó romántica la escena de escolta con lectura. Regresé al baño rumiando una duda que nada tenía de literaria. Pensé en el dinero que el policía lector y yo le estábamos costando al erario público. Intenté calcular si resultaba tan caro mantenerme en arresto domiciliario como encerrarme en el Salto del Negro. Y lo anoté mentalmente para preguntarle a Álvarez más tarde.

La herida parecía mejorar. Tras una ducha me quité la venda húmeda y la sustituí por un apósito limpio que sujeté con varias tiras de esparadrapo. Me afeité con cuidado. Me puse una camisa y un vaquero. Estaba decidido a salir de mi encierro. Llamé al inspector para pedirle un salvoconducto. Le ofrecí una excusa tan creíble como otra: se me estaban agotando las provisiones y ni harto de whisky iba a permitir que Beatriz me siguiera sacando las castañas del fuego. Ya bastante tenía ella con sus problemas para encima endilgarle yo los míos.

Con media hora me bastaba. Ir y venir al mercado. El tiempo de comprar algo de pan y queso. Algo de fruta y verdura. Huevos. Aceite. Vino. Media hora. Así cuando Susana viniera a visitarme podría ofrecerle un tentempié para corresponder a su hospitalidad. Media hora. Nadie me vería y no comprometería a nadie. ¿Peligro de fuga? Para fugarme estaba yo con el hombro resentido y el cansancio. Al escolta del

pasillo no creo que le importara interrumpir su lectura, también le vendría bien coger aire y estirar las piernas.

Gervasio exhaló un suspiro de resignación. De acuerdo, más habían arriesgado en la guerra de Cuba. Le daría instrucciones a su hombre. Media hora. Ni un minuto más. Antes de despedirse me confesó una cosa: creía estar curado de espanto hasta esa mañana. ¿Por qué lo decía? Primero porque jamás hubiera sospechado la afición de Lauro Marquina por los libros, qué cosas. Segundo por mi ignorancia supina: yo tenía edad de saber que un arresto domiciliario era infinitamente más caro que la encarcelación. Ajá. Le estaba costando un huevo al Estado. Así que, por favor, procurara no decepcionarlo. ¿Al Estado? Al Estado que le dieran por culo. Se refería a él.

La recova bullía como una fiesta.

Reconocí al dueño de un restaurante cercano, un burgalés ancho y fuerte en cuyos fogones se freía el mejor pescado de Las Palmas. Andaba haciendo la compra y yo me pegué a su sombra como una lapa. Diez minutos y tres puestos después, el hombre le dio la venia a una bandeja de besugos de ojos saltones que, entre cubos de hielo, rodajas de limón y ramitas de perejil, parecían querer conversación. Me llevé el más rosado, una pieza de apenas medio kilo. Le pedí a la pescadera, una mujerona bullanguera, que me lo limpiara bien y me librara de la cabeza y de la cola. La mujer se echó las manos al moño desde su púlpito y sacó a pasear su vozarrón. ¿Estaba loco yo? ¿Había perdido el juicio? ¿Es que no sabía que con aquella preciosidad de cabeza y aquella gran cola podía hacerse un caldo de pescado que reviviría a un muerto?

No estaba en condiciones de discutir ante semejante generala y no me apetecía explicar que me manejaba fatal en la cocina, así que me comí su reproche con papas y me desdije. Mejor que me pusiera la cabeza y la cola en otra bolsa, Susana sabría qué hacer con ellas. El queso lo conseguí, ya sin ayuda del burgalés, en una frutería que regentaban dos hermanas de San Mateo. Me gustaron la pinta y el olor. De los quesos, no de las hermanas. Tenían uno curado con pimentón que me dieron a probar y del que me enamoré a primera cata. Me llevé un cuarto de kilo y de paso naranjas, manzanas y unas nectarinas que prometían.

Me habría apetecido seguir pasilleando pero había acordado con Álvarez que regresaría en media hora y el tiempo se me estaba echando encima. En la escalera me topé con el vecino del ático B. El doctor García Henderson se interesó por mi salud. Hablaba de mi hombro pero señalaba a la pared, donde aún podía verse el destrozo de las balas, y a su buzón, que ya no había quien metiera a viaje tras la escabechina. Había perdido el rango y el apellido paterno en el tiroteo. No supe si le preocupaba más mi lesión o quién le iba a pagar los desperfectos. Hube de coincidir con él en que el nuestro era un barrio tranquilo y debíamos procurar que lo siguiera siendo.

García Henderson llevaría preparando su sermón desde hacía una semana. Habría jurado que iba a proponer más presencia policial en las calles pero de pronto miró al escolta que me acompañaba y se trago ese sapo. ¿Qué le quedaba entonces? Yo. Le



quedaba yo. Los tipos como yo daban mala imagen al vecindario. Atraíamos a la morralla de los otros barrios. Dábamos pie a que cualquier macarra viniera como Pedro por su casa a pegarnos un tiro. Por fortuna no había muerto nadie, solo quedaban huellas en la pared del fondo y en su buzón. Pero ¿y si, durante el tiroteo, hubiera pasado por el zaguán una vecina con su niño pequeño?

Le di la razón igual que a la pescadera, no tenía fuerzas para entablar una discusión. Podría haberle argumentado que, de haber habido vecina con niño, mi agresor no se hubiese atrevido a sacar el arma. Que lo menos que le interesaba era un testigo de su crimen. Y que a los macarras no hacía falta darles pie, se lo cogían ellos solos. Pero admití que el barrio estaba en peligro y prometí, en la medida de mis posibilidades, hacer algo para remediarlo. Quedó satisfecho. Tal vez estuviera entendiendo que me iba a mudar en cuanto me dieran el alta. Tal vez tuviera razón y mi próximo barrio fuera el Salto del Negro. Nos despedimos los dos con esa sensación, solo que él parecía más feliz. Cuestión de perspectivas.

## Nueve

No había acabado de colocar la compra en los estantes cuando sonó el teléfono del zaguán. Susana llegaba con los dulces libaneses y una puntualidad de reloj de cuco. Le abrí la puerta de abajo y me aposté de nuevo tras la mirilla. Me estaba convirtiendo en un mirón. Quería verle la cara a Marquina al ver aparecer en el ascensor a la mujer de su jefe. Me habría jugado un brazo a que el guardia se cuadraría para saludarla, a que se llevaría la mano a la visera, si me apuraban hasta lo vi chocar los tacones como un viejo militar prusiano. Me habría jugado un brazo y lo hubiera perdido. No contaba con la determinación de Susana.

Apareció acompañada de una niña de cuatro años, tal vez cinco, y le dio un abrazo al policía que lo desarmó por completo. Posiblemente ni lo conocía pero cualquiera que trabajase a las órdenes de su marido se merecía una medalla. Hizo las presentaciones y Marquina se quedó a mitad de camino de ninguna parte. Se enderezó para cuadrarse pero la mujer no le dejó acabar el gesto. Fue a levantar la mano para saludar y la niña se la estrechó con la tenacidad de su edad mientras le preguntaba dónde escondía la pistola, dónde escondía la pistola, dónde, dónde, dónde escondía la pistola.

A Lauro Marquina, poco acostumbrado a arrumacos, con tanto barullo y tanto movimiento se le cayó el libro al suelo. Antes de poder reaccionar, Susana se agachó a recogerlo y el hombre quedó allí confundido, torpe, aferrado al índice de Miriam y sin saber qué hacer ni qué decir.

Abrí la puerta con el convencimiento de que quien necesitaba protección era el escolta, ávido de volver a la seguridad de su lectura, a su guardia serena y sin novedad en el frente. Lo entreví, tras las figuras de mis invitadas, colocando entre las páginas de su libro una fotografía que le servía de marcador. Susana me estampó dos besos y paseó su mano por mi espalda con cuidado. Se detuvo a la altura del hombro, Te veo mejor, Ricardo; parece que llueve menos, ¿verdad?; mira, esta es Miriam, mi nietilla; hoy no tiene colegio.

Saludé a Miriam con una carantoña, cogí la bandeja de dulces y las animé a pasar al salón. Aún de pie, la chiquilla hizo amago de agarrar una bandeja de cristal con flores que alguien, quizá Elizabeth, debió de dejar sobre la mesa porque yo no recordaba haberlo hecho. Susana la reconvino con una mirada dulce pero firme y le ordenó comportarse como una señorita. La nieta obedeció con cierta pereza y al sentarse le quedaron las piernitas colgando del despeñadero de mi sofá. Aunque estaban en mi casa, aquel me pareció un momento íntimo así que las dejé a solas y me fui a preparar el café para los grandes y un zumo para Miriam.

Hacerse mayor no entraña necesariamente hacerse mejor. Uno sueña con que esos dos caminos confluyan al final y sin embargo, por desgracia, no sucede así siempre. Como decía Saint-Exupéry en *El Principito*, todos hemos sido niños alguna vez pero no todos lo recordamos. A mí me costaba recordar haberme sentado alguna vez en un

sofá con las patillas colgando. A Susana seguramente no. Aunque no había llegado a conocerla de joven, viéndola hacer supe que ella era ahora una persona mejor. Me escuchaba a mí con idéntica ternura con la que le hablaba a su nieta. Cuando no quería perderse una coma de lo que sucedía a su alrededor, ni mis respuestas desmañadas ni las preguntas indiscretas de Miriam, paraba de masticar el pastel libanés y se quedaba inmóvil, expectante, como si algo magnífico fuese a ocurrir.

Me había vuelto sin duda militante de aquella mujer.

Hablamos de nosotros, de lo que de verdad importaba en la vida a la nuestra y a cualquier edad: la familia, los amigos, la decencia. La decencia, sí. Era lo que teníamos en suma: mirarnos al espejo por las mañanas y quedarnos a gusto porque no había demasiado de lo que arrepentirse o porque incluso aquello de lo que no nos sentíamos muy orgullosos había acabado por definir lo que éramos. Siempre había tiempo para seguir aprendiendo. Tal vez yo no lo supiera porque no había tenido hijos. Pero de los niños se aprende como de una cartilla escolar.

Miriam ladeó la cabeza como si quisiera entenderlas pero las palabras de su abuela eran demasiado grandes y profundas. Palabras océano para una niña de cuatro años, tal vez cinco. Yo sí las comprendía y, sin embargo, me sonaban lejanas, acaso por no haber tenido hijos de los que aprender. Susana sacó una muñeca del bolso y se la dio a la chiquilla, que comenzó a vestirla y desvestirla, a castigarla y levantarle el castigo igual que hacen las madres con los niños de verdad. Repetía el mismo sonsonete que habría escuchado una y otra vez desde la cuna. Se manejaba como nadie en la educación de su muñeca. Hasta le cambió el pañal.

Susana me miraba mirarla y sonreía. Para mí que había sido todo una estrategia. Que era falso que la niña no tuviera colegio. Que no la había llevado a clase para que le sirviera en su propósito. Ahora me faltaba descubrir cuál era ese propósito, que con Susana de por medio nunca se sabía. Mientras Miriam jugaba, la mujer de Álvarez intentó animarme con cándidas anécdotas de final feliz, historias de familia en las que los protagonistas escapaban locos de un maremoto de enredos. Lo mismo me iba a ocurrir a mí, que no me cupiese duda. Aunque esa mañana de dulces libaneses pareciera que mi vida se había ido al carajo, cuando menos lo esperara ocurriría algo que lo remediaría todo: su marido pillaría a quien había intentado matarme; el asesino de la pobre chica de Guanarteme cometería un error y se delataría; Beatriz comprendería que conmigo estaba infinitamente mejor que sola. Sí. Todo se iría recomponiendo hasta quedarse en un mal recuerdo, en otra anécdota que contar a los nietos.

Miró a Miriam como para respaldar su augurio. La niña creyó percibir que hablábamos de ella y nos sonrió. Levantó en alto su muñeca para mostrar lo bien que le quedaba el pañalito y el vestido amarillo que había elegido para Lucía. La muñeca se llamaba Lucía. Le había puesto ese nombre porque el que venía en la caja, Verónica Glamour, era muy largo y tenía erres y le costaba pronunciarlo. Su abuela le dio la razón. ¿Adónde iba a parar? Lucía era un nombre mucho más adecuado que

Verónica Glamour para una muñeca con aquellos ojos achinados y aquel vestido color margarita. La niña tomó un sorbo del zumo y se dejó un bigote anaranjado que amplificó la inocencia de su sonrisa. Allí estaba la razón de su visita, su estrategia desnuda: en aquel bigotillo naranja de Miriam que venía a purgar todos nuestros errores.

Susana volvió a mí. Me ofreció un dulce de pistachos y miel que sonaba a emboscada para lo porvenir, la vieja treta del practicante que antes de horadarte el culo con su jeringuilla asesina te ofrece una pasta de chocolate. La vacuna de Susana venía en forma de preguntas. ¿Creía yo en Dios? Quizá. Por lo pronto creía en mi abuelo y, si mis reflexiones pudieran confundirse alguna vez con plegarias, le rezaba a Colacho, que era el representante de Dios en mi casa. De cualquier manera mi vida últimamente era una batalla y ya sabía ella lo que solían decir, *En las trincheras no hay ateos*.

¿Cómo estaba llevando mi encierro? Fatal. Lo estaba llevando fatal. Echaba de menos la ciudad, la bulla de las calles, la playa. ¿Más que a Beatriz? Coño con Susana, qué manía de preparar encerronas. Mi amiga sabía que era una pregunta tramposa pero a ella podía responderle sin temor a que se enojara o se lo contara a alguien. Ya. Sin embargo no sabría decirle. En los últimos días y sobre todo en las últimas noches había pensado mucho en la libertad, imaginaba que la posibilidad de acabar en la cárcel tendría mucho que ver en esas sombrías cavilaciones.

Y pensar en la libertad me llevaba irremisiblemente al mar. Porque a mí no me venía a la memoria un niño no mucho mayor que Miriam sentado en un sofá pero sí un niño no mucho mayor que Miriam embadurnado de arena en las Canteras cuando el mundo se limitaba al frío de las olas y el olor de la sal. A jugar al clavo, a hacer agujeros en la orilla y apostarse un helado de la Peña de la Vieja a ver quién llegaba antes a la barra. Ahora tardaría medio día en llegar a la barra y otro medio en volver pero antes el trayecto duraba un suspiro. Pocas veces me tocó pagar.

¿Alguna novia?

Un amor platónico: Malena Bosch. Pelo castaño, ojos esmeralda, mil y una pecas. Tenía tres años menos que yo, lo que a aquella edad era un precipicio, y venía a la playa con su prima Tere. ¿Por qué platónico? Supuse que porque jamás me había atrevido a decirle que me bebía los vientos por ella. Nunca. Imagino que todos lo sabrían, que llevaba el amor reflejado en la cara como un tatuaje irritante, esas emociones son difíciles de ocultar. Todos lo sabrían. De manera que, como yo solo he sido racional en cuestiones de amores, pensé que si todos lo sabían y nadie me alentaba en mi locura era que no tenía ninguna posibilidad con Malena. Así de simple. ¿La había vuelto a ver? Tres veces: en un restaurante cenando con su familia, en el estadio viendo a la Unión Deportiva y en el funeral de un amigo común hacía dos años.

Susana no podía imaginar que yo fuese un romántico. Aquel día de dulces libaneses había superado, igual que Gervasio, su capacidad de asombro. ¿Por qué lo

decía? Porque no se le había pasado por alto que yo había contado las veces que volví a ver a Malena y eso solo lo hace un romántico. Mejor así. Ya estaba bien de tipos duros, de jugar a detective implacable. Definitivamente le gustaba más el Ricardo de ahora que no solo era mayor sino también mejor.

Volvimos a la ciudad, a la playa, a mi nostalgia. ¿Por qué no había emigrado cuando joven, cuando todos se iban para no regresar? Le recordé una frase de Samuel Beckett. Decía algo así como que todo isleño lleva un emigrante dentro pero su destino final es la isla. Por mi parte tenía razón el escritor irlandés. No conocía otro lugar donde morir que no fuera Gran Canaria. Y sí. Había dicho morir. Vivir puedes hacerlo en cualquier sitio pero jode morir lejos de casa. Tal vez ya le estuviese viendo las orejas al lobo.

Susana torció el gesto. El plan no le estaba dando resultado. Había llegado con la idea de animarme y a mí me daba por hablar de la muerte y de la infancia, que es el último recuerdo que le queda a los que ya no tienen recuerdos.

Entonces retornó a Miriam, su baza más preciada. La niña seguía trasteando con su muñeca. La había desvestido del todo y la había sentado a orinar en el brazo de mi sofá. ¿Mearía de verdad Lucía? ¿Me inundaría el sillón con lo que quiera que mearan las muñecas? Susana le pidió que la tapara, que Lucía iba a coger frío y luego habría que llevarla al médico y, peor, ponerle una inyección. Aguardó a que la chiquilla cumpliera su orden y luego le pidió que me contara una historia. Que me dijera cuántos años tenía, a qué colegio iba, cómo se llamaba su señorita, quién era su mejor amiga, cualquier cosa con tal de que yo dejara de pensar en la muerte.

La niña ensayó una sonrisa y se dispuso a hacer lo que su abuela le había pedido pero fue en vano. Yo ya estaba muy lejos de mi salón de estar. Muy lejos de esa mañana de dulces libaneses. Es lo malo que tiene un bombardeo en tiempo de paz. Un bombardeo en tiempo de guerra deja caer los misiles, que explotan en la tierra y a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. Pero en un bombardeo de paz, las preguntas no explotan de primeras sino que calan y te dejan un halo de añoranza que dura tanto como tu resistencia. Mientras Miriam me contaba que iba al colegio de Almatriche —la chiquilla se trabucó con el nombre; su barrio era tan jodido de pronunciar como Verónica Glamour— y que su señorita se llamaba Julia y su mejor amiga Dayana, así escrito, y que lo que de verdad le gustaba eran los números, yo regresé a la playa y a Malena Bosch y a mi madre cuando vivía y a todo lo que soñaba ser de niño y nada más lejos de la realidad.

Nada más lejos de mi realidad.

¿Detective? Ni en los sueños más disparatados. Lo único que pudo haberme servido de pista sobre la vida que me esperaba fue una molesta capacidad de observación. Digo molesta porque solo me percataba de lo malo. Un don, decía mi madre. Una condena, pensaba yo. Con seis años predije la separación de los padres de mi amigo Emilio Déniz. Con ocho, la enfermedad mortal que se iba a llevar por delante a Julián, el hamaquero de Playa Chica. Con nueve, los problemas de dinero

del tendero de la esquina, quien una noche de abril se colgaría de un árbol del parque Doramas. Lo del suicidio, claro, no pude predecirlo, si no me hubiera hecho vidente y no detective, pero que andaba mal de perras lo tuve claro desde el principio.

Un don para mi madre. Una condena para mí. Y una bendición para Andrés Borrego, el mejor jugador de fútbol playa que he visto en mi vida. Andrés me llamaba el Profeta y, a pesar de lo pésimo que era yo jugando a la pelota, cada vez que tocaba hacer los equipos él me elegía de portero, Profeta, tú con nosotros. Los demás pibes se extrañaban y le preguntaban por qué. Y él contestaba siempre, Porque es el único que sabe por dónde vienen los tiros. Para mí que quería llevarse bien con un tipo que predecía solo los desastres.

Miriam estaba en la parte de su cuento en que la señorita Julia la mandaba a pintar nubes y yo en una parada antológica que había logrado hacerle a un cabezazo del negro Batista, un venezolano espigado que vivía en la Puntilla, cuando sonó el teléfono. Cuatro veces por lo menos. Hasta que Susana me hizo caer en la cuenta de que alguien llamaba y de paso cayó en la cuenta ella de que nada de lo que su nieta había contado había servido para espantar mi melancolía.

Inés quería hablarme de su visita a los juzgados de Las Palmas. Le expliqué que tenía invitadas y le propuse que viniera a almorzar, que le prepararía algo rico. No hacía falta que trajera nada. Solo hambre y noticias sobre mi cadáver favorito: Guillermo Socas. Cuando colgué, la chiquilla preguntó qué significaba cadáver y la abuela en qué líos andaba yo si se suponía que estaba bajo arresto domiciliario. No eran preguntas fáciles. En ambas tocaba mentir o, al menos, tirar de imaginación para disfrazar la verdad. Todo con tal de evitar que nieta y abuela se espantaran, una por el significado de cadáver y otra por el atolladero en que me había metido a espaldas de su marido.

Susana lo dejó correr y se ofreció a ayudarme con el almuerzo, en un pispás prepararía comida para Inés y para mí. No era que desconfiara de mi pericia en los fogones, sino que prefería que yo siguiera charlando con su nieta, me iría bien olvidarme de crímenes y enredos por un rato mientras ella probaba a hacer milagros con lo que había comprado en el mercado. Suerte que no había desechado la cola y la cabeza del besugo porque iba a cocinar un marmitako para chuparse los dedos. Se le notaban las mañas de mandar y, si todo un inspector como Gervasio Álvarez se achantaba en la cocina delante de ella, yo, un pelado, un detective nostálgico, no iba a conseguir que se bajara del burro.

Insistí en hacer de pinche, al menos podría ir indicándole dónde estaba cada cosa. Miriam se sentaría en la mesa y así continuaría con sus historias balsámicas como la vez en que se fue de excursión con el colegio a ver la nieve y hubo tanta cola de coches que cuando llegaron no quedaba ni un copo para hacer una bola. O el día en que los llevaron a la granja del tío Isidro y vieron gallinas y conejos y cerdos y hasta avestruces e iguanas, que son animales prohibidos aunque el tío Isidro debe de ser amigo del alcalde porque por allí no aparece un policía ni que lo llamen de urgencia.

Y las iguanas todavía, que son pequeñas y solo comen berros, pero las avestruces asustan. Son más grandes que en la tele y te miran como si estuvieran siempre enfadadas, sobre todo la hembra que vigilaba el huevo a punto de eclo... eclo... eso, eclosionar, qué palabra tan rara, ¿verdad? La tercera después de Verónica Glamour y cadáver.

Entre las dos consiguieron que abandonara todo lo que no fueran anécdotas y salsas. Miriam era un encanto de chiquilla. Su abuela, una cocinera diestra que preparaba la comida con los ojos cerrados. Y tardó lo que dijo que iba a tardar: un pispás. Yo me hubiera pasado dos horas y luego tendría una pila de calderos y platos amontonados sobre el fregadero. Y se me habría pegado la salsa o se me habría quedado el besugo crudo por dentro. Cuando Susana acabó, la cocina relucía como una patena. Hasta apartó dos platos con sus cubiertos y sus servilletas para que yo solo tuviera que colocarlos sobre la mesa cuando Miriam la despejara de juguetes.

Hube de reconocer que tras su marcha la casa quedó más vacía que nunca. El silencio se adueñó del salón, del pasillo, de la cocina y hasta de la alcoba y el baño aunque nieta y abuela no llegaron a pisarlos. Sobre los muebles se posó un olor a inocencia tan delator como el perfume de una amante en el cuello de la camisa. A la chiquilla se le quedó en las junturas del sofá un cordoncito amarillo del vestido de Lucía. Al final, sin saberlo, la buena de Susana se había salido con la suya. Si pretendía darme cosas en qué pensar que no fueran disparos y degollamientos lo consiguió con creces. Después de su visita, la vida volvió a abrirse paso en mi rutina.

Y fue entonces cuando decidí que iba a salir de aquel laberinto siguiendo el cordel amarillo que la muñeca de Miriam había dejado atrás.

## Diez

Guillermo Socas guardaba un secreto. Un secreto que tenía que ver con la muerte de su hijo. Según Inés, había quien hablaba de suicidio y quien insinuaba que el hijo no había muerto sino que se había mandado a mudar a Venezuela porque no soportaba a un padre demasiado severo ni a una hermana demasiado loca. Las dos versiones se sustentaban en un hecho incuestionable: no hubo velatorio ni funeral. Exacto. Nadie acompañó a la familia al cementerio ni recordaba haber leído en el periódico una misa de difuntos por Martín Socas. Ese descuido no podía achacarse a falta de fe porque con Guillermo no solo celebraron una sino dos. Como lo estaba oyendo. Le hicieron dos funerales: el primero, al que acudieron todos los compañeros de trabajo y antiguos vecinos de Artenara, se había celebrado en Santo Domingo dos semanas antes; el segundo, el de San Telmo, fue más íntimo y solo estaba pensado para la familia.

Mucho dolor para tan poco muerto.

Inés tenía una teoría. Ajá. Otra. Le estaba cogiendo gusto a especular. Para ella, Martín Socas habría cometido algún delito y, antes de que lo trincara la guardia civil, se habría largado a casa del carajo, a un país donde nadie fuera a reclamarlo. Al parecer, el hombre no era trigo limpio. Todo lo que tenía de guapo lo tenía de ruin. Sí. Muy guapo. Salió a colación su belleza en todas las conversaciones. Pero cada vez que hablaban de él en los juzgados arrugaban la nariz como si olieran mierda. El muchacho traía por la calle de la amargura a su padre, eso era de cajón. Alguien incluso insinuó que la madre había muerto de pena por su culpa lo que explicaría que no lo hubieran enterrado ni ofrecido un responso. ¿El suicidio? El suicidio también podía explicarlo pero a Inés le gustaba más la historia del fugitivo.

No obstante, quedaba en el aire lo de los dos funerales de Guillermo Socas. Tal vez Álvarez pudiera aclararnos lo ocurrido con Martín. Si las habladurías no iban descaminadas y el muchacho tenía antecedentes, deberían de constar en los registros. Recordé cuando el inspector llegó a su casa con la lista interminable de maleantes y yo no pude reconocer ni un rostro. Tal vez se tratase solo de los habituales, de los malos de verdad, de los que buscan la sangre a toda costa.

Inés se chupó los dedos con el marmitako. No había probado nada igual en su vida. Susana tendría que escribir un libro de recetas antes de que se le fuera la cabeza. ¿Como la señora de Maigret? Mi secretaria puso cara de semáforo. No sabía quién era la señora de Maigret pero si la doña cocinaba la mitad de bien que Susana había que darle un Nobel. Inés estaba en la gloria. Acabó con el pan y hasta aprovechó un cruasán que había sobrado del desayuno con Beatriz.

Había hecho un gran trabajo. Aunque ella no estuviera muy convencida de su utilidad ni le acabara de ver la gracia a un oficio deprimente en el que te pasas tres horas haciendo preguntas para conseguir media respuesta, había hecho un gran trabajo con los compañeros de Socas en la Ciudad de la Justicia. Descubrió chismes



que a cierto tipo de gente le queman en la boca como pimienta de la putalamadre y tienen que soltarlos en cuanto le das ocasión y, si no se la das, se la buscan igual que busca el agua la salida al mar. Chismes como que Delia Socas era lesbiana en segundas nupcias. ¿Eso qué quería decir? Parecía yo bobo, cóntrale. Quería decir que la muchacha se había casado una primera vez con un novio que le venía de lejos y que hasta un hijo le hizo. No obstante, al enviudar, por tristeza o puro aburrimiento o después de una resaca de ron malo o como quiera que se descubran esas cosas, comprendió que lo que le iban era las mujeres.

Inés lo narró imitando la voz del garrulo que se lo había contado. Y la jodida me sostuvo la mirada un buen rato esperando una reacción. Buscaba un gesto, una mueca de burla o de desdén o de reprobación para lanzarse al cuello de mi moral reprimida. No le di ese gusto. Tantos años a mi lado y ya debía de saber que yo no tengo moral. Ni reprimida ni libre como un pájaro libre. No la tengo. A mí me dan lo mismo los gustos que las inclinaciones, allá cada uno con su cadaunada.

De hecho me resultaba rancio y trasnochado que ser lesbiana fuera tema de chismorreos en una ciudad donde se disparaba a la gente en su zaguán, se degollaba a muchachas inocentes, se robaba a manos llenas o estaba a punto de derribarse una biblioteca porque a algún alcalde le salió de los huevos edificarla sin pedir permiso. Nunca entenderé la agitación que produce una señora adulta que se enamora de otra señora adulta. Me resulta igual de inconsecuente que sorprenderse porque alguien sea judío, hincha del Atlético o comunista. ¿Dónde está la deshonra ahí?

Inés se levantó, rodeó la mesa de la cocina y me dio un abrazo teatral y cómico que a pique estuvo de saltarme los puntos del hombro. Me había ganado un descanso mientras ella fregaba la loza. Qué menos, dijo, después de la comilona a la que la había invitado. Lucía sus contradicciones con desparpajo: un minuto después de feminista se convertía en ama de casa convencional. El resto de la conversación la mantuve con su espalda. Me llegaba su voz distorsionada: rebotaba en la campana de la cocina y retornaba metálica y rugosa. Veía moverse a mi secretaria con destreza ante el fregadero. De vez en vez detenía un plato a medio enjabonar en el aire para recalcar algo que era conveniente que recordase y que se resumía en tener cuidado, no hacerme el héroe, buscar ayuda y no ocultarle nada a Álvarez.

Se mostró preocupada de veras. Cuando se lo hice notar reuló con una de sus bromas, Claro, coño, ¿no voy a estarlo?; si te pasa algo a ti, me quedo sin trabajo; y a ver qué loco me va a contratar con mis años y esta cara de enterradora. Exageraba. Rondaba esa edad en la que el sentido del humor se superponía a la belleza. Una mujer hermosa lo es más por lo que piensa que por lo que reflejan los espejos. Al acabar de secar la última copa de vino me sorprendió observándola en silencio. ¿Son cosas mías, jefe, o me has estado mirando el culo todo el rato? Eran cosas suyas —los caballeros jamás les miramos el culo a las señoras— pero tenía descosido el bolsillo izquierdo de sus pantalones beis. Se le escapó la risa, otra cosa que embellece a las mujeres de cualquier edad, antes de corregirme: los pantalones no eran beis; eran

color visón. Joder. ¿Los visones tienen ese color? Al parecer, cuando están vivos sí.

No debía preocuparse. Yo sí que estaba hecho un cachivache. Moro viejo para cambiar de idioma, si nunca había sido un héroe no iba a empezar ahora. Magullado, sospechoso de asesinato, bajo arresto domiciliario... lo mirase por donde lo mirase olía a indefensión. Me salió el tiro por la culata. La mirada de mi secretaria se achicó como intentando asumir esa espantosa realidad. Me dio que comenzaba a imaginarme con pijama de rayas y cadenas como en los dibujos animados.

Con esa mirada lánguida, de perro apaleado, se marchó de casa y me dejó una sensación de dudas enquistadas, preguntas a medio resolver, medias certezas. ¿Qué habría ocurrido con Martín Socas? ¿Qué tenía que ver esa familia conmigo? ¿A qué venía la segunda esquela del periódico? ¿A qué un segundo funeral tan tardío?

Siempre he creído que el camino más corto entre dos puntos no es la línea recta. Es la verdad. Y esa tarde decidí apostar por lo más parecido a la verdad que pudiera encontrar a mano. Llamé a Álvarez pero no tuve suerte. Saltó el buzón de voz, así que le dejé recado y me senté a esperar en el salón con el canal de 24 horas. Oriente Medio seguía desangrándose en cien guerras que eran la misma guerra sin fin. Los gobiernos de América Latina continuaban a su aire mientras sus pueblos se consumían en la miseria. A España se le veían las enaguas de la corrupción por las cuatro esquinas. Woody Allen estrenaba la película de cada año. Rafa Nadal era humano y había vuelto a perder un partido. Llovía a cántaros en el norte.

Álvarez me devolvió la llamada. Estaba en una reunión y no había podido atenderme. Había aparecido un vagabundo muerto en el interior de un cajero automático. ¿El pan nuestro de cada día? No, coño. El pan de ellos de cada día. De ellos, que morían solos y abandonados sin que nadie reclamase ni sus cuerpos. De ellos, que no solo estorbaban sino que encima cometían la infamia de morirse al lado de donde sacamos el dinero. Qué desfachatez. Qué falta de tacto. Mierda. No tenía ganas de hablar. No por teléfono. Necesitaba caminar un rato, así que vendría a verme. Que le diera una hora. Que preparara una cafetera bien grande. Y que durmiera algo, que mi voz le sonaba a agotamiento. Tenía una buena noticia que darme.

Seguí sus instrucciones a rajatabla.

Me sentó bien la siesta. No supe en qué momento desperté, me levanté y me dirigí a la ventana. De repente me vi mirando las copas de los árboles de Mesa y López. Una señora, en el bulevar, arrastraba su bolso de la compra con la cabeza gacha, como si caminara contra la lluvia. Dos muchachas que parecían tener las ilusiones intactas charlaban en la terraza de enfrente. Seis personas esperaban la guagua en la parada. Un viejo paseaba a un perro aún más viejo y renqueante. Un pibe se cruzó ante ellos montado sobre un monopatín.

Tuve que haber pasado mucho rato en aquella ventana porque llegó Álvarez y me pilló allí, de pie, maldiciendo mi suerte. Había oscurecido algo y mi rostro cansado comenzaba a adivinarse en el cristal. Mi amigo venía otra vez con el resuello

enrabietado por culpa del ascensor que volvía a atorarse de puro viejo. El escolta — había regresado Brito Santianes— lo saludó con mecánica marcialidad y él entró quitándose la chaqueta y echando pestes del jodido tiempo que no hay quien se aclare con tanto baile de frío y calor, carajo, a ver si se decidía de una maldita vez. Era cierto que llevábamos dos meses de un cielo hermafrodita que tanto remansaba como elegía embroncarse y darle la vuelta al calendario mismo.

La tendencia de Álvarez al sofoco era legendaria. Y cada vez que se sofocaba temblaba hasta la comisaría. Por más vueltas que le había dado al asunto del mendigo menos sentido le encontraba a nada. Cinco casos iguales en los últimos quince meses y lo peor era la máscara de inocencia que se les ponía a los vecinos, sus muecas de tristeza y conmiseración. Cabrones. Bien que podían haber ayudado antes, cuando los veían pedir en la puerta del supermercado o entre las mesas de las terrazas.

Las ONG estaban desbordadas. No daban abasto a tanta necesidad. A sus comedores asistían hombres y mujeres sin el perfil de pobres, hombres y mujeres que hacía solo unos años ocupaban un trabajo y pagaban el alquiler de su casa y alimentaban a una familia. Luego llegó un huracán y lo devastó todo. Se llevó por delante trabajo, casa y hasta familia. El tipo del cajero no era un delincuente ni un canalla que se pasara la vida entrando y saliendo de la cárcel. Qué va. Trabajaba en una constructora como peón albañil y se le daba bien. Después de la hecatombe del ladrillo fue camarero por horas, empleado de una zapatería, cartero y aparcacoches. Y ya ni eso le dio para comer. Se dedicó a pedir en la calle. Rondaba los alrededores de Triana y dormía bajo un cartón en los cajeros del Santander en Primero de mayo. Hasta que lo venció la miseria o la vergüenza o la soledad. Si no lo desmentía el forense, todo apuntaba a un ataque al corazón, lo único que no había podido robarle la puta crisis.

Gervasio necesitaba algo más fuerte que el café. Ron mismo le valía. Solo. Los cubatas son para los pibes jóvenes. Serví dos, el mío más corto, y unas nueces que habían sobrevivido a la caducidad. Tras el primer trago, me puso al día de mi caso. Parecía estancado, sin más residuos que la herida de mi hombro y la prostituta muerta. Pero traía una gran noticia: lo había citado el juez a su despacho. Para mi información, su señoría tampoco creía que yo hubiera matado a nadie. Pruebas circunstanciales. Sin embargo, ambos convinieron en mantenerme arrestado un par de días más. Cuarenta y ocho horas. Por mi bien. Para que me restableciera sin más sustos. Y también, porque si se cometía otro delito relacionado con el de Guanarteme, Brito Santianes o quien estuviera de guardia me servirían de coartada.

A punto estuve de responder que menudo alivio que no me echaran el muerto a mí. A punto de explicarle dónde podían meterse él y su juez el consuelo si aparecía otra prostituta degollada en una callejuela de Las Palmas. Aparté de la mente esa imagen siniestra y me concentré en la buena nueva de que en dos días estaría libre. Para celebrarlo quise compartir con Álvarez mis suposiciones. Tuve que esconder en la manga, claro, la visita al burdel donde había muerto Katia pero le di cuenta del

resto de las averiguaciones que habían logrado hacer Miguel e Inés.

A medida que se lo contaba empezaron a aclararse algunas cosas. Suele ocurrir cuando escuchas en voz alta tus pensamientos, cuando desandas el camino hasta el principio y vuelves a repetir, uno tras otro, los pasos: el zaguán, el hospital, la casa de los Álvarez, Guanarteme, mi casa. Primero: un tipo me dispara. Segundo: como solo me hiere, intenta implicarme en un crimen. Tercero: como estoy herido y me ponen bajo arresto domiciliario, busca atraerme con la noticia de un funeral para acabar el trabajo. Sota, caballo y rey.

Mi único error hasta entonces había sido creer que mi asaltante no me conocía, que venía de parte de alguien más poderoso al que le repugnaba ensuciarse las manos. Ocurría que si a él lo había cambiado el orín de los años a mí también. ¿Y si el hombre había sido incapaz de relacionar al que subía las escaleras de mi zaguán con el Ricardo Blanco que había conocido? El origen de su rabia debía de perderse en la espesura de la memoria. Debía de estar oculto en un pozo oscuro de cuando yo empezaba a pisar callos.

Todos arrastramos nuestro pasado como una condena. Todos morimos varias veces a lo largo de nuestra vida. Y en algún punto de ese trayecto nos convertimos en víctimas o victimarios según soplen los vientos. Sin darnos cuenta. O quizá nos damos cuenta pero nadie nos da la oportunidad de corregir el rumbo, de evitar transformarnos en alimañas. Álvarez leyó en mi abatimiento como en un libro abierto. Si alguien podía ponerse en mi lugar, si alguien podía entender lo que pasaba por mi cabeza era él. ¿Cuántos cadáveres habríamos dejado *en el ejercicio de nuestro deber*? El tipo alto debía de ser uno de esos cadáveres. Y si tantos años después seguía odiándome hasta la locura, es que debí de haberle infligido verdadero daño. No sé si yo lo hice adrede, no sé si él se lo ganó por alguna ruindad, el caso es que había vuelto de entre los muertos para llevarme con él.

La culpa.

Mi amigo, el inspector, tras su segunda copa quiso hablarme de la culpa. Una cabronada la culpa. Siempre jodiendo la culpa. Tozuda y enredadora. Lo decía por si se me iba a ocurrir la majadería de confundir el culo con las témporas. A ver si yo iba a ser tan cáncamo de creer que me merecía el infierno que estaba viviendo. Porque, si así era, me convendría pensar en la pobre prostituta de Guanarteme. ¿Ella también se lo merecía? ¿También había muerto por mis errores?

A Álvarez le soltó la lengua el ron. Y el cansancio y la náusea y que ya no encajaba igual que antes el sufrimiento ajeno. Me contó un dilema que solía plantearles a los jóvenes que llegaban a su comisaría directamente desde la academia. Uno muy simple, ¿yo lo había oído alguna vez? Resultaba que una adolescente quería ir al baile del pueblo, una fiesta que duraba hasta las tantas. Como vivía en las afueras y debía de cruzar un puente oscuro y tenebroso para regresar, le pidió a su padre —un hombre de negocios muy rico— que le mandara al chófer a buscarla de madrugada. El padre, educado en un estilo sobrio y en el trabajo duro, se negó a tal cosa. Ni

soñarlo: los chóferes estaban para asuntos más serios, no eran títeres de nuestro capricho. La dejaba ir al pueblo pero bajo su responsabilidad. La última guagua a casa salía a las doce de la noche. Si no la cogía, la muchacha tendría que regresar andando. Por supuesto la niña fue al baile y acabó mucho más tarde de la medianoche. Desesperada, le pidió a su mejor amiga que la acompañara pero la chica había ligado con un pibe del pueblo. Aterrada, le pidió a su novio que la llevara a casa pero su novio estaba muy cansado para coger el coche y conducir tan lejos. La chica entonces tuvo que regresar a casa sola, a pie, atravesando el puente tenebroso. Al día siguiente su cadáver apareció bajo unos árboles, atrocemente mutilado.

Vaya historia, ¿verdad?

El dilema consistía en repartir la condena según nuestro criterio. Se les pedía a los nuevos policías que indicaran quién, para ellos, merecía el desprecio, quién era más culpable de la muerte de la chica. Y siempre sucedía algo paradójico. Según la propia experiencia personal, según la infancia, la juventud del cadete, su estado de ánimo, había quien culpaba al padre, por intransigente. O a la amiga o al novio, por egoístas. Incluso a la muchacha asesinada, por estúpida. Solo dos de cada diez novatos solía condenar al asesino. Curioso, ¿verdad?

Pues de eso se valen los asesinos del mundo: de nuestra tibieza y nuestra miopía. Pasan a nuestro lado sin hacer mucho ruido y, solo después del crimen, nos damos cuenta de que existían. Era una persona como nosotros, decimos. Era un vecino atento y servicial, decimos. Impensable en él esa atrocidad, decimos. Y hay quien juzga que la culpa es de la familia, de la escuela, de la sociedad que no hicieron nada por remediar tan rotundo deseo de venganza.

Por eso Álvarez desconfiaba de la culpa, ese sentimiento tan veleta, tan irracional por el que todo el mundo pelea. No, amigo, no. Yo no era el causante de la locura, de la esquizofrenia de nadie. Uno puede equivocarse mil y una veces a lo largo de su vida y en la mayoría de los casos la historia se salda con unas disculpas —a veces, sin ellas— y sanseacabó. Luego viene alguien a quien esas disculpas no le bastan y alimenta su odio durante años contra el que cree causante de su desgracia y, cuando ya no puede más o cuando ya nada tiene que perder o cuando el monstruo ha crecido tanto que ya no hay con qué saciarlo, le da rienda suelta a su venganza. Perfecto. Para eso nos habían dado el libre albedrío. Pero tales emociones —la venganza, el odio— están en el origen y no en el destinatario. Caminan de dentro hacia fuera y nunca al revés. Así que a la gran puñeta la culpa y su familia.

Se acordaba de Martín Socas, el Lindo. ¿Cómo no hacerlo? El chico se ganaba la vida de chaperero en el paseo de Madrid. Sospechaban que ejercía de puto desde los dieciséis pero nunca lo pillaron y, una vez cumplida la mayoría de edad, no tenía sentido perseguirlo. Y que lo entendiera yo bien. No estaba a favor de la prostitución pero era muy difícil demostrar un delito cuando nadie denuncia y a nadie le interesa que salga a la luz.

Una perla el tal Martín. También se lo relacionó con trapicheos de objetos

robados y drogas. Sin embargo, jamás lograron implicarlo en nada. Su familia estaba tan deseosa de quitárselo de encima que, tras varios años sin saber de él, lo dieron por muerto.

El cadáver no llegó a aparecer. El que sí apareció fue el de su cuñado, Bernardo Durán, en los riscos de Tejeda. El marido de Delia se había despeñado por un desfiladero de ochenta metros de profundidad. Se abrió la cabeza, amén de las dos piernas rotas y la columna triturada. Tan deshecho estaba el cuerpo que fue imposible desentrañar si había muerto antes o después de caer. Así que se acabó aceptando el accidente como causa del fallecimiento. La muchacha quedó tan desgarrada que no volvió a casarse. Vivía con una amiga y los hijos de ambas en lo alto del bazar de las hechicerías.

Una historia terrible la de esa familia. Ahora faltaba por saber qué vela tenía yo en aquel entierro. Porque alguna tendría, de lo contrario no se explicaba esa segunda esquela. ¿Para los íntimos? Los íntimos no necesitaban un aviso en la prensa y mucho menos un aviso con la foto del finado. Esa esquela pretendía sacarme de la madriguera con la estrategia más vieja de la caza y la guerra: la del hurón. Alguien me estaba esperando en San Telmo. Y se habría llevado una decepción al ver entrar a Miguel Moyano en mi lugar. Solo se me ocurría el viejo de la bufanda, el único que se volvió a ver quién entraba, el que salió volando a coger un taxi a pesar de su bastón. Martín Socas.

## Once

Como un león enjaulado.

Desgasté la ventana de tanto mirar por el cristal. Memoriqué la crecida del día sobre los edificios de enfrente. A medida que el sol se levantaba, los ladrillos perdían su tono pardo y se iban convirtiendo en plata y luz. Los árboles iban dejando un sembrado de sombras en el bulevar. Los bancos de madera cambiaban por instantes de color.

Aprendí que las guaguas esmeraldas, las que iban al interior de la isla, doblaban a las amarillas. Que un tipo con aspecto ambiguo y arenoso se sentaba en la parada solo a mirar a las estudiantes que bajaban en la veinticinco. Que en la tahona se vendían más barras francesas que chapatas, igual de magdalenas que de donuts, y a nadie parecía interesarles los dulces de nata. Que en la zapatería entraba menos gente que en la óptica. Que ocho de cada diez clientes de la cafetería eran mujeres. Que cafetería al revés se escribe AIRETEFAC. Que cada dos minutos entraba alguien al cajero del BBVA. Que cada media hora se acercaba un mendigo a la terraza con la misma cantinela, Peor es robar.

Que, enfrente, la vecina del tercero se paseaba por su casa en ropa interior: me hizo ilusión descubrir que las bragas y los sujetadores también podían ser color visón. En el quinto tendían la colada entre dos ventanales, la ropa ondulante como hojas de otoño. Y el matrimonio del sexto no paraba de discutir, ella movía los labios y él los brazos. Y en el balcón del séptimo dejaban a la abuela durante horas, con una manta azul Iberia, tal vez robada en un vuelo a la Península, sobre las rodillitas. Le hacían menos caso a la vieja que al mendigo en la terraza.

Como nadie vino a visitarme en aquellos días ni de ropa me cambié. Con la misma camiseta negra y el mismo calzoncillo rojo con los que dormía desayuné, almorcé, cené, vi los telediarios, escuché música, leí, le di vueltas y vueltas a mi realidad... Recibí seis llamadas: dos de Beatriz, que me quería y, por si no me lo había dicho, me iba a seguir queriendo toda la vida. Una de Miguel, que estaba planeando un asadero para cuando me recuperara. Y de Inés, que se aburría como una ostra. Y de Susana, que quería conocer la impresión que me había causado su nieta. Y de Álvarez, que telefoneaba para levantarme oficialmente el arresto.

De esto último quise asegurarme por mí mismo. Fui a echar un vistazo a la mirilla de la puerta. Nadie. Habían desaparecido los policías. Volvía a ser libre. Reconozco que me embargó una sensación de orfandad. De desamparo. Porque ahora podía salir cuando me viniera en gana pero también cualquiera podía entrar. Eché el pestillo y me metí en la cama a las nueve, exhausto de deambular por la jaula.

Al tercer día resucité.

Me di una ducha larga y perezosa. Seguía oliendo a enfermedad, a antibióticos y calmantes. El sudor y la orina continuaban recordándome que hacía... ¿quince, veinte

días? me habían pegado un tiro. Bajo el chorro de agua tibia fui trazando los próximos pasos. Odiaba sentirme presa. Me mataba aquella espera mansa hasta que llegara la próxima arremetida del depredador. Era hora de recuperar la iniciativa. De volver a ser yo. De hacer lo que mejor se me daba: tocarle los huevos a la gente. Para mi primera víctima necesitaría un aliado. No tenía ningún conocimiento del mundo al que me iba a enfrentar. La santería me sonaba a ruso. Pero sabía quién podría traducirme.

Elizabeth Monzón se alegró de verme. Para ser habanera se mostró muy comedida en el saludo. O tal vez fuera que recordase que en el último abrazo se me había despertado una erección y no quisiera más jaleos. Se disculpó por no haberme venido a visitar a pesar de que solo nos distanciaban trece escalones. Sucedió que al final de esos trece escalones había siempre un policía armado. Y ella les tenía tirria. Sí. En La Habana a las muchachas les salía antes la desconfianza a la policía que los dientes. En Las Palmas era diferente, lo sabía, pero allá en Cuba los guardias solo servían para joderte: o te requisaban el carné con cualquier pretexto o se te insinuaban para meterse en la cama contigo, a veces las dos cosas con el mismo impulso.

Se disponía a desayunar y le acepté un café, no me quedaban ganas de otra cosa después de cuarenta y ocho horas de encierro comiendo porquerías. Resultó que Elizabeth tenía la mañana libre, como siempre. Las tardes las ocupaba en una academia de Arenales enseñando los beneficios del yoga kundalini a niños de primaria. De modo que se mostró encantada de acompañarme a un bazar donde venden encantamientos. Ah, que los encantamientos, como el cariño verdadero, ni se compran ni se venden. Que no me dejara engatusar por la literatura. Que eso era cosa de Merlín el mago. Claro. Por eso me iban a valer su consejo y su compañía, se llamasen como se llamasen las tiendas en las que se predecía el futuro.

Una cosa sí quería dejarme clara mi vecina. Si pretendía su ayuda, a partir de ahora nada de coñas. Nada de risitas sarcásticas ni frasecitas con doble fondo. O me tomaba en serio lo que íbamos a ver en la librería o me buscaba la vida yo solito. Podía pasar por que yo no compartiese sus creencias, faltaría más, pero no iba a permitir que me burlase de ellas. Se lo prometí. Mantendría el tipo como un campeón y me limitaría a observar y callar. Eso. Igual que la ratita presumida. Jurado.

El Ojo Escarlata hacía esquina entre dos calles galdosianas de Schamann: Sor Simona y Jacinta. En Sor Simona estaba la entrada, un portalón de garaje reconvertido, y en Jacinta el escaparate, una cristalera en la que predominaba el verde jade. Me dio por pensar si la ubicación esquinera de la librería significaba algo en el yoga pero me mordí la lengua, no quería empezar la visita con mal pie.

El lugar era lúgubre. Pretendía mantener un clima de recogimiento pero daba más miedo que vergüenza. Iluminado solo por velas y luces indirectas, con las persianas entrecerradas, no eran las once de la mañana aún y parecía media tarde. Nos atendió una muchacha de rasgos vagos que frisaría los cuarenta. Algo me dijo que se trataba



de Delia Socas. Sin llegar a ser triste, su rostro reflejaba más de una tragedia antigua. El cabello castaño parecía prestado. Las orejas, distantes. La sonrisa, vacía. Achaqué sus ojeras a la muerte reciente de su padre. Su cuerpo, grandilocuente, permanecía escondido bajo una amplia túnica marrón y oro. Las sandalias de esparto dejaban escapar unos dedos rechonchos de uñas esmaltadas. Acostumbraba a tomarse largas pausas, con una respiración contenida, antes de hablar.

Elizabeth tomó la iniciativa.

Tal vez temiendo alguna impertinencia mía, se acercó a la librera y se interesó por los diferentes tipos de piedras que tenía en el muestrario de un mueble cajonero. La lista era inacabable y el sonsonete de Delia Socas, absurdo, aflautado como el de un hombre que imitase la voz de una mujer. Así y todo mantuve el tipo como un guardia real del Palacio de Buckingham al que los turistas le hacen toda suerte de mataperrerías y muecas para distraerlo. Me paseé en silencio de un lado a otro del bazar escuchando las maravillas de la pedrería sin que se me moviera un músculo de la cara. Desarmado, pero marcial y serio. Me aburrí del recuento en la turmalina negra, ideal para espantar la negatividad y los efectos perniciosos de tantos aparatos eléctricos que conviven con nosotros.

Pero antes supe que la piedra de luna, femenina donde las haya, apela a la maternidad. O que el ópalo rosa es mineral seductor. Y también que la amatista, lila, aporta equilibrio y sabiduría al que la posee. Y la amazonita, verde, arranca la tristeza del alma de aquel que la acaricia. Y el lapislázuli, azul cobalto, ahuyenta la melancolía, quién lo pillara. Y el cuarzo azul regenera el aura, mientras que el rosa cura heridas de amor.

Estuvo a punto de caérseme al suelo la figura meliflua de un buda cuando descubrí absorto que la obsidiana, piedra contradictoria, saca a la luz lo mejor de nosotros pero a la vez puede robarte el sueño. Al oír el estruendo provocado por mi torpeza, las dos mujeres detuvieron su plática y me miraron con ojos de reproche. Me disculpé, implorante, y devolví el buda cándido a su lugar en la balda del armario. Ellas retornaron a lo suyo. A medir su misticismo. A compartir experiencias reveladoras, como la de un péndulo capaz de reconocer la energía imperecedera. Según parece, lo situabas sobre cualquier objeto —un anillo, una foto, una caja de zapatos— y el péndulo podía revelar si la energía que emanaba de ellos iba a favor o en contra de tu naturaleza: si se movía en línea, tenías garantizado el éxito; si se meneaba en círculos, podías darte por jodido.

A una clienta de Socas el artilugio le había salvado la vida cuando la impulsó a desechar unas píldoras que el médico le había recetado para la fibromialgia. La clienta, creyente hasta la extenuación, las devolvió a la farmacia sin abrir la caja. Una semana más tarde salió a la luz un lote rancio de ese fármaco que había escapado a todo control sanitario. El error provocó dos muertes y numerosas penalidades en la isla. Mano de santo el mentado péndulo.

El bazar de los milagros tenía forma de L, con una estancia más ancha y larga,

donde estaban Delia y Elizabeth oliendo plantas medicinales, y una más tenebrosa en la que había una mesa de mármol y una puerta con cortinillas de cuentas negras. Las dividía el principio de unas escaleras que supuse darían a la casa que Delia compartía con su novia y los tres hijos. Para evitar que los clientes subieran, la cruzaba una cadenilla de bronce como en los museos. Respeté su intimidad y seguí andando. Sobre la mesa se acomodaban un incienso encendido con olor a palosanto y un mazo de cartas decoradas con lo que parecía una estrella de David incompleta. Le di la vuelta a la primera carta y decía *Vas por el camino equivocado: debes liberar tus miedos si anhelas encontrar la respuesta.*

Coño. La devolví al montón con cierto escalofrío y me froté las manos como si pudiera desembarazarme del mal augurio. Noté el frío en los pelos de la nuca. Volví a leer la carta con los ojos cerrados. Acepté mi destino. Mis miedos aún estaban por liberarse pero esperaba que la respuesta se hallase detrás de la puerta de cortinillas. Claro que al exceso de esperanza suele sucederle una desilusión desafortunada.

La atravesé intentando hacer el menor ruido posible. Me recibieron un olor a linimento que tiraba de culo y una sala de consulta con un escritorio largo y estrecho y una camilla para masajes tántricos. No fue que adivinara la finalidad de la camilla. Estaba escrito en un cartel: *Para los masajes tántricos se recomienda quitarse cualquier objeto de metal.* La estancia estaba decorada con cuadros extraños, figuras geométricas concéntricas y ojos intimidatorios de todas formas y colores. Una alacena blanca —lo único blanco de El Ojo Escarlata— mostraba todo un inventario de pócimas naturales en botes de cristal alineados, cuyas etiquetas aparecían escritas en letras de molde. En esa pared, a la derecha del ropero, abundaban los diplomas y los méritos que había obtenido doña Delia Socas Navarro a lo largo de su vida. Algunos venían rubricados por universidades a distancia de México y Colombia. Intenté imaginar cómo sería aquello del masaje tántrico a distancia. ¿Un orgasmo virtual?

Medio oculta por la mesa había una rinconera de madera de pino repleta de fotografías familiares. Abundaban las de niños y parques. Y una del abuelo Socas, sentado en un sillón de orejas soplando las velas de una tarta. Y otra de Delia abrazada a una mujer con la torre de Pisa al fondo. Y esas dos mujeres, otra vez, junto a una adolescente y dos chiquillos.

Desde la última fila, insegura y tímida, brotó la foto de un paisaje rocoso y soleado: detrás, la difusa figura del Roque Nublo; en primera línea, el rostro afilado y nervioso de alguien a quien reconocí. Un pibe de no más de dieciocho años, alto y muy guapo, con la mirada huidiza. Estaba muy distinto pero sin duda era él: el tipo que había querido matarme en mi zaguán.

Me guardé la foto del portarretratos en el bolsillo y la sustituí por una postal publicitaria de *El Ojo Escarlata*, librería esotérica, Sor Simona 17. Confiaba en que con aquella jodida penumbra tardarían meses en darse cuenta del cambiazco. Regresé a la sala en el instante en que Delia Socas le mostraba a mi vecina un libro de recetas

incompleto. No es que le faltaran hojas, es que un recetario en el que no caben la carne y el pescado suena a contrasentido. A dislate. Para mí que cebarse a granos de quinoa, tofu y sirope de manzana no podía ser bueno. No hay lapislázuli en la tierra que mitigue tanta melancolía.

Sabía que tarde o temprano me iba a tocar pagar peaje por haber arrastrado a Elizabeth a aquel antro. Y el peaje llegó en forma de ritual de iniciación. Socas, animada por mi vecina, iba a auscultarme el aura. Adelante con los faroles, pensé. Qué eran setenta euros por mi aura. Y qué, setenta euros más por tres botes de grageas naturales que sabían a meados pero sanarían mi hombro, mejorarían mis articulaciones quebrantadas y espantarían mis pesadillas. Quise replicar que yo no sufría de pesadillas pero la mirada china de Elizabeth me disuadió de ello.

El aura, al parecer, es de colores. La mía, sin embargo, andaba de un gris cementerio que espantaba. Con solo acercar sus manos a mi pecho, Delia Socas interpretó la angustia de mi naturaleza. Propuso traer el péndulo milagroso pero lo rechacé y esta vez no había Elizabeth que me hiciera flaquear. No necesitaba tanta información acerca de mí mismo. Me gustaba mantener cierta intriga sobre mi futuro. La librería no se inmutó. Me entendía, es tan difícil aceptar lo que no se comprende. Había otra opción para testarme el aura: la quinestesia. Sonaba mejor, menos comprometida.

Delia me acompañó hasta la camilla y me pidió que me tendiera en ella. Se calentó las manos. Fue ejerciendo presión sobre mis hombros, mis brazos, mis piernas. Necesitaba ver la resistencia que ejercían mis miembros a sus preguntas. ¿Ignacio Núñez tiene un bloqueo energético? ¿Ignacio Núñez sufre de migrañas? Solo a la tercera pregunta recordé que le había dado un nombre falso a la librería pues no quería que me relacionase con su familia. La autenticidad en la quinestesia no parecía importante: fuese cual fuese mi nombre, los dedos largos de la mujer creyeron reconocer mis conflictos. Estrés y negación. Un trabajo que no me daba respiro y un pasado que me negaba a aceptar, acaso la muerte de un ser querido.

Allí dejé ciento cuarenta euros y me llevé la fotografía de un asesino y un ojo de tigre. Ambarina, veteadada de marrón y oro según le diera la luz, la piedra favorecía el espíritu creativo pero, más importante, espantaba los hechizos y los males de ojo. ¿Estaba yo hechizado? Muy posiblemente. No me creería la cantidad de embrujos que rondaban las calles de Las Palmas.

Mi vecina no cabía en sí de felicidad. Con su libro de recetas melancólico, un perfume de talco y una cinta de música con canciones de yoga, llevaba la alegría en la boca. Creía haberme ganado para su causa. Medité preguntarle qué causa era aquella que tan dichosa la hacía pero ya había tenido suficiente charla sobre los beneficios de la meditación y las piedras filosóficas. Al fin y al cabo el mundo no había cambiado tanto desde los babilonios. Necesitaba algo en qué creer, algo que diera sentido a tanta desolación, algo por lo que levantarse cada mañana y poner un pie en el suelo y echarse a andar. Para eso tanto valía una virgen como la turmalina, igual el cristo del

silencio que un sahumero. Cualquier brújula servía si te llevaba a puerto salvo y sano.

La luz que desprendía Elizabeth Monzón era sincera y limpia. A nadie engañaba sino, acaso, a ella misma. A nadie dañaba y menos a ella misma. Aprovechó el momento de intimidad para sacarme de un error: no era habanera pero como si lo fuera. En realidad había nacido en Mayarí y sus primeros pasos los había dado en Santiago, en la línea fronteriza de Guantánamo. Su madre cruzaba la verja a diario para limpiar los barracones de la base americana, una forma de ganarse la vida como otra cualquiera. Alguien tenía que hacerlo, ¿verdad? Le tocaba vivir en dos mundos a un tiempo pero jamás dudó de la revolución y no quería exponer a su hija a las dudas que tanto había advertido en los ojos de los chiquillos que se criaban en Santiago.

El vecino del norte era muy tentador.

Para evitar que Elizabeth cayera en sus garras la envió con su abuela, lejos de la Coca Cola, los chicles doublemint y aquel endemoniado jazz. A La Habana. A aprender los rezados a Yemayá y el candombe. A hacerse una señorita. Pero el sortilegio no le sirvió de nada porque la señorita Elizabeth se enamoró de un canario que había llegado a Cuba a lomos del turismo sexual y las jineteras y el chispetrén y la carne de puerco y qué rico, papi. Se enamoró y lo siguió hasta Fuerteventura para descubrir que su amor verdadero era más falso que una moneda con dos caras. Que tenía una vida en Puerto del Rosario en la que ella no cabía. Y que solo la quería para jinetear. La vieja historia de tantas muchachas.

Una decepción.

A tragedia no llegaba. Tragedia es lo que vemos a diario en los periódicos con tanto niño muerto en tanta playa. Tragedias las de las veintiocho mujeres asesinadas por sus parejas, sus exparejas, sus futuras parejas en lo que iba de año. Tragedia la de las niñas en los arrabales de Lima o Quito vendidas por su madre al mejor postor, a veinticinco dólares por cabeza. Con lo que me había gastado en El Ojo Escarlata podíamos haber salvado a seis chiquillas de la esclavitud. Así que no. Nada de tomar el nombre de la tragedia en vano.

Lo suyo fue una simple decepción. Algo de lo que aprender. Porque a este mundo venimos a aprender y gastamos varias vidas en hacerlo. Elizabeth creía en la reencarnación, por eso me había ayudado la tarde en que me dispararon. Me vio tan niño, tan frágil, desvalido en su puerta como una aparición. Ella era perra vieja ya. Había vivido cuatro vidas. Fue soldado en la guerra de los treinta años. Y sirvienta de un lord inglés en la época victoriana. Y ayudante de cocina en el París de *la belle époque*. Y puta en Buenos Aires. Sí. Al menos una vez has de ser puta para conocer la otra cara de la luna. A mí, no obstante, se me notaba a la legua que vivía mi primera existencia. Que acababa de llegar, como quien dice.

Pues tras su decepción agarró un barco y se vino a Gran Canaria. A enseñar lo que había aprendido de su abuela Omayra. No fue fácil. Tuvo que cruzar algún puente sobre aguas turbulentas. Pero que yo no la compadeciera. Eso significaba que iba a

ser el último viaje, que ya había aprendido todo lo que necesitaba para llegar a la luz. Ajá. La luz lo representaba todo. El origen y el destino. Cuando la alcanzas ya no necesitas regresar, no hay que tirar más los dados. ¿Cuántas vidas?

Las que necesitaríamos para aprender. Los hay inspirados e inspiradores que con solo dos reencarnaciones adquieren la sabiduría plena. Y los hay duros de molleja que no aprenden ni a palos. Si es cierto aquello de que en el término medio está la virtud, la virtud en la reencarnación tiene tres vidas: el descubrimiento, el infierno y el aprendizaje. Ya sabía Elizabeth que aquello me estaba entrando por un oído y saliendo por el otro. Y lo sentía por mí, pero peor era no creer en nada. Peor ese cinismo que se había instalado en la sociedad. Peor ese Me importa un huevo lo que venga detrás porque un huevo me importa lo que vino antes. El gran cáncer del mundo: el cinismo ignorante.

Hablaba la experiencia y no uno de los libros que venden en El Ojo Escarlata. Por las venas de Elizabeth corría sangre de esclavos africanos que llevaron a Cuba para explotar la tierra cuando se les acabaron los nativos. Sucedió que, con el tiempo, la piel de los Monzón se fue clareando, mezclada con los hijos de españoles. Con algún nazi que llegó huyendo de la justicia judía o algún judío que se fue a la caza de nazis. Con americanos que arribaron para sus negocios, en tiempos de Batista, y se fundieron tanto con el paisaje que ni Fidel los reconoció cuando bajó de la sierra. Con algún periodista que se dejó caer por allí tras los pasos de Hemingway.

No debía yo dejarme confundir al verla tan güera. La abuela de la abuela de la abuela de Elizabeth era más negra que el tizón. Y las pasó putas para que ella viviera como vivía en Las Palmas, libre e independiente, con voz y voto, trabajo y una cuenta en Facebook. Por eso había que tomarse la vida más en serio, carajo.

Por los antepasados.

En la alcoba tenía un cuadro colgado con una leyenda: *La única verdad inmutable es que todos vamos a morir*. Cierto. Aquí nadie se queda. Estamos de paso y nuestro deber es dejar el mundo un poco más habitable que como lo encontramos. Yo lo sabría con ese oficio estafalario, detective, en el que me disparaban a traición. Claro, claro. No había sido por la espalda pero para ella era igual. Si el otro va armado y tú no, en su tierra se consideraba traición. De hecho, si mi asaltante había permitido que me diera la vuelta no fue por un sentido del honor o por indulgencia sino para que lo identificara. Para que supiera quién iba a matarme y por qué.

Repuse que, en efecto, yo debía de andar en mi primera vida porque aunque ahora sabía quién me quería matar aún ignoraba por qué. Elizabeth sonrió con algo parecido a la condescendencia, como se mira a un niño ante una pregunta pueril, El quién y el por qué son la misma pregunta, Ricardo; la mismita; ahora no lo recuerdas pero, si buscas bien, encontrarás la respuesta en algún punto de tu pasado.

Mi pasado.

Ya me gustaría a mí tener la memoria infinita de Elizabeth Monzón, capaz de resucitar hasta su participación en la guerra de los treinta años, coño. Yo no lograba

recordar nada anterior a treinta días.

## Doce

Aproveché mi primer día en libertad para volver a la rutina. Inés estaba que se subía por las paredes, no aguantaba tanta calma. Se había hartado, en mi ausencia, de ordenar y reordenar su escritorio. Casi ahoga las plantas de tanto regarlas. Mareó los libros de las estanterías al cambiarlos tanto de lugar. Había rodado la mesa de mi despacho, según ella para que no le diera en exceso la luz porque estaba abrasando la madera. Tres días más y le habría prendido fuego al edificio.

Teníamos a medias una investigación sobre un cirujano plástico que llevaba meses recibiendo anónimos. Alguien le iba a rajarle la cara y a cortar las orejas, a ver si era capaz de recomponerlas luego con su célebre método dermo estético. El hombre llegó a asustarse de veras con un último mensaje que le dejaron por debajo de la puerta de su casa. Vivía con su segunda mujer y un hijo de año y medio, de forma que pintaban bastos.

Le recomendé acudir a la policía. Le advertí de los riesgos que corría con su familia tan cerca de la línea de fuego. El hombre se negó una y otra vez. De la policía a la prensa había un paso y no quería que se aventaran sus problemas. No llegué a adivinar si con problemas se refería a las amenazas o al estado de cuentas de su clínica pero quien paga manda. La investigación había pasado a manos de Inés. No tenía licencia pero yo no podía con mi alma, bastante amenazado me sentía ya. Mi secretaria estaba a verlas venir. Encima no podía consultar la lista de pacientes por aquello de la jeringada confidencialidad así que se encontraba en un atolladero.

Por eso vio los cielos abiertos cuando le traje la foto de Martín Socas y un nuevo caso. Se puso a ello sobre la marcha, después de hacer café y cerrar las cortinas. Le expliqué que los francotiradores actuaban a cien metros de distancia y que el edificio de enfrente estaba a menos de quince. Inés ignoró mi comentario, Me concentro mejor si nadie me dispara, jefe; así que trabajaremos con luz artificial y punto pelota; venga, que no creo que sea difícil hallar algo del pibe de Acusa Seca.

—¿Acusa Seca?

—Sí. Yo a ese tipo no lo he visto en mi vida pero el camino desde donde le sacaron esa foto lo he recorrido veinte veces.

—¿Lo reconoces?

—Pues claro. Eso es Artenara. Acusa Seca. Un poblado de cuevas excavadas, casas robadas a la montaña. El lugar es precioso pero está a tomar por culo, allá donde Jesús perdió las alpargatas.

Las han bautizado como redes sociales pero bien podían haberlas llamado laberinto, creado por un Dédalo moderno no más por joder. El nuevo Minotauro no se satisface con siete doncellas cada nueve años. El cabrón se alimenta de cientos de miles cada día y jamás parece saciarse. Para colmo, los incautos mártires no saben que están siendo devorados y que no vendrá un Teseo a acabar con el monstruo. Y eso que a mí Teseo siempre me cayó fatal: como Cortázar, nunca le perdoné que

matara al Minotauro.

Lo dicho. El puñetero laberinto se hacía cada vez más grande e intrincado. Inés intentó explicarme cómo funcionaba la cosa. Lo de la nube que guardaba la vida y milagros de todo Cristo. La nube que conocía tu dirección, tu correo electrónico, tus gustos, tus vicios, tus itinerarios. ¿Cómo creía yo que nos llegaba la publicidad a casa? ¿A cuento de qué nos ofrecían un coche, un termo, un sillón nuevos justo cuando los viejos están ya caducando? ¿De dónde me pensaba que salía la información? Las redes reunían hasta la imagen más antigua, el comentario más tonto, la polémica más absurda en la que uno podía verse envuelto. Y luego mercadeaban con los datos como buhoneros.

Mi secretaria me enseñó noticias viejas con fotografías que ni siquiera recordaba haberme hecho y declaraciones que me costaba reconocer como mías. Una exposición obscena de mi propia vida. Fue el segundo susto del día después de la carta del tarot. Mi pasado al desnudo. Y, ya puestos a hablar de sustos y desnudos, Inés me reveló hasta dónde llegaban los tentáculos del Minotauro. La adolescente ingenua que acaba quitándose la vida por la foto que envió a su novio acariciándose el sexo o jugando con la corona de sus pezones. Porque al novio, otro adolescente descerebrado, no se le ocurrió nada mejor que enviarla a los amigos de tal manera que la foto, que debía de ser privada, acabó siendo pública.

¿No sabía yo que ahora, antes de contratar a alguien para un puesto de trabajo, mandaban a un espía a hurgar en la red? Inés no bromeaba. Buscadores de nubes. A las empresas les importaba un pimiento que fueras bueno en tu oficio siempre que estuvieras limpio de recuerdos en las redes. Un muchacho perdió la oportunidad de su vida, entrar a trabajar en Coca Cola como jefe de operaciones en el Mediterráneo, porque encontraron un vídeo suyo bebiendo Pepsi y meándola luego en un parterre de la plaza de Neptuno. Y una mujer tuvo que renunciar a su cargo en el Cabildo de Lanzarote porque descubrieron que hacía tres años había veraneado en el yate de un príncipe saudí al que pillaron luego en un asunto de drogas. La nube chismosa que todo lo larga.

Pero que yo no me afligiera tan pronto. Porque la nube es el dios moderno y con los dioses pasa que lo mismo te quitan que te dan. Cuando cierran una puerta abren una ventana. A Inés le costó solo trece minutos encontrar la ventana, el cruce de caminos que una vez nos unió a Martín Socas y a mí. Dieciocho años antes, cuando empezaba mi vida de detective privado —con razón no lo recordaba—, me había contratado el director de una empresa naval con sede en Bilbao. Se había presentado a un concurso público para la ampliación del muelle de Las Palmas, una obra que podía realizarse en un año con un coste de seis millones de euros. Resultó que se la adjudicaron a otra empresa que había presupuestado tres millones a nueve meses vista, algo imposible para cualquiera que supiese un poco de construcción de dársenas.

Ni que decir tiene que la obra le costó a la ciudad casi diez millones y tardaron



tres años en acabarla. Por el camino, obvio, alguien se mamó la pasta. Un consejero de no recuerdo qué ramo vivía ahora en Veracruz como el Sultán de Brunei. Otro se había construido una mansión en Tafira que se daba de trompadas con el buen gusto y de paso con su sueldo de dos mil quinientos euros al mes. El dueño de la empresa ganadora del concurso aún sigue en paradero desconocido: no se detuvo ni a recoger a su esposa.

Se habían aliado poderosas razones para el fraude: la codicia y el miedo. O, lo que era lo mismo, el soborno y el chantaje. El soborno hizo ricos a los consejeros y al empresario. El chantaje implicaba al juez que debía decidir sobre la legalidad del concurso. Un juez que se llamaba Lucas Chacopino y tenía, a su vez, dos querencias caras y peligrosas: la cocaína y el sexo. Y allí entraba Martín Socas, chapero y seguidor en las noches oscuras del paseo de Madrid. Y entraba yo, autor de un informe que implicaba al juez veterano y su joven amante en una trama de influencias, atropellos y orgías. El problema fue que lo descubrimos tarde.

Mi trabajo había acabado en el momento de presentar el memorándum al cliente. Pero toda acción, incluso las que uno considera leales y legales, comporta sus consecuencias. Y lo que pasó, luego de que el naviero vasco —y no yo— sacara a la luz la relación de los amantes furtivos, fue que a Chacopino lo expulsaron cinco años de la carrera judicial y el chapero se *quemó*, nadie quiso volver a tener cuentas con él. Pero además la guerra entre las empresas constructoras se llevó por delante a una familia entera: la madre de Martín entró en una depresión que acabó con su vida y el padre ya no volvería a levantar cabeza. Hasta hacía una semana que la levantó para morir de una vez por todas.

Mientras Inés me recordaba la historia, tuve la sensación de estar a punto de interpretar un sueño pero las imágenes se volvían de arena y se difuminaban con el viento. Ya teníamos sobre la mesa el origen de todo, la respuesta a por qué Martín Socas me la tenía jurada. Pero no había nadie que pudiera explicar por qué había esperado dieciocho años para vengarse. Mi secretaria se notaba más lúcida que yo (era más joven, llevaba encima menos decepciones y nadie le había pegado un tiro) y se aventuró a poner una hipótesis sobre la mesa. Para ella que la muerte del viejo Socas había sido el detonante. Quizá una promesa que le hiciera su hijo. Tal vez la amenaza del padre de descubrirlo todo si Martín volvía a las andadas. Lo cierto fue que el chapero había decidido justo en ese instante regresar al mundo para vengar una afrenta de dieciocho años de antigüedad.

Un mes después de la sentencia contra Chacopino y la desaparición de su amante, la nube se disipó. Un mes. Lo que tardó la noticia en enfriarse, lo que tardaron otras noticias en sepultarla. Después de eso ya no encontramos más referencias sobre Martín, salvo una breve reseña cuando hallaron el cuerpo de su cuñado Bernardo en los riscos de Tejada. Así hasta la esquila del periódico en que volvió el fantasma a aparecerse.

Inés se levantó. El eco de sus tacones se perdió por el pasillo. A los pocos

minutos regresaron ella y su taconeo con una carpeta color canela bajo el brazo. La puso sobre mi mesa y me la acercó con un dedo y un sonido sibilante de serpiente. Llevaba el nombre del constructor naviero bilbaíno, A. Pérez de Sepúlveda, escrito con su letra de colegio de monjas.

Dentro estaba desde la hoja de apertura del caso hasta el sumario final con mi firma. En medio, anotaciones a mano, horarios de seguimiento, un listado de números de teléfonos y direcciones, una treintena de fotos robadas y una cinta de vídeo de las viejas. En las fotografías podía verse a un muchacho de rodillas, bajo un árbol del paseo, con la cabeza entre las piernas de un tipo. Estaban tomadas de noche pero con un dispositivo de repetición por lo que podía reconocerse al juez Chacopino y a Martín en algunas tomas en las que salían los dos bajo la luz amarilla de una farola.

A medida que leía el informe las imágenes fueron encajando. A Martín lo llamaban el Lindo Socas por sus facciones atildadas y dulces. Tenía una novia, una muchacha tímida llamada Paula que trabajaba en el ayuntamiento. El juez se había casado dos veces con igual resultado: dos divorcios antipáticos y dos exigentes pensiones. La cinta de vídeo provenía de la cámara de seguridad de una de las casonas del paseo de Madrid. La conseguí de un modo ignominioso en una época de mi vida que pretendía olvidar.

En la casa vivía una familia —en palabras de mi abuelo— *de posibles*. El padre era arquitecto, la madre abogada y la hija Olga estudiaba primero de Bellas Artes. Estaba en una edad en la que quería experimentar cosas nuevas. A los dieciocho años lo nuevo se confunde a veces con lo prohibido y nada más prohibido que un tipo de cuarenta con unas canas y un oficio seductores. No fue difícil convencerla de lo importante que era la grabación para reparar una injusticia. Se empieza dejando pasar una injusticia y se acaba dejando entrar a Hitler en Polonia. La historia, en cualquier caso, no fue más allá de unas caricias lánguidas y unos besos robados. Pero aquella muchacha merecía que el acariciador y el ladrón fuera alguien con menos experiencia y más escrúpulos. Alguien que no le mintiera. No creo haberle roto nada que no pudiera recomponerse pero me sentí mal durante mucho tiempo. Eso sí lo recordaba bien.

¿Qué habría sido de Olga? Quise crearla feliz, en alguna ciudad con mar pero lejos de Las Palmas. Lejos del arquitecto y la abogada. Ojalá se ganara la vida pintando acuarelas en la Barceloneta. O de profesora de español en Marsella. O de bailarina en Londres. Si la teoría de Elisabeth era cierta, Olga podía llegar a ser todas esas cosas en las siguientes existencias y volver para reencarnarse en mi madre y cerrar el círculo. Inés levantó la mano, chasqueó los dedos —me había quedado absorto pensando en la muchacha del paseo de Madrid o tal vez en el tipo despreciable que era yo hacía dieciocho años y todo lo que me quedaba aún por aprender— y preguntó qué íbamos a hacer después de aquel descubrimiento.

—Había una película... ¿cómo se llamaba?...

—Ay, jefe, qué trasto eres para los nombres. ¿De qué iba? ¿Quién salía?

—Iba de guerra. Americanos contra rusos. De esas de submarinos... Salía Sean Connery.

—*La caza del Octubre Rojo.*

—Tal vez. Da igual. El caso es que en una de las escaramuzas, alguien le dio a un botón y lanzó un misil.

—Así empieza todo: alguien le da a un botón y lanza un misil.

—Más bien así termina todo, ¿no? Pues recuerdo que en la pantallita del radar la luz roja marcaba el dichoso misil. El sonido intermitente erizaba los pelos. La tripulación estaba en parálisis cardíaca. Un tipo con ojos ahuevados, un rictus baboso en la boca y un tatuaje bélico le pedía al comandante ruso que disparara toda la artillería contra los americanos, Dispare, dispare, dispare. El comandante Connery reflexionó unos segundos, cerró los ojos y dio la orden de acelerar el rumbo, de tirarse de cabeza al submarino enemigo que acababa de lanzar el misil.

—Entiendo.

—Pues allí nadie lo entendía. Pensaban que el hombre estaba loco como una jaira mientras su nave iba de cabeza a la bomba enemiga. Sin embargo, la estrategia era simple. Al parecer los misiles tardan unos segundos en armarse, después de eso ya no hay quien los detenga. Y el comandante tenía que llegar a él antes de que inflara los pulmones con su mierda nuclear y mandara al carajo su nave y veinte mil leguas de fondo submarino. Llegó a tiempo...

—Claro, coño, era Sean Connery. ¿Qué esperabas?

—Eso: que llegara a tiempo. Y que lo que se fue al carajo fuera el misil.

Inés suspiró como si de verdad hubiera sentido alivio de que todo saliera bien. Pero fue solo un preámbulo para la pregunta que venía después: ¿qué demonios pintaba la película en nuestra investigación? Pintaba mucho. Yo no estaba dispuesto a esperar que Martín Socas se volviera a armar. Iba a tirarme de cabeza a su pecho antes de que inflara los pulmones. ¿Un disparate? Posiblemente. Sabía que yo no era Connery y no estaba al mando de un submarino. Y que Martín Socas había matado ya a una pobre mujer. Y que podía estar aguardándome. Pero aquello era como la vejez: es muy jodida, sí, pero la alternativa resulta aún peor.

Sonó un móvil. Inés se sobresaltó. Era el mío, aunque me costó reconocer su sonido. Beatriz Guillén estaba a punto de colgar cuando le di a la tecla verde. Quería invitarme a comer. Acababa de cerrar la farmacia y tenía más hambre que un perro chico. Inés puso cara de decepción. ¿De verdad le había dado a oler un caso importante y ahora se lo quitaba para irme a almorzar con mi novia? Qué crueldad. No tenía perdón de Dios.

Le propuse algo para reconciliarme con su desilusión. ¿Sigues saliendo con el óptico aquel?

—¿Y eso a ti qué te importa?

—Nada. Faltaría más. Pero a lo mejor podrías llevártelo de excursión a Acusa Seca y sacar unas fotos. Nos vendría muy bien reconocer el terreno. Yo pago la

gasolina y la comida.

—Para eso no necesito al óptico. Sé sacar fotos yo solita.

—Ni de broma. Si vas, será bajo mis condiciones.

—¿Me vas a imponer reglas?

—No. Condiciones. Y solo dos: irás acompañada y de día. No pienso permitir que te metas allí sola y de noche.

—Últimamente no veo mucho a Julio. El óptico se llama Julio.

—Vaya, lo siento.

—¿Que se llame Julio?

—No, bobilina. Que ya no se vean.

—¿Por qué habrías de sentirlo? Tampoco tenemos mucho que digamos. Es una relación abierta.

—Bueno. ¿Y qué hay del amigo que se bebió mi Muga y mi ginebra? Ese podría servir mientras no se vista de papahuevos porque entonces será como pintarte una diana en el culo.

—Perdona, bonito, se vistió así porque tú nos lo pediste. Y gracias a eso lograste salir de casa sin que te descubrieran, así que menos remilgos. A ver: ¿cómo quieres que nos disfracemos esta vez?

—¿Como dos turistas en viaje de novios?

—Uy. Lo de turistas podremos arreglarlo. Lo otro será más jodido porque mi amigo es gay.

—Oh, carajo. Pues se visten como quieran. Pero van juntos y salen temprano por la mañana. Ponen cara de Qué bonito es todo esto, dicen mucho *Amazing* y *Wonderful*, sonrían como totorotas y se sacan todas las fotos que puedan.

—¿Algo más?

—De paso podrías preguntar en el ayuntamiento de Artenara si saben dónde vivía Guillermo Socas. Les cuentas que te encanta el lugar, el clima y todo eso y que estás interesada en comprar su casa.

—¿El clima y todo eso? Cómo se nota que eres un pijo de ciudad, Ricardo. El clima de Artenara lo diseñó el diablo: o hace un calor infernal o un frío que se te congela hasta lo que no tienes.

—Coño con las pegas. ¿Quieres ayudarme o no?

—Sí. Pero me gusta tocarte las narices de vez en cuando. Anda, ve a comer con tu novia que estará desesperada por verte.

## Trece

Ese día aprendí otra cosa del laberinto. El verbo más hermoso del mundo es el verbo *compartir*. Se ha creado, casi de la nada, una legión de amigos que lo comparten todo. Desde un vídeo de Frank Sinatra en Las Vegas cantando *Fly me to the moon* hasta uno en que se muestra paso a paso cómo se hace un potaje de lentejas con chorizo. Desde el poema más profundo de Coleridge hasta la frase más gilipollas de un sobre de azúcar. Alguien empieza pariendo un pensamiento absurdo acabado de levantarse —parece que ahora la gente se conecta a Facebook incluso antes de lavarse la cara y mear— y el pensamiento se propaga como el cólera morbo antes del desayuno.

Beatriz se quejó de que no compartíamos mucho. Pero no se refería a Facebook, qué más quisiera yo. Hablaba de nosotros en carne y hueso. Necesitaba sentirme más cerca, saber que formaba parte de mi vida real. Yo no podía apartarla cada vez que las cosas se pusieran feas. Joder. Que yo me dedicaba a perseguir canallas, a tratar con la escoria de la escoria. Las cosas para mí siempre, siempre, siempre serían feas. De manera que o me jubilaba y consagraba el resto de mi vida a cuidar de un huerto o la dejaba estar a mi lado a las duras y las maduras. ¿Quería asociarse conmigo en la agencia? No. Quería asociarse conmigo en todo lo demás. Quería que la tuviera en cuenta. Que le diera su lugar. Que compartiera con ella mis miedos y mis decisiones. ¿Peligroso? Menuda martingala. Vivir es lo más peligroso que se conoce.

Durante la comida predicó con el ejemplo y compartió conmigo una botella de vino y una pena. La relación con su exmarido se encontraba en punto muerto. ¿Recordaba yo la letra de la parranda? ¿Dos pasos p' adelante, dos pasos p' atrás, da la media vuelta y vuelta a empezar? Pues tal que así era su vida. En plena guerra fría, las balas silbaban sobre la cabeza. Y los chiquillos creciendo que daba miedo. Cuando se quisieran dar cuenta, ya los tendrían haciendo las maletas para irse a la universidad. Por eso le producía tristeza la bronca con César. Qué manera de jeringarles la infancia a los niños. Qué manera de enmerdarles los recuerdos. Uno debería tener solo recuerdos cálidos de infancia. Así al menos, cuando te agarrara el Alzheimer, vivirías los últimos años abrigado por la memoria. La mañana de Reyes en que montaste el Scalextric con tu padre. La tarde en que te llevaron al cine por vez primera. Un domingo en la playa con toda la familia y la paella de conejo de tu abuela.

¿Qué iban a conmemorar sus hijos dentro de setenta años? A sus padres peleando por una tontería, miradas de reproche, fines de semana alternos cada loco con su tema, a César poniéndola a parir, a ella bebiéndose las lágrimas. Ya ni siquiera se trataba de repartir las culpas, dentro de setenta años los culpables estarían más que muertos. ¿Se lo había intentado explicar a su exmarido? No.

Me lo explicaba a mí, que era el único que la escuchaba porque sus hijos no la entendían, César era un muro de piedra y a sus padres se les iba la cabeza. Ajá. Por

eso llevaba tiempo dándole vueltas a lo del Alzheimer. Tenía el mal instalado en el salón de casa. Convivía con él a diario. Le limpiaba el culo y le daba de comer. Su padre a veces la llamaba madre. Pero lo hacía con una sonrisa dulce en los labios, tal vez recordando unos besos, un olor, una caricia. ¿Qué besos, qué olores, qué caricias recordarían sus hijos?

Ante el panorama que dibujaba Beatriz Guillén, hasta el asunto de Martín Socas dejó de tener importancia. Apenas comimos. Se nos enturbió el almuerzo con tanta preocupación. Tuvimos que consolar al pobre camarero que cada vez que venía a la mesa se encontraba los platos igual. El tipo, un sirio que hablaba a salto de mata el castellano, se deshacía en preguntas y disculpas. ¿No buena la comida?; ¿demasiado fría, muy salada, poco fuerte? Tan mal debió de vernos que decidió por su cuenta y riesgo anular la pluma ibérica que pedimos de segundo. ¿Para qué?

Beatriz insistió en pagar. Me había dado la murga con sus lamentaciones y los psicoanalistas cobran más caro que los treinta y siete euros que le iba a costar el almuerzo. El camarero sirio nos guardó las sobras en unas cajas de aluminio con tapa de cartón que tenían para esas situaciones. A saber cuántas parejas perderían el apetito después de una conversación trascendental o una celebración o una ruptura. No se lo habíamos pedido pero para él era una cuestión de honor. Estuvo a punto de encorcharnos la botella de vino pero rehusamos y nos lo acabamos con los postres que venían en el menú: una tarta de queso con arándanos y un sorbete de mango.

La acompañé al coche. Le pedí que condujera con cuidado. Ya. Estaba al corriente yo de que solo habían sido dos copas de vino pero el camino a Tafira era largo y tedioso. Me juró que no se dormiría al volante, que pondría música a toda mecha, que iría despacio y que me llamaría nada más llegar. Me propuso llevarme a casa pero me apetecía volver andando. Su conversación me había dado qué pensar. Necesitaba rumiar aquello de los recuerdos de infancia y el Alzheimer.

Volví atravesando Triana, que a esa hora dormía la siesta. El sol pegaba en las fachadas de naciente mientras una vereda de sombra se iba ensanchando a medida que caía la tarde. Las tiendas parecían vacías. La empleada de un bazar de golosinas había salido a fumar un cigarrillo aprovechando la ausencia de clientes. Un padre con su hijo compartían helado en uno de los bancos.

Antes de llegar a la altura del despacho la reconocí.

Perla, la amiga de la prostituta muerta, se paseaba arriba y abajo frente al portal de la agencia. Con evidente nerviosismo, se acariciaba los brazos y se mordía el labio inferior, tanto que uno podía pensar que quería arrancárselo de cuajo. Cuando me vio llegar se le alumbró la vida. Creí que iba a echármese al cuello y a ver cómo explicaba yo entonces la situación, porque Perla estaba fuera de servicio pero su cuerpo seguía de guardia. Llevaba el pelo negro desorbitado, un sujetador verde limón que no lograba sujetar nada, la carne morena que se le salía por todas las costuras, un pantalón ajustado hasta gangrenar los muslos, unos zapatos de tacón inmenso y las uñas, cada una de un color diferente, a cual más excéntrica.

Me esperaba. Me necesitaba. Venía a hacerme una oferta. ¿Por qué no me había llamado? Porque había perdido la tarjeta con mi número. Le sostuve la mirada, más por no detenerme en otras partes de su anatomía que por desmontarle el embuste. Perla agachó la cabeza y confesó, la mentira tiene las patas cortas. De acuerdo, no la había perdido. De ser así no habría sabido dónde encontrarme porque mi dirección venía en el papel. Era solo que tenía que verme en persona, que no le bastaba con una llamada de teléfono, que hay cosas que se han de resolver cara a cara.

Me pidió que subiéramos al despacho. No se encontraba cómoda allí, a la vista de todos. Era consciente de cómo la miraban, de lo que pensaban de ella los demás, de los comentarios que provocaba a su paso. Pura contradicción la buena de Perla: se vestía para encandilar y luego le hacía ascos a los encandilados. La invité a entrar. Mientras subíamos las escaleras, no tuve claro si prefería que Inés estuviera arriba. No estaba. Mejor.

Nada más sentarse, la mujer sacó del bolso un sobre arrugado color crema. Se notaba turbada, jamás se había visto en otra igual, y mira que había toreado en plazas peores. Habían hecho una colecta en la casa. Tal vez para mí no fuera mucho pero para ellas representaba trabajar el doble los siguientes tres meses. No quise ni pensar en lo que significaba.

Dos mil euros. Podría contarlos si no me lo creía. Sí pero no. Me lo creía pero ni se me hubiese pasado por la cabeza contarlos. Ni contarlos ni aceptarlos. Perla iba a saltar como una tigresa cuando la detuve con un gesto de calma y un razonamiento. Que no se llamara a engaño. Su dinero era tan bueno y tan limpio como el de cualquiera, posiblemente más. Sí. Yo había aceptado pasta con peores apellidos que la suya. Ocurría que no podía consentir lo que me estaba oliendo que me proponía. La chica se extrañó. ¿Y qué se supone que le estoy proponiendo?

—Que mate a un hombre.

—Bueno... Nos valdría con que le diera un buen susto.

—¿A usted le parece que ese tipo es de los que se asustan?

—No... Claro... Es que...

Perla se desmoronó sin saber qué decir con el sobre en la mano y los ojos vidriosos. Me pareció tan niña en aquella postura como la nieta de Susana. Si hubiera sacado una muñeca del bolso y se hubiera puesto a vestirla y desvestirla no me habría sorprendido. De modo que me pareció oportuno hablarle como le hubiese hablado a Miriam, como un viejo maestro de escuela.

Primero, una aclaración: no las juzgaba; entendía lo que estaban haciendo; de estar en su lugar yo habría actuado de la misma forma. Segundo, un hecho: yo no estaba en su lugar; mi trabajo era investigar los delitos, no cometerlos. Y tercero, varios condicionales para matizar mi argumento: si estuviese en mi mano, debía impedir que los canallas mataran, no matarlos; y si, por causas del destino que es un cabrón que hace lo que le viene en gana, me tocase matarlos, no podía cobrar por ello; porque si aceptaba su dinero me convertiría en un sicario y entonces apaga y

vámonos porque nada me distinguiría del hombre que había degollado a Katia.

Para mí era importante distinguirme de tipos como ese.

Me gustaba crearme en el bando de los buenos. Me placía irme a la cama con esa creencia, tal vez absurda, y dormir de un tirón. Quería que lo entendiera Perla. Resultaba que su oficio y el mío no habían gozado nunca de muy buena fama. A ambos nos miraban de reojo. A ambos nos contrataban para resolver un problema inmediato, un picor incontrolable —hablábamos de polvos y de fangos— pero luego se negaban a saludarnos por la calle. Tratábamos con tipos que comían sardinas y eructaban entrecot. A la gran puñeta con ellos.

Sin embargo, ni Perla ni yo seríamos capaces de matar a alguien por dinero, ¿verdad? Claaaaro. Eso era lo que nos distinguía de los malvados. Lo que nos permitía dormir de un tirón. ¿Y no los matábamos ni para defendernos? Tampoco. Para defendernos estaban la policía y los jueces. Nada más decirlo comprendí lo estúpido que sonaba: la policía no había sido de gran ayuda hasta ahora para las chicas; y hay jueces y jueces, si no que le preguntaran a Martín Socas.

Continué la clase por donde la había dejado antes de la estupidez. Lancé una hipótesis: si un asesino quiere matar a un detective y a una puta (yo dije muchacha pero ella me corrigió, Somos putas, Blanco; no se haga mala sangre con las palabras), al detective no le hacen falta alicientes para actuar. Ajá. Me sobraban esos dos mil euros que a ellas tanta falta les hacían. Mi propósito era pararle las patas al tipo alto antes de que siguiera con su carnicería. Porque yo ya estaba involucrado en la causa.

Involucrado más que preocupado.

Le conté a Perla un chiste que le había oído al rector de la Universidad. Yo andaba investigando la muerte de una estudiante italiana y todo apuntaba a algún profesor de Veterinaria. Tuve con el rector una entrevista en su despacho y le expliqué hasta qué punto estaba la Universidad involucrada en el crimen. Él, zorro viejo, replicó que no. Que todo lo más estaba preocupada. Y que había una notable diferencia. Me puso de ejemplo el desayuno inglés, el de los huevos con beicon. Ahí las gallinas solo están preocupadas mientras que los cerdos están del todo involucrados. Notable diferencia, en efecto. Pues en nuestro caso era lo mismo: yo era tan cerdo como Katia. Llevaba un agujero en el hombro que así lo atestiguaba. De forma que iba a poner todo mi empeño en detener al criminal sin necesidad de que nadie me pagara por ello.

Y para tranquilizar la conciencia de Perla y sus amigas putas (Que sí, Blanco, que eso es lo que somos; no se ande por las ramas), le propuse un trato: tanto si lo lograba como si no, aceptaría un regalo. Si lo lograba, bastaría con un mazo de puros y una caja de bombones para mi secretaria; si no, una buena corona de flores para mi entierro. Lo que le sobraba de tetas le faltaba de sentido del humor. A la chica no le hizo maldita gracia la broma de las flores y el entierro. ¿Otra supersticiosa?

La calmé. No pensaba dejar que me mataran. En serio. Iba a pillar a ese tipo y se lo iba a entregar a la policía y a los jueces más justos que encontrara. Por mis



muertos, que eran muchos, que había jueces y policías a los que valía la pena conocer aunque ella no lo creyera. Por lo más sagrado se lo juraba. Por lo más sagrado y por la cuenta que me traía.

Perla aceptó mi trato y mi promesa. Y, antes de marcharse, jugó a doblar la apuesta. Si lo conseguía, además de los puros y los bombones, tendría barra libre en el burdel hasta que se me cayera la cuca de tanto uso. Agradecí al cielo que Inés no estuviese esa tarde en la oficina. Habría tenido coña un año y medio a cuenta del agradecimiento infinito de las putas.

La noche me la pasé en un *dolce far niente* deliberado, con la tele y la radio encendidas y un libro encima del sofá, sin atender del todo a ninguno de ellos. Volvía a dolerme el hombro, así que me tomé un Ibuprofeno. Cuando me hizo efecto el calmante y acabaron por mezclarse los enredos amorosos de una película italiana, la tertulia política de Onda Cero y la angustia de un personaje de Cortázar que se ponía un pulóver a un paso de la ventana abierta de un decimosegundo piso, me fui a la cama.

Soñé con la casa de mi abuelo.

Vacía y húmeda. Oscura. Fría. De repente una voz surgió de la cocina. Mi madre trasteaba entre fogones. Preparaba la cena. Hablaba sola, quitándose el cabello de la cara con una mano enharinada y nerviosa, pero en verdad me hablaba a mí. Se afligía por lo que yo había hecho con mi vida. Tanto esfuerzo, tantas esperanzas puestas en el único hijo para que el hijo único acabase hurgando en la mierda de los demás. ¿Qué demontres era eso de detective privado? ¿Quién pagaba por hacer algo así? Valiente trabajo de porquería. Eso sí: a ella no le sacaban de la cabeza que la culpa era de su padre, de mi abuelo Colacho, que había ejercido una influencia nefasta sobre su nieto también y siempre único. Claro. ¿Qué podía esperarse de un bohemio calafate?

Se despertó el día con ese cielo gris como de querer llover que a veces sobrevuela Las Palmas. Un amago constante, igual que un niño haciendo pucheros que nunca termina de romper a llorar. Toda la mañana tuve la sensación de que alguien me seguía. Sobre el ruido, las sombras y el olor de la ciudad se sobreponían otros ruidos, otras sombras y otro olor no del todo desconocidos que parecían acorralarme. Lo noté cuando crucé Mesa y López, al bajar Ruiz de Alda, y de nuevo al bordear el parque de Santa Catalina. Me detuve varias veces pero no vi a nadie.

La marea me llevó a la comisaría.

No tuve que esperar mucho. El inspector Álvarez ya había tenido su charla matutina y todos los hombres estaban en sus puestos, cada uno con su guión determinado. Lo hallé tranquilo, ese día no habían matado a nadie. Gervasio leía en silencio, en mangas de camisa y las gafas colgando de un cordón sobre el pecho. Estudiaba un análisis estadístico, un documento sobre delitos no resueltos en ciudades de más de cien mil habitantes. ¿Sabía yo que seguíamos viviendo en una ciudad muy segura? A pesar de lo que dijeran la prensa y los políticos de la

oposición, ocupábamos el trigésimo sexto lugar en peligrosidad. El trigésimo sexto. Eso quería decir que había treinta y cinco ciudades más peligrosamente jodidas —o más jodidamente peligrosas— que Las Palmas.

Mi amigo estaba exultante. Se había desabotonado la camisa para que el orgullo hinchado no le hiciera saltar los ojales. Por fin una buena noticia. Desde luego que no pensaban bajar la guardia. Había que seguir peleando con uñas y dientes para que la cosa siguiera igual. ¿Mejor? Mejor resultaría difícil porque las ciudades que estaban por debajo en la lista no tenían ni de lejos las complejidades que tenía la nuestra. ¿Qué complejidades? El puerto, coño, el puerto. Lo más complejo de una ciudad como Las Palmas es el dichoso puerto. Por ahí entra todo lo que nos da vida pero también todo lo que nos mata.

Me invitó a un café. Se lo rechacé lo más amablemente que supe. No estaba tan recuperado como para afrontar lo que se bebía en la máquina de esa comisaría. Suerte tenía Gervasio de que no hubiera estadísticas para eso porque, de haberlas, la suya estaría en la cola de todas las comisarías de ciudades con puerto y sin él. Menuda arma letal la puñetera máquina de café.

Una visita de agradecimiento.

No se me ocurrió otra explicación, con lo embotado que andaba. Álvarez subió las cejas y cerró un ojo. ¿De agradecimiento? Si yo lo decía... Pero, por si me interesaba, habían redoblado la presencia policial en Guanarteme. Aunque, como de ingratos está el infierno lleno, las putas y los chulos no paraban de quejarse porque lo veían como una intromisión en su derecho a trabajar. Manda cojones. A cualquier cosa le llamaban trabajo. Pero a él le daba lo mismo lo que dijeran. Prefería las protestas de cuarenta burdeles a tener otra muerte sobre su conciencia y a los periodistas poniéndolo a parir por negligente. El caso es que el barrio estaba tranquilo y para eso le pagaban el sueldo.

El inspector detuvo su alegato y me miró de arriba abajo. Debió de verme hecho un asco porque le cambió hasta la voz, En serio, m'ijo; ¿a qué has venido?; ¿tanto te aburres en casa?

—No sabe usted cuánto. Por eso he vuelto al trabajo. Y quería preguntarle...

—Lo imaginaba. Si te conoceré yo... A ver, ¿de qué estamos hablando?

—No de qué. De quién. De Martín Socas.

—¿Otra vez Socas?

—Y lo que te rondaré, morena.

—¿Pero no te dije que murió hace años? ¿A quién le interesa remover esa historia?

—A su hermana. Resulta que es... amiga... de una vecina. Ya sabe que la mujer tiene una librería especializada en temas misteriosos y esotéricos por Schamann. Y acaba de morir su padre. Debe de ser que le ha entrado la morriña porque ha empezado a hacerse preguntas sobre la muerte de su hermano.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora. Supongo que será la soledad.

—Pues que le pregunte a solas a la ouija.

—Eso es para los espíritus, hombre.

—Por eso.

—El caso es que ella cree que Martín aún vive.

—Acabáramos. Pues dile que, si su hermano vive y no ha aparecido después de tanto tiempo, será que no quiere que lo encuentren.

—Ya se lo dije. Pero la librería es cabezota.

Gervasio hizo como que me creía y yo como que había logrado engañarlo, así ninguno de los dos tendría remordimientos luego.

Tampoco es que fuera un secreto de Estado. De haberme inmiscuido en una investigación en curso, Álvarez me hubiera puesto de patitas en la puerta pero para ellos el caso de Martín Socas estaba cerrado y más que cerrado. Si la hermana quería gastarse el dinero en contratar a un detective para que le dijera lo que todos sabían, allá ella y la herencia de sus hijos. La policía había hecho lo que tenía que hacer y al diablo con la bicicleta.

Álvarez consultó sus archivos en el ordenador. Tecleó varias veces, no supe si para hacerse el interesante o porque la máquina le pedía con insistencia una clave. Se puso y se quitó las gafas para observar la pantalla. Se levantó un momento. Salió del despacho. Estuvo ausente once minutos. Regresó con un papel doblado en la mano. La clave. Se sentó y volvió a la pantalla como si yo no estuviera presente. Dio un sorbo a su café, debía de ser un horror pero el cabrón ni pestañeó siquiera. Se había inmunizado al aguachirle.

Cuando habló fue para corroborar lo que ya sospechaba, lo que sabía todo el mundo, lo que decía el informe sobre el Lindo Socas. Por supuesto que no podía enseñármelo ni a metro y medio de distancia pero sí resumirlo en tres palabras: Socas estaba muerto. ¿Podía ser en seis? Claro. *Para la policía, Socas estaba muerto.* Joder con la economía del lenguaje, ni que estuviéramos en un concurso de la tele. ¿Por qué no intentaba el no va más de doce palabras o, ya decididos a tirar la casa por la ventana, con veinticuatro? Hecho: *Aunque no encontraron el cuerpo, a Socas se le dio por muerto.* Ahí tenía mis doce palabras. Y si insistía en la propina de veinticuatro también: *Llevaban quince años y quince detenciones con chaperos y traficantes de por medio sin que el nombre de Martín Socas apareciera por ninguna parte.* Toma ya. Gervasio sonrió, orgulloso, como si hubiera ganado el Nobel de las letras. Pero enseguida regresó a su papel adusto de inspector de policía.

Me recomendó, fuera de coñas ya, que convenciera a la hermana de que se olvidara del caso. Que se olvidara. Eso solo le iba a provocar dolor. Me recordó igualmente que tenía un agujero en el hombro que había que tomarse en serio. Necesitaba un tiempo de reposo, una baja por enfermedad, la invalidez o lo que quiera que cubriese el seguro de los detectives privados. Me advirtió que si seguía mareando la perdiz podían volver a dispararme o, peor, dispararle a otro y echarme el

muerto a mí. Y entonces ni el juez Chacopino ni él podrían hacer nada por evitarme la cárcel.

A punto estuve de caerme de la silla, Espere, espere, espere... ¿cómo dice que se llama el juez que me levantó el arresto?

—Chacopino. ¿Por qué?

—¿Y no le suena? ¿Tanto rollo para arriba y para abajo con el dichoso ordenador dándose pisto y no reconoce ese nombre?

Álvarez volvió a revisar el archivo. Sus ojos se balanceaban entre la pantalla y mi cara de sorpresa. Al hombre se le había pasado por alto todo lo que no fuera Martín Socas. Ya lo había visto muchas veces a lo largo de mi carrera: cuando empiezas a analizar un caso creyendo saber la respuesta de antemano, pones el caballo de tus conclusiones antes que el carro de la investigación.

Así, cuando cotejó el nombre, cuando advirtió la curiosa coincidencia de que un tipo al que yo le había jodido la vida hacía unos años de repente se esmeraba en liberarme de toda sospecha en la muerte de la prostituta, dejó de lado el ordenador, las gafas y hasta el escritorio para pensar mejor. Se levantó a la ventana. En silencio, con las manos en los bolsillos, se perdió al otro lado de la calle, del barrio, de la trigésimo sexta ciudad menos peligrosa.

Lo del paseo de Madrid había ocurrido hacía mucho. De modo que cuando el juez Chacopino lo citó para comentar mi caso, así, como quien habla del tiempo, no imaginó que hubiera trampa. Se trataba de un procedimiento, si no habitual, sí al menos ordinario. Su señoría llevaba la causa del crimen de Guanarteme y se reunió con Álvarez para interesarse por el sospechoso. Gervasio le explicó que yo estaba bajo arresto domiciliario por la herida del hombro pero que el juez no se preocupara porque tenía a alguien de vigilancia en la puerta las veinticuatro horas. La conversación se había producido, frase arriba frase abajo, en esos términos.

Y había concluido con la orden del juez de que abandonaran la guardia porque primero: las pruebas contra mí eran circunstanciales; segundo: estaba herido y no me iba a ir a ninguna parte; y tercero: al Estado le costaba un dineral mantener aquella escolta. Con quitarme el pasaporte iban que chutaban. Todo parecía tan lógico entonces.

Pero ahora, a cojón visto, macho seguro, detrás de la llamada se intuía un interés cuando menos extraño. Álvarez se volvió. ¿Qué coño quiere de ti este hombre?

—¿No está claro? Me quiere a mí. Quiere tenerme en la calle sin protección.

—Pero ¿por qué?

—La pregunta es para qué. Para que su antiguo amante, Martín Socas, acabe el trabajo que empezó en mi zaguán.

—Oh, carajo. Te he dicho que Martín Socas está...

—Muerto. Claro. Eso dice su informe. Eso quiere alguien que creamos. Pero la sola idea de que un tipo que debe de odiarme con toda su alma insista en ponerme en libertad solo corrobora mi preocupación. Martín está vivo y coleando. Y va armado.

Mire esta foto que tenía Delia Socas en la librería. Es él. Ahora está más viejo y ya no es tan lindo. Pero este es el tipo que me disparó en el zaguán.

Gervasio volvió a sentarse. Se acabó el brebaje y esta vez sí que arrugó la cara. Jodido purgante. ¿El café? No. Mi historia. El inspector apretó los dientes. Estaba hasta los cojones de que todo el mundo lo tomara por el pito del sereno. ¿Todo el mundo? Sí. Todo el mundo. El juez con su orden indebida. Martín con su fingida muerte. Y yo con el cuento chino de la hermana preocupada. A Chacopino y a Socas ya les tocaría el turno pero yo estaba allí, delante de su escritorio. Y quería que alguien al menos le dijese una verdad en aquel galimatías.

## Catorce

Muchas cosas ocurrieron esa mañana.

Salió el sol. Yo me sinceré con Álvarez. Una pareja dislocada ayudó a resolver un crimen. Y, a pesar de la ciudad tan segura en que vivíamos, desapareció una muchacha. Todo en un lapso de dos horas. Todo antes del almuerzo.

El inspector merecía saber que yo no había fingido. El agujero de la clavícula era real. Los dolores, el mareo, el cansancio eran reales. También que yo jamás había visto a la prostituta y, por tanto, no habría podido degollarla. En la sospecha de que detrás de la muerte de Katia estaba el mismo hombre que me había disparado tampoco había fingimiento. Solo que, hasta no estar seguro de mi conjetura, no me había atrevido a contárselo.

Todo había nacido de una esquila en el periódico que, ahora quedaba demostrado, iba dirigida a mí. Le conté mis primeras dudas: un funeral con dos semanas de retraso, un recordatorio en la prensa que no tenía sentido, una misa para cuatro gatos y un gato viejo que no era tan viejo, dado el desenfreno con el que se tiró a coger el taxi. Me habían tendido una trampa. Por eso fue que había aprovechado mi primera mañana en libertad para echarle un vistazo a la librería de la esquina de Sor Simona con Jacinta. Allí encontré la foto del Lindo Socas y lo reconocí. Y até cabos. Y a esos cabos se vino a unir una muchacha que me contó la historia de un cliente de su prostíbulo que hablaba poco, jodía mucho y coincidía con la descripción de Martín.

La única tramoya había sido lo de que Delia me había contratado para averiguar si su hermano seguía vivo. Ella sabía que lo estaba, no necesitaba gastarse un euro en detectives. Y teniendo en cuenta el segundo funeral de Guillermo Socas la mujer estaba advertida, si no era cómplice, de las intenciones de Martín.

Hasta allí mi confesión casi completa. Casi. No podía desvelarle toda la historia porque a la confidencia le ocurre lo que a la libertad, que acaba donde empieza la del otro. Uno puede sincerarse hasta la desnudez, si le place. Puede humillarse, enorgullecerse, envalentonarse, mostrar sus miedos, desvelar sus sueños, todo siempre y cuando ese ejercicio de franqueza no salpique a nadie más. Así que no estaba en mi mano contarle la visita al burdel de Guanarteme porque hubiera traicionado a Inés. Ni revelar le la verdadera razón de la presencia de Perla en mi oficina sin ponerla a ella en un aprieto.

Las cartas, pues, estaban sobre la mesa.

Ya tenía su verdad. El resto era pura especulación. Puede que entre Martín y su padre hubiese algún acuerdo tácito por el que el hijo se mantuviera alejado del mundanal ruido. Y puede que con la muerte del viejo ese acuerdo se fuera al garete y el chaperero viese los cielos abiertos y el camino expedito para acometer su venganza. Y puede que, como no lo consiguió al primer intento, persiguiese que me atribuyeran el asesinato de Katia. En el ataque debí de perder la cartera con la documentación. Puede que Martín la hallara llena de sangre con la que contaminar el pañuelo que

dejó en la mano de su víctima.

Mientras, el juez Chacopino —puestos a especular, seguiría manteniendo al Lindo Socas— debió de hacer lo imposible para que le asignaran mi caso. Creería, como así sucedió, que después de tantos años ya nadie lo asociaría conmigo y con lo del paseo de Madrid.

Una vez que fracasó el ataque en el zaguán, me querrían en la cárcel. Luego, ya se les ocurriría algo para rematar la faena: algún soborno del juez con reducción de condena de por medio a un preso o algún viejo compinche de Martín aún entre rejas. Más tarde una mala caída en las duchas, un tropiezo por las escaleras, una sobredosis de cualquier mierda o un suicidio por depresión. Y adiós, mi amigo.

Pero entonces llegó Gervasio Álvarez y me salvó de todo eso cuando se fio de mi palabra y decidió dejarlo todo en un arresto domiciliario. Claro que el juez es quien tiene la potestad para una decisión como esa. Pero Chacopino no quiso levantar la liebre y que pudieran acusarlo de parcialidad. Así que, en lugar de insistir en el encarcelamiento, tiró por la calle de en medio y ordenó liberarme que era como abrirme la puerta que daba al patio de los leones. Lo único que desafinaba en la historia eran las cuarenta y ocho horas que me había dado de margen. Tal vez era el tiempo que necesitaban para armar el siguiente ataque.

Fin de la historia.

El inspector aceptó caimán como animal de granja. Me la cambió sin verla, aunque necesitaba también su tiempo para procesar tanta especulación junta. Porque una venganza fría, una cubana salvadora, una echadora de cartas y un juez indigno podían coexistir en el tiempo. Pero un chaperero que vuelve de su tumba no es algo que se digiera con facilidad. Eso. Necesitaba su tiempo y alguna prueba más que echarse a la boca. Lejos estábamos los dos en la barra del bar Deenfrente, un garito a veinte metros de la comisaría donde solíamos comer, de sospechar que esa misma mañana estaban forjándose esas pruebas.

Mientras en Las Palmas aún no había llegado la primavera, Artenara y Acusa Seca gozaban de un sol de verano. La mayor parte de las fotografías que había sacado Inés eran azules con tintes ocres y dorados por la roca del otro lado del barranco. Algo de rojo anaranjado apuntaba sobre la cima de las montañas. Lo que no había era verde. Tenía razón mi secretaria: el clima de Artenara lo había soñado el mismísimo demonio.

También tuvieron tiempo de retratar el camino serpenteante, flanqueado de casas cuevas por el que transitaban. Simulando tomar imágenes de su amigo con el Roque Nublo al fondo, igual que la del Lindo Socas, Inés se pasó media hora fotografiando lo que tenía a su espalda gracias a la aplicación de la cámara inversa de su móvil, milagros de la técnica.

Le habían preguntado a una señora que tendía la ropa en su azotea si alguna de las cuevas se alquilaba porque su amigo era artista y se había enamorado de la luz de aquel paraje. La señora se presentó como enfermera jubilada y los comprendía

perfectamente porque a ella le había sucedido lo mismo treinta años atrás sin entender de arte. Acusa Seca era el paraíso para cualquiera que tuviera ojos. Y eso que no lo habían visto de noche. Pero lamentaba decirles que no conocía de nadie que alquilara su cueva. Allí la gente había ido construyendo poco a poco, al golpito, hasta ir levantando la casa que siempre había querido.

No estaban todas habitadas en ese momento porque alguna se había quedado a medias esperando que sus dueños remontaran la dichosa crisis. Otras se ocupaban solo los fines de semana y los veranos, vecinos de Las Palmas que, llegado el viernes, buscaban alivio a sus preocupaciones y sus prisas. Sin ir más lejos, la primera después de la curva pertenecía a un profesor de música, un buen hombre algo estrafalario, un tal Vizcaíno, que venía con su mujer siempre que podía. También había un médico del Perpetuo Socorro, un pastor de cabras al que solo visitaba un amigo de cuando en cuando y hasta un senador en Madrid retirado, todos ellos vecinos viejos. Pero que la enfermera supiera ninguno tenía intención de alquilar su casa.

Inés me aseguró que al día siguiente a primera hora tendría todas las fotos en mi correo para que pudiera estudiarlas con detenimiento. La mala noticia era que se les había ido la mano con el reportaje gráfico porque cuando llegaron al pueblo, el ayuntamiento ya estaba cerrado. En la plaza no había un alma así que se metieron en un bar a tomar una cerveza y, a mitad del trago, dejaron caer el nombre de Guillermo Socas por si sonaba la flauta. A todos les quiso sonar —el nombre, no la flauta— pero ninguno supo decir de qué ni por supuesto dónde vivía. Resultó que el bar era heredado desde hacía cuatro generaciones. El dueño actual llevaba más de veinticinco años detrás de la barra. Y cuando escuchó la pregunta de Inés, puso cara de hacer memoria. Y no. Por allí habían pasado los Díaz, los Luján, los Bertrana, los Artilos y hasta los Alberts, una familia de alemanes que se decía habían emigrado huyendo de la represión nazi. Sin embargo, no tenía referencias de ningún Socas. Lo sentía pero no. Felicité a mi secretaria por su magnífico trabajo de investigación.

Después del almuerzo volví a casa. Ya había tenido suficiente trajín para un solo día. Andaba deprimido por culpa de ese cielo encapotado que amenazaba con no irse jamás. Antes, pasé a ver cómo le iba a Elizabeth pero nadie respondió. Tal vez estuviera en sus clases de yoga kundalini.

*Un déjà vu.*

Un impertinente regreso a la misma tarde, al mismo aburrimiento y a los mismos sueños. Evité los espejos y las noticias de la tele igual que un supersticioso los gatos negros. No quería que nada me amargase aún más la vida. El mío era un cansancio de ánimo, así que sintonicé una emisora de música y me senté en el salón a pensar qué piedra sanaba eso.

Con Thelonious Monk y el principio de *Off Minor* me sobrevino un presentimiento, una angustia que nacía en la sensación de la mañana. Un olor a talco —¿cómo no haberme dado cuenta antes?— que me persigue por las calles. Una



muchacha que cree en la reencarnación y se siente obligada a velar por el hombre al que salvó la vida. Una vecina que no está en su casa cuando debía estar.

Bajé los trece escalones y volví a tocar. Nadie. Regresé al salón donde Monk había dejado paso a Dizzy Gillespie. La música había cambiado pero la premonición seguía allí. Me sentí perdido. No tenía un teléfono al que llamarla. No conocía a nadie que la conociera. Y los treces escalones me llevaban una y otra vez a una puerta cerrada y al silencio.

Me pudo el cansancio.

Desperté de madrugada con la boca reseca y una sed de náufrago. El salón estaba en penumbras, tan solo una tenue luz de una farola se colaba por una esquina. Me palpé el hombro y el dolor seguía allí. Pero había otro dolor más rabioso. Me levanté a beber agua. No era hora de despertar a nadie pero preferí pecar de inoportuno a quedarme en la duda. Bajé de nuevo la escalera para recibir el mismo vacío. Elizabeth Monzón había desaparecido.

Resultaba ridículo alertar al inspector Álvarez por una mujer adulta que se había ausentado veinticuatro horas de casa. Me soltaría que quién era yo para preocuparme tanto por la vecina de abajo, a la que apenas conocía. Una vecina que podía haberse ido de vacaciones a Cuba con su familia. O a dormir en casa de su novio. O de fin de semana al sur con una amiga. ¿Qué iba a contarle yo? ¿Que tenía una corazonada? Las corazonadas funcionaban a partir del tercer día de desaparición y no antes. Volví a la cama. Quizá con la luz del día todo quedase en un susto y Elizabeth volviera con cara de haber pasado una espléndida noche con un chico decente que la quería para algo más que jinetear y qué rico, papi.

Pero no sucedió.

A media mañana seguía sin aparecer y yo me quedaba sin uñas de puro desespero. Opté por salir a la calle a buscarla y en el zaguán volví a encontrarme con el doctor García Henderson que esa vez no me recriminó nada pero seguía teniendo en sus ojos el reproche intocado. Eran las diez de la mañana, su buzón seguía roto y la casa sin barrer. Cuando el vecino del ático B entró en el ascensor aproveché para comprobar mi correspondencia. Llevaba dos semanas sin mirar y ya no cabía ni un panfleto más.

Tuve que sacar con los dedos unos cuantos papeles para poder abrir el buzón. La mayoría era propaganda de supermercados y restaurantes de comida para llevar. También había dos recibos del banco y una convocatoria a la próxima junta de propietarios en la que no faltaba, antes de ruegos y preguntas, el punto del informe de la presidenta sobre los últimos acontecimientos acaecidos en el portal y acuerdos que procedan. Ahí entendí el silencio del vecino del ático.

El sobre blanco estaba pegado a uno de los recibos bancarios. Sin sello ni marcas más allá de mi nombre escrito en el anverso. Ni siquiera venía la dirección. Lo habrían dejado en mano a lo largo de la noche anterior o de esa mañana.

La foto no dejaba dudas. La frase que la acompañaba tampoco. Elizabeth aparecía sentada en una silla, atada de pies y manos, con una cinta gruesa de embalar

tapándole la boca. Llevaba un traje de flores desgarrado por delante y le habían arrancado el sujetador. El cabello revuelto. Los ojos entreabiertos, como si la hubieran drogado. El rímel corrido, acaso por el llanto. Los labios mal pintados. No podía distinguirse si la habían golpeado pero daba lo mismo. La humillación y el pánico dolían infinitamente más. La fotografía venía acompañada de una hoja de papel en el que se leía una frase, *Solo tú puedes salvarla*. Cuatro palabras como cuatro tiros, esta vez certeros.

Solo yo podía salvarla equivalía a que si le ocurría algo a Elizabeth Monzón sería solo mi culpa. Y esta vez no me valdría el discurso de Álvarez sobre que el odio corre de dentro a fuera. Porque ahora el odio rebotaba en mí y salía despedido con la misma fuerza hacia el hijo de puta de Martín Socas, chaperero de mierda, cabrón asesino.

Subí a casa corriendo. Por las escaleras. No podía esperar a que el ascensor bajara del ático. Encendí el ordenador antes de sentarme. Me cagué en Internet por ser tan lento. Busqué el correo. Revisé las imágenes que Inés me había enviado a las ocho y veintidós. Una a una las fui ampliando. Jugué con el *zoom* para estudiarlas de arriba abajo, de izquierda a derecha.

No sabía qué buscaba. Las cuevas parecían todas iguales. Algunas tenían puerta de madera y otras verjas de hierro. Una tenía dos pisos. Otra, imaginé que la de la enfermera jubilada, acababa en una azotea. La enfermera. ¿Qué había dicho sobre las cuevas? No todas estaban habitadas. Se ocupaban solo los fines de semana y los veranos. Un profesor de música con su mujer. Un médico del Perpetuo Socorro. Un pastor de cabras al que solo visitaba un amigo de cuando en cuando. Un senador retirado. Volví a mirar la foto de Elizabeth. La habían tomado en un cuarto de aperos. Detrás de la silla a la que estaba atada, podía entreverse una pala, un rastrillo, una paca de heno, un cayado. El pastor de cabras.

Y su amigo Chacopino.

Elegí la peor de las opciones. Pero, como diría el otro, entonces me pareció una buena idea. Pude haber llamado a Inés para pedir su colaboración. Y pude haber acudido a Álvarez con la carta y el mensaje. Y pude haber ido a ver a Delia Socas para que intermediara a favor de mi vecina, aquella muchacha tan simpática con la que había estado hablando de ensalmos hacía unos días. Y pude haber agarrado el coche y conducido hasta Artenara sin pararme ni a pensarlo. Pero estaba confundido, convaleciente de un tiro y una puta muerte y, sobre todo, cabreado.

La peor de las opciones. Ante la imposibilidad de decidirme —*mens insana in corpore* caótico— opté por una mezcla de todas ellas. El Solo tú puedes salvarla resonaba en mi ánimo. Era obviamente una amenaza. Significaba que debía esperar al siguiente comunicado. Que no debía alertar a la policía. Que tendría que estar dispuesto a canjear mi vida por la de mi vecina. Que debería inmolarme para que Elizabeth pudiera contarle.

Pero no podía esperar a que el misil se armara y nos mandara a todos al carajo.

Pensé que si a Sean Connery le había funcionado tal vez me funcionase a mí. Le saqué una foto con el móvil a la imagen de Elizabeth atada y amordazada y otra al mensaje de Socas. Se las envié por *guasap* a Inés con la consigna de que se las llevara a Álvarez y le contara lo de Acusa Seca. La clave era el pastor de cabras.

Recé para que mi coche no me dejara en la estacada. Mildred, que así se llama el coche en homenaje a Mildred O'Neil, una linda irlandesa que me salvó la vida en un viaje loco a Bristol, arrancó a la tercera pero arrancó. Y tenía suficiente gasolina para llegar a Artenara y volver. Pero primero tenía que hacer escala en Schamann. Llegué jurando en arameo: se juntaron el hambre de mi hombro quebrantado con las ganas de comer Elizabeth asustada en el infierno de Acusa Seca y la guinda de un tráfico infernal.

Fue tanta la rabia acumulada que no pude evitar cometer el mayor disparate de mi disparatada vida. Porque la idea original era convencer a Delia Socas de que me acompañara. Rogarle por sus muertos recientes que me ayudara a convencer a su hermano de que dejase libre a Elizabeth y me tomara a mí. Explicarle que todo aquello era una sinrazón. Hablarle de la bondad y la luz de mi vecina que no se merecía lo que estaba padeciendo. Decirle que no había motivo para que ninguna serpiente intentara comérsela.

Y hallé a una mujer oscura, sin alma. A una mujer cerrada en banda, tan solo preocupada por su librería. A una mujer dominada por el rencor porque su madre y su padre tampoco merecieron lo que habían padecido. Intenté razonar con ella: lo que le había sucedido a su familia había sido injusto pero una injusticia no era una mora, su mancha no se quitaba con otra verde. Ni hablar. Aquello era dolor sobre dolor y eso solo podía conducir a la tragedia.

No supe bien si fue la indiferencia o el cinismo en la última respuesta de la librera —ese no es mi problema, amigo— lo que lo precipitó todo. Se abrió un abismo bajo mis pies. A los dos minutos yo llevaba a la mujer agarrada por los pelos y con un cuarzo rosa enorme en forma de pirámide puntiaguda apuntando a su cuello fofo y blanco. La metí en el coche y le juré por Dios que le clavaría la puñetera piedra en un ojo si hacía el amago de bajarse o gritar o causarme problemas. ¿Que el cuarzo rosa alimentaba la armonía? Pues la iba a desarmonizar de una pedrada si intentaba joderme.

Habría sido incapaz de cumplir mi promesa pero a Delia Socas ya se le había borrado la sonrisa y se había puesto el cinturón y había comenzado a sollozar en silencio antes de arrancar el coche. Mejor. Silencio era lo que necesitaba en aquel momento. Silencio para entender cómo carajo había acabado yo secuestrando a una mujer para intercambiarla por otra como si fueran espías y estuviéramos en plena guerra. Silencio.

Duró veinte kilómetros hasta casi llegar a Teror, cuando las curvas empezaron a hacer mella en mi clavícula y en su estómago. Fue ella quien lo rompió para quejarse de fatiga, preguntar si podía bajar la ventanilla y pedirme que aminorara la marcha.

Se lo concedí, De acuerdo; baje la ventanilla; lamento su fatiga, intentaré conducir con más cuidado; pero entienda que temo por mi amiga.

—Martín no va a hacerle daño. No es un salvaje.

—Ya, claro. Eso dígaselo a la prostituta que degolló en Guanarteme.

—¿A quién?

No lo sabía. Por su asombro supe que no lo sabía. Y tampoco lo creía, yo tenía que estar realmente desesperado para inventarme una patraña como esa. Solo a un loco como yo podía ocurrírsele semejante maquinación para perjudicar a su hermano. Ella había leído sobre la mujer asesinada en Guanarteme pero los periódicos no daban nombres y la policía se limitaba a decir que seguían diferentes líneas de investigación. Lo de siempre. Algunos periodistas hablaban de un chulo desquiciado, otros de trata de blancas y la mafia. ¿A cuento de qué iba su hermano a cometer un crimen tan horrendo?

Cojonudo. Pegarme un tiro a mí era plausible y hasta gracia tenía pero degollar a una muchacha era otra cosa. Joder. Así que Martín Socas entraba en mi zaguán y me descerrajaba tres tiros por una cuenta pendiente de hacía dieciocho años y a Delia eso le parecía normal. Justicia poética. Sin embargo ni se le pasaba por la cabeza que su hermano del alma degollara a una mujer y dejara mi carné de identidad y mi sangre en el cadáver. Cojonudo.

Pues ya era hora de que supiera la librera quién era el Lindo Socas. Porque, por lo que me contó entre curva y curva, solo conocía al sufridor Martín. Al pobre muchacho incomprendido, con un padre severo y mala suerte, que tuvo que buscarse la vida desde muy joven. Atrapado en una sexualidad atormentada, confusa que en aquellos años aún se veía como una maldición de Dios. Yo no podía ni imaginar lo que sufrió ese chico. Sí. Tal vez se descarrió un poco, culpa de la adolescencia y la mala cabeza. Y se quiso rebelar contra su viejo, que lo creía un blandengue, que le recriminaba no solo la poca aptitud para los estudios sino sus gestos amanerados y hasta el cutis tan fino que parecía de niña. Pero qué era esa gota en el océano de sus padecimientos.

Delia sospechaba, no quería pasar por mentirosa, lo que se cocía bajo los álamos del paseo de Madrid pero le asustaba preguntar a su hermano. Temía su reacción. ¿Porque era violento? No. Violento no llegó a ser nunca. Quizá poseía un carácter mal amañado que reventaba con facilidad pero como tantos otros. Ah, caramba. Como tantos otros.

Sin dejar de mirar la carretera, que empezaba a serpentear y a llenarse de sombras de los árboles, le rebatí lo del mal carácter. Tenía un boquete en el hombro que podía dar fe de que mal carácter ni se acercaba a definir la naturaleza de su hermano. Martín había perdido el tino y eso no se explicaba con un carácter enrevesado.

Y no se explicaba porque no hablábamos de un acto reflejo, de una respuesta inmediata e irreflexiva al dolor o la humillación. El dolor y la humillación se habían producido hacía dieciocho años. Y ni siquiera se los había causado yo. Mi labor

entonces había consistido en redactar un informe tras una investigación. Y ese informe implicaba al juez Chacopino en una trama empresarial. A él y a nadie más. Martín era un meritorio allí. Y quien había usado esa información para joder al juez y, de segundas, a su amante había sido un tal Pérez de Sepúlveda, armador vasco para más señas. ¿Por qué entonces no se lo habían cargado a él?

El rostro de Delia demudó de pronto en una máscara. Se le fue el color y nada tenía que ver la fatiga por el mareo. Volví a hacer la pregunta. ¿Por qué no se lo habían cargado a él? Ella evitó mirarme y comenzó a temblar. Y yo caí en la cuenta de lo imbécil que había sido. No pude creerlo. Menudo totorota.

Detuve el coche en un apeadero al salir de Valleseco. Bajé. Mi cabreo lo pagó una lata de cerveza que fue a dar contra un mojón de piedra. ¿Cómo se me había podido escapar algo tan obvio? Llamé a Inés. No respondió. Llamé al móvil de Álvarez. Nada. Busqué el número de su despacho. Sonó dos veces y surgió la voz cortante de mi amigo. Tenía al otro lado de su mesa a mi secretaria, quien le estaba contando una historia peregrina sobre venganzas y conspiraciones. ¿Qué coño pretendía yo? ¿Tirarme al monte a comenzar otra guerra civil?

Ni de coña pensaba el inspector mandar a nadie a Acusa Seca hasta no estar seguro de que la fotografía y el mensaje que Inés le había mostrado eran auténticos y no una maldita inocentada. Me pareció justo. Pero, como yo no creía que fuera broma, le confesé que ya iba por Valleseco —omití el secuestro de la librera para no echar más leña al fuego de su desconfianza—, camino de la cueva de Martín Socas. Exacto. Otra vez Martín Socas. Le pedí un favor. El último y definitivo para que creyera en mi historia. ¿Podría Álvarez comprobar qué había sido de un armador vasco apellidado Pérez de Sepúlveda? Sepúlveda, sí. Solo le costaría un minuto en su ordenador. Gervasio resopló. Lo oí dar un golpe en la mesa, susurrarle algo a Inés sobre mi estado mental y, finalmente, teclear.

Le costó dos minutos y veinte segundos satisfacer mi duda. El armador había aparecido muerto en la cocina de su casa. Le habían abierto la cabeza con un cenicero de porcelana mientras cocinaba un pisto. El asesino o los asesinos seguían libres y las pistas conducían a una revancha porque no se habían llevado nada de valor. Al parecer solo echaron en falta una cuchara de madera. Qué casualidad. Asesinado. Tres días antes de que me dispararan a mí. Sí que se había dado prisa el cabrón. ¿Necesitaba mi amigo más pruebas?

El inspector reconoció que tal vez —recalcó: solo tal vez— mis sospechas tuvieran fundamento. Insistió en recordarme mi lastimoso estado. Me pidió que aguardara a que llegasen los refuerzos. Iba a ponerse en contacto con la Guardia Civil porque Artenara se escapaba a su jurisdicción. Le respondí que le había mentado, que el de la búsqueda de Pérez de Sepúlveda no había sido el último favor, que necesitaba otro. ¿Cuál?

Tiempo. Una hora. Solo una hora antes de que cursara ninguna orden. Si la Guardia Civil aparecía por las cuevas de Acusa Seca antes que yo, Socas podría

ponerse nervioso y pagarlo con Elizabeth. ¿Creía yo que podía resolverlo sin ayuda? Creía al menos tener una oportunidad antes de que se formara la batahola en los riscos de Artenara.

Una hora me daba. Contada de reloj. Después cursaría esa orden e informaría a los colegas de la benemérita del posible paradero de Martín Socas. Me recomendaba no estar cerca de la cueva del cabrero cuando llegaran los verdes. Esos no se andaban con remilgos. Primero levantarían una polvareda de mil pares de cojones y luego, cuando el humo se disipara, contarían los cadáveres para saber quién había ganado. Así funcionaban desde los tiempos del duque de Ahumada. Eso. Simples pero efectivos.

De regreso al coche venía pensando, a cuento de las mañan de la Guardia Civil, en un romance de Lorca: *Aquí pasó lo de siempre... Han muerto cuatro romanos y cinco cartagineses...*

Delia Socas había parado de temblar. Llevaba las manos cruzadas sobre el estómago y miraba al vacío del pinar de Valleseco, como si buscara respuestas entre la espesura. No se había atrevido a moverse de su asiento pero ahora necesitaba salir un momento. Era urgente. Le di ese momento. La mujer abrió la puerta y salió con esfuerzo, su corpulencia no estaba hecha para coches como Mildred. Caminó pesadamente hasta el mojón de piedra donde había caído la lata de cerveza y vomitó hasta la cena de Navidad. Al volver la esperaba un pañuelo para que se limpiara las babas. Y otra vez el silencio. Ya no volvimos a hablar hasta llegar a Artenara. Ni ella sabía qué decir ni yo tenía ganas de escuchar monsergas.

Cabreado era poco.

La indignación me recorría todo el cuerpo. Sentía latir el hombro de puro hartazgo. Me mataba la hipocresía. El sarcasmo con el que la librera había aceptado el crimen del armador y mi medio asesinato no casaba con la compunción con la que se había tomado la muerte de la prostituta. ¿Qué ocurría? ¿Que estaban justificadas las otras dos acciones? ¿Que éramos hombres y nos lo habíamos ganado? ¿Que lo merecíamos más que Katia?

Si no la hubiera necesitado para negociar con su hermano, la habría botado a la cuneta. Y esta vez sin remordimiento que valiera. Pero iba a adentrarme en terreno desconocido y quería tener alguna concesión. Tal vez si Martín Socas se concentraba en su hermana dejaría de hacerlo en Elizabeth y eso nos daría una posibilidad de escapar vivos del infierno de Acusa Seca. En eso pensaba mientras la sombra del poema de Lorca se iba agrandando por la carretera: *Ángeles negros volaban por el aire de poniente... Ángeles de largas trenzas y corazones de aceite...*

## Quince

Nos recibió una lluvia melancólica, un sirimiri fino y traicionero que parecía de risa pero calaba hondo. Llegados a la cumbre, le pregunté a Delia cómo se iba a la cueva de su hermano. La mujer dudó. Me miró retadora. Era mi rehén pero no tenía obligación de guiarme. En efecto. Por primera vez en ese día estuve de acuerdo con ella. No estaba obligada a facilitarme la tarea. Podía incluso liarme, llevarme por caminos de cabras, conseguir que me perdiera. ¿Quién se lo iba a reprochar? Nadie.

Nadie.

Pero si hacía algo así podían ocurrir dos cosas igual de catastróficas: una, llegábamos tarde y Martín se cargaba a mi vecina con lo que Delia se convertía en cómplice de asesinato y a tomar por culo su librería, su familia y su vida entera; dos, llegábamos tarde y se nos adelantaba la Guardia Civil con lo que el que se iría a tomar por culo sería Martín y la mitad de los riscos de Artenara porque esos tipos eran capaces de dinamitar la montaña con tal de hacerlo salir de su cueva. A ella, mi rehén y no mi guía, le tocaba decidir.

Lo pensó un instante. Respiró hondo, acaso calculando las pérdidas. Finalmente optó por orientarme hasta casa de su hermano, que en realidad era la casa de los Socas que había servido a su hermano de escondrijo los últimos dieciocho años. Un buen disfraz el suyo. Un trabajo solitario y silencioso, cuatro o cinco animales que cuidar, un pequeño huerto y un amigo fiel que llegaba de cuando en cuando con víveres y noticias de la gran ciudad.

Delia me fue indicando con desgana el camino: qué carretera debía tomar después de la rotonda al final del pueblo y qué desviación en la octava curva y qué senda infame y polvorienta luego de una señal de prohibido adelantar. Reconozco que llegué a creer que me la estaba jugando de verdad. Estuve a pique de detener el coche y enseñarle otra vez la pirámide de cuarzo rosa. Pero pensé que la cosa tenía sentido. Si yo quisiera ocultarme en Gran Canaria durante dieciocho años elegiría un lugar al que nadie pudiera llegar ni perdiendo la brújula. Y eso era exactamente Acusa Seca.

En aquel momento me pareció coherente preguntar si había otra Acusa, una mojada o húmeda por ejemplo. Delia aún tenía retortijones pero se avino a ilustrarme en geografía. Acusa Verde. A la otra ladera de la montaña la llamaban Acusa Verde porque allí había más sombra y la lluvia calaba más y se daba mejor la hierba. Esa hermana se había llevado la parte del león en la herencia pero Delia Socas prefería la suya. En Acusa Seca había sido feliz de niña antes de todos los dramas de su vida. Sí. Cuando uno no conoce el paraíso, el infierno no parece mal sitio. Te acostumbras incluso a la carretera tortuosa, al calor y al frío, a ese tiempo soñado por el diablo. Porque ella asociaba el olor de la tierra reseca a la niñez, a la felicidad. Ya dicen que quien recuerda de una u otra manera se equivoca.

Mi padre solía plantearme de chiquillo acertijos simplones en los que irremediabilmente yo caía. Uno de sus preferidos era *¿En qué vuelta se echa el*

perro? El viejo los repetía con tanta obstinación que se iban quedando manidos y al final, antes de acabar de proponerlos, yo ya estaba respondiendo al enigma, En la última, papá; siempre en la última. Y él se reía y se reía hasta que todo se acababa confundiendo con su tos y la asfixia. Y a mí me daba pánico que algún día se me muriera de risa.

Cuando llevábamos más de quince minutos por un sendero de arena y piedra que no parecía llevar a ninguna parte me acordé de mi padre y sus charadas. ¿Habría una última vuelta antes de llegar a nuestro destino o nuestro destino sería dar vueltas *in aeternum*? La hubo. De repente, en un giro, divisamos abajo, al fondo del valle, un grupo de casas cuevas y un pequeño solar que servía de aparcamiento. No tuve que preguntar a Delia. Su mirada de preocupación delataba que ya habíamos llegado.

Acusa Seca nos recibió con lágrimas.

El sirimiri comenzaba a empapar la tierra y en algunos tramos del camino se estaba formando algo de barro. Aparqué en el solar junto a un Land Rover del año del cólera y un destartado Citroën blanco. Delia abrió su portezuela y mostró un escalofrío. Se quejó de llevar sandalias. Iba a enfangarse los pies y a coger una gripe por mi culpa. La miré. Preferí no responder pero en mi pensamiento flotaba la idea de que ojalá saliéramos de aquello tan solo con los pies enfangados y una gripe. Lo firmaba al instante con los ojos cerrados.

Salí del coche con la pirámide de cuarzo rosa en una mano, nunca se sabe cuándo vas a necesitar un poco de armonía. Le pedí a la mujer que abriera la marcha. La quería un metro por delante de mí y un paso a la derecha por si se escapaba un tiro de la casa del cabrero. Sonaba a un exceso de precaución pero era pura ecuanimidad: yo ya tenía agujeros suficientes para tres vidas y a Delia no le había tocado aún ninguno. Así que, por si acaso, delante de mí. Y nada de carreras ni aspavientos que llamasen la atención. Ella acató la orden y echó a andar. Salimos del aparcamiento y enfilamos la carretera hacia las cuevas.

Lo que más impresionaba era el silencio. Otra vez. Un silencio sereno quebrado únicamente por el rumor del viento y algún trino perdido. Por mucho que intentaras escuchar no se oía nada que no fuera la naturaleza. Reconocí el paisaje por las fotos que había tomado Inés. Sin embargo, en vivo me pareció menos seco y desértico. Menos infierno. Había pequeñas zonas de cultivo alrededor de las viviendas, a ambos lados de la carretera. Reconocí limoneros y manzanos. Un aguacatero. Un tilo. Alguien había plantado perejil y hierba huerto. Y hasta un pequeño campo de fresas pugnaba por cuajar en aquel clima perrero. Algunas de las cuevas estaban encaladas, otras se sostenían bajo la piedra viva de la montaña. Predominaba el blanco. Y algo de verde en los frisos de las ventanas y las puertas.

Se había levantado una neblina azul. El sol de la tarde se intuía al fondo del valle como un monóculo borroso. La librera caminaba despacio, mirando al suelo, cuidando dónde pisaba para no caer en un charco. Sus pasos arrastrados eran lo único que se oía. Hasta que ladró el perro.



El perro debía de pertenecer a la enfermera jubilada. Sus ladridos provenían de un porche rudimentario: sobre la cueva excavada, un batidor de madera oscura, un barandal de hierro forjado, una mecedora, una mesita. No levantaba un palmo pero chillaba como un poseso. Ahora ya toda la cumbre sabía de nuestra presencia.

Una mujer salió a la puerta con un paño de cocina en la mano. Mandó callar al perro, que no estaba entrenado para obedecer y siguió aullando. La enfermera nos saludó con la cabeza y pidió disculpas, Este jeringado chucho me hace menos caso que al reloj de arena; es nuevo, ¿saben?; el anterior desapareció una noche y no volvimos a saber de él. Delia, alerta e intranquila, no respondió al saludo. Yo levanté la mano libre, No se preocupe, doña; estamos dando un paseo y no es el primer animal que se nos enfrenta.

Debimos de parecer la pareja más desigual desde don Quijote y Sancho: Delia delante pisando como las grullas para no encharcarse y yo detrás con un andar torpe de inválido. Yo viendo enemigos armados por todas partes donde ella pugnaba por ver molinos. La vecina aceptó mi explicación y acompañó con la mirada nuestra marcha. El perro dejó de ladrar, tan lastimosos nos tuvo que ver.

La siguiente cueva estaba vacía. Una escalera de piedra gris llegaba hasta una puerta cerrada con un grueso candado. Las ventanas permanecían clausuradas con tablones de madera. Dos faroles, adornados con geranios ya mustios, escoltaban la entrada. En una piconera querían florecer tajinastes y cactus. No sé por qué pensé en el *venerable* político. Si venía a disfrutar de su cueva de San Juan a Corpus, nada mejor que llenarla de plantas que no necesitaran demasiados mimos.

Aún quedaba una curva a la derecha, ochenta metros de camino recto y tres casas más. Le susurré a Delia que anduviera tranquila. Y permanecí atento al movimiento de sus hombros anchos por si hablaban. La primera de las tres cuevas era quizá la más amplia y señorial de todas. Tenía incluso un portalón grande de garaje y un gran árbol a la entrada y un mirador. Se habían tomado la molestia de techar el alféizar con tejas rojizas. Allí debía de vivir el músico. ¿Quién sabe si en lugar de un garaje hubiese levantado una pequeña sala de audiciones o un estudio de grabación? Delia giró la cabeza para observarla y siguió andando sendero abajo.

Solo quedaban dos y no había color. La una estaba emperifollada de un modo pretencioso. Con mariposas multicolores pintadas sobre la pared blanca, móviles de caracolas, monedas de lata que sonaban al paio de las ráfagas de viento, cenefas cursis en cada esquina. El remate de la puñeta era un enanito en el jardín y un buzón. ¡Un buzón! ¿A quién se le ocurría un buzón en el desierto? Imposible que fuese el escondite de Martín Socas. Un hombre que pretende pasar desapercibido no decora su cueva como un cuento de hadas. Aquella debía de ser la morada del médico.

Al fondo a la derecha.

Como los baños, el peligro se escondía al fondo a la derecha. Era un conjunto de oquedades dispersas, descuidadas, de distintos tamaños en la piedra. Cambié de estrategia y decidí colocarme justo detrás de Delia. A la sombra de la mujerona, que

seguía andando atenta a cualquier ruido extraño. Sus hombros se tensaron a medida que llegábamos. Sus pasos se fueron ralentizando como si esperara el primer disparo. Yo también lo temía así que le ordené que abandonase el centro del sendero. Preferí andar pegado a la roca, protegido por los muros de la casa cursi.

Miré el reloj. Había pasado casi una hora desde mi conversación con Álvarez. En cualquier momento mi amigo alertaría a la Guardia Civil. La casa cuartel estaba en Tejada con lo que disponíamos de media hora, tal vez cuarenta minutos antes de que llegara la caballería. Seguía lloviznando. Y el único sonido de la tarde era el de la lluvia contra la tierra y el viento azotando los matorrales.

Le pedí a Delia que se detuviera. Necesitaba calma durante un segundo. Nada. Silencio de nuevo. Un silencio mortificante que parecía que no nos iba a abandonar nunca. Llegamos a la puerta de la primera de las cuevas. En puridad no podía hablarse de puerta, todo lo más una valla medio corroída por la carcoma que se desarmaba de una patada. Y la cueva no estaba construida. Aquel no era lugar para ocultar a nadie.

La segunda también estaba vallada pero con un cercado más firme. Detrás, un caminito daba a lo que parecía un refugio con techumbre de aluminio. Le señalé esa dirección a la librera. Me llevé el índice a la boca. Nada de bullas. La verja estaba abierta, no hizo falta tumbarla a zapatazos, y en cinco pasos estuvimos ante la puerta de la covacha. Le ordené a Delia que la abriera despacio. La mujer negó con la cabeza. ¿Por qué? ¿No habíamos quedado en que Martín no era un salvaje? Entonces no tenía nada que temer, jamás se le ocurriría disparar contra su propia hermana. Ah. ¿Que podía ignorar que fuese su propia hermana la que estaba en el umbral? Pues habría que presentarse.

Delia preguntó con voz trémula —¿el frío, el pánico, la fatiga?— si había alguien dentro. No hubo respuesta, lo que no tranquilizó a nadie. La mujer temblaba. Acarició la madera con sus dedos regordetes. Se atusó el pelo para estar presentable. Dejó claro quién era. Teté. No. No era una señal convenida para casos de peligro ni una contraseña secreta. En casa la llamaban así. Era, pues, Teté la que llamaba. Siguió sin haber respuesta. Me estaba hartando de tanta monserga así que abrí la puerta rodeando el cuerpo de la mujer con el brazo, mientras me mantenía azocado detrás de ella.

Nos recibió un olor nauseabundo a cebolla manida y viandas descompuestas. La estancia estaba oscura. Empujé a Delia adentro. Busqué el interruptor a tientas con la mano. Una luz macilenta nos descubrió un jergón deshilachado en el suelo, una mesilla costrosa, un fregadero habitado por restos de comida, cucarachas y moscas para parar un carro. El único sonido era el runrún asmático de una nevera Westinghouse de los setenta. Imaginé a la persona que vivía, que llevaba viviendo dieciocho años en tremenda leprosería. Entendí su rabia y sus ganas de venganza contra mí y contra el mundo. Cualquiera habría perdido la cordura, cualquiera habría preferido morir dieciocho veces antes de soportar aquello.

Delia debió de pensar lo mismo porque se tapó la boca con una mano y comenzó a llorar. Esta vez había más lástima, más remordimiento que miedo en su llanto. ¿Cuánto hacía que no visitaba a su hermano? Ni más ni menos que dieciocho años. Al salir tuvo que sujetarse a la pared del refugio. Creí que iba a vomitar de nuevo pero solo estalló en un grito mudo de dolor que le deformó el rostro. Por primera vez desde que la conocía sentí afecto por la mujerona. Hay vacíos más poderosos que todos los llenos del universo y eso no se remedia con ninguna piedra.

El camino se había acabado.

Ante nosotros apareció una fronda de matorrales y arbustos medio secos entre los cuales se abría una angosta escalera de roca natural. Para los turistas amantes del senderismo, supuse. Lo que no tuve que suponer fue que a Delia le iba a costar un triunfo descender aquel barranco. La vi renquear hasta detenerse en el primer recodo junto a un árbol. Se palpó el pecho, No pretenderá que baje por este cabañal ¿verdad?; porque le saldría más barato pegarme un tiro aquí mismo y acabar con todo.

La perspectiva, tenía razón la librera, era retorcida no solo para ella sino también para mí. Aproveché la parada para recobrar el resuello. El hombro se me había despertado. Comenzaba a sentir un latido en la sien y un leve mareo: estábamos en uno de los puntos más altos de la isla y tanta pureza de aire daba vértigo. A unos quince metros ladera abajo se veía el principio de otra construcción. Tal vez nuestra última oportunidad.

Le propuse a mi rehén llegar hasta allí. Ni un paso más, se lo prometía: si no encontrábamos a Martín o a Elizabeth nos volvíamos al coche a esperar refuerzos. Delia señaló el tramo de sendero que nos quedaba y preguntó si era consciente yo de lo que nos iba a costar, si sabía yo el peligro para sus rodillas y mi hombro, si había pensado yo en que luego había que volver a subir la cuesta. Era consciente, lo sabía, lo había pensado.

Pero también confiaba en que en algún momento dejaría de llover. En que podríamos descansar un rato antes de regresar. En que a la vuelta ya no tendríamos prisa por llegar a ningún sitio. Delia había recobrado la serenidad. Había algo en su mirada, un poso de negrura, que debió de alertarme pero ni mi hombro ni yo estábamos para sutilezas. ¿Solo hasta aquella cueva? Solo hasta allí, le daba mi palabra. Que no lo hiciera por mí sino por su hermano, debíamos detener aquella locura antes de que fuera demasiado tarde. La mujerona bufó sonoramente. Mi palabra podía irse a la mierda pero haría ese último esfuerzo por Martín.

Estuvo a punto de resbalar dos veces. Me lanzó la mirada de Mefistófeles. Se cagó en todo. Me culpó hasta de la última de sus desgracias. Me juró que, si salíamos de allí, iba a ponerme un pleito por secuestro, intento de asesinato y robo. Robo, sí. El cuarzo es de las piedras más caras de la naturaleza. No sé si tanta amenaza le dio fuerzas pero hizo el resto del camino de corrido, me dejó atrás y llegó a la cueva bastante antes que yo. Y allí, amigo, se me acabó la ventaja. Perdí mi baza como la

virginidad: sin darme cuenta de lo que se me venía encima.

La había visto doblar la alambrada y adentrarse en el jardín. Pero cuando llegué allí había desaparecido. Seis, siete segundos después ya no estaba. Entré boqueando del esfuerzo. Me apoyé en el muro que miraba a la casa. Esperé por si algo se movía. Ridículo. Me hallaba de pie, como en un paredón aguardando a que alguien abriera fuego. Grotesco. Y con una pirámide de cuarzo como única defensa. Absurdo. De alguna parte me llegó un balido de cabras. Qué manera más gilipollas de morir.

La construcción era más grande de lo que uno podría esperar. Tenía dos alturas ganadas a la montaña a golpe de pico y pala. Y un pozo de agua. Y un banco de piedra rústica junto al que descansaba una bicicleta de montaña, con las llantas gruesas. Y una hiedra enamoradiza que cubría toda la pared de la izquierda. La falta de oxígeno tuvo que haberme aturrido porque no pensé dónde se había metido Delia Socas. Pensé en lo bonito que podría ser aquel sitio con un poco de cariño, unas tijeras de podar y una escoba.

Me agaché instintivamente. Fui gateando hasta el pozo. Me cubrí tras el círculo de ladrillo que lo rodeaba, una defensa de apenas medio metro de altura. Aguardé. Había dejado de llover. Un extraño silencio se apoderó de todo. A la distancia en que me encontraba del pozo debía de escucharse el agua filtrándose a través de la roca pero no se escuchaba. Me levanté con cuidado. Miré adentro. Mierda. Una fosa ciega, sellada con adoquines. Un pozo de pega que llevaría dieciocho años sin ejercer de pozo.

Una contraventana del segundo piso crepitó. ¿Me estarían acechando? Comprendí que volvía a estar expuesto desde mi frágil escondite. Corrí tan rápido como supe hacia la casa. Sentí la piedra húmeda en la espalda. Me recorrió un escalofrío. Seguía aturrido, sin duda, porque me resultó un paisaje soberbio el que tenía Martín Socas enfrente de su cueva. Una lengua de valle sombreado con el pico del Fraile y, algo más atrás, el Roque Nublo. Había salido el arco iris. El cielo se había abierto a mitad de los riscos y dejaba caer a plomo unos febriles rayos de sol. Olía a tierra mojada y a miedo.

A mi miedo.

Volví a hacer cuentas porque algo no cuadraba. Medí a ojo la distancia que separaba la verja de la casa. Debía de haber diez metros con el pozo de por medio. Yo había perdido de vista a Delia Socas siete segundos. Ni aún teniendo sus movimientos preparados de antemano la mujerona habría podido recorrer esos diez metros, abrir la puerta y entrar antes de que yo llegara. No con su peso, sus sandalias, el cansancio del viaje. Tenía que haber otra entrada. Seguía sin oírse nada dentro de la casa. El portón estaba trancado con llave. Otra entrada. La busqué. Sin abandonar la sombra de los muros caminé de nuevo hasta la verja. Otra entrada. Oculta entre la hiedra.

La jodida enredadera se enamoró de mí. Me lanzó varios besos espinosos, abrazos apasionados que me laceraron la frente, la cara, el codo derecho, un muslo. Casi me

salta un ojo en su fervor de amante. A tientas fui buscando alguna hendidura, algún hueco por donde pudiera caber una persona del tamaño de Delia. Tenía que estar allí. Me fui dejando la mano en el intento, empujando, pateando, golpeando con el puño la piedra. Hasta que descubrí una ranura. Una puerta oculta entre las hierbas. Una puerta con pomo de alambre, que se abría hacia fuera.

Ya no estaba aturdido. Dejé de pensar en la belleza del arco iris, en el olor a tierra, en el rumor del viento contra los matorrales. Me iba la vida en ello. Pensé en Delia Socas llegando a la valla, entrando en el jardín, buscando la puerta secreta con la que jugaba de niña al escondite inglés. Y cruzándola. Y alertando a Martín de mi presencia. Y urdiendo junto a él una emboscada. Y poniendo en peligro la vida de Elizabeth. Cabrona, ella. Imbécil, yo. Debí de haberle pegado ese tiro en el árbol del camino.

## Dieciséis

El orden de los factores no altera el producto.

Pero el sentido en que se abre una puerta sí. No es lo mismo que se abra hacia dentro y puedas parapetarte detrás de ella a que se abra hacia fuera y quedes totalmente expuesto. Es cierto que la puerta secreta del jardín de Socas no hubiera detenido ni un dardo de juguete pero al menos podía haberme permitido resguardarme, disimular mi posición, entrar rodando hasta buscar refugio. Aunque qué refugio iba a buscar si no tenía ni idea de lo que había después. De poca ayuda iba a servirle a Elizabeth si me mataban a las primeras de cambio.

Necesitaba averiguar lo que me esperaba al otro lado de la enredadera cariñosa. Y solo había una forma, a riesgo de perder algo de tiempo. Confié en que no le harían nada a mi vecina. Martín me quería a mí. Ella solo era la moneda de cambio y ni un hombre nublado por su afán de venganza iba a desperdiciar esa moneda antes de necesitarla de verdad. Solo una forma. La única que se me ocurría.

Regresé a la casa grande. Busqué algún acceso. Hallé un ventanuco por donde podría caber. Un ventanuco que daba a lo que parecía una sala de estar venida a menos. La decoración no mejoraba la que habíamos visto antes: un sofá destartado, un aparato de televisión antiguo, un perchero de caña en el que se pudrían una gabardina y dos sombreros, una mesa sin gracia sobre la cual había una botella de agua y algunas cajas vacías de medicinas.

Saqué el pañuelo que había ofrecido a Delia para limpiarse después de su indigestión. Aún olía a vómitos. Me envolví la mano para darle una trompada al cristal. Sin duda estaba viejo yo. Aturdido. Agotado. Lo supe cuando me miré la otra mano y descubrí la pirámide de cuarzo. Qué torpe, Ricardo, qué torpe; tú sigue perdiendo el tiempo en gilipolleces y verás lo que te dura la suerte. Le di con tanta rabia con el cuarzo rosa que destrocé la ventana entera. El pañuelo, no hay mal que por bien no venga, me sirvió para liberar de cristales los bordes del bastidor. Sin peligro de cortarme, salté dentro. Fui al encuentro de la puerta del salón, junto a la cual se hallaban las escaleras que daban a la segunda planta.

La segunda planta estaba vacía de toda vida. Martín Socas no se había molestado en amueblarla. Ni paredes tenía. Era una estancia entera y muerta de lado a lado. El suelo polvoriento no había sido pisado en años. Buscaba una ventana que diera al muro donde crecía la hiedra. La encontré, disimulada por una capa de hollín y roña. La abrí. Encontré cerrada la contraventana de madera. Me limité a romper una de las tablillas para no denunciar mi presencia. Fue suficiente para tener una visión de lo que había detrás de la puerta secreta por donde Delia había corrido a refugiarse — ilusa— en los brazos de su *querido hermano*.

Ilusa Delia, sí.

El establo donde Martín guardaba sus cabras era un recinto pequeño y sucio, junto a un cobertizo cerrado de adobe. Allí le habría sacado la foto a Elizabeth. Fuera,

cuatro cabras y dos baifos triscaban en el heno. Permanecían en círculo como si evitaran mirarse. Pero no. Lo que evitaban era acercarse al bulto que permanecía en el centro del corral. Un bulto inmóvil, en una postura extraña, como un pelele con la cara hundida en el estiércol.

Ilusa Delia Socas, que había saltado de la sartén al fuego. Seguramente al Lindo Martín no le gustó la visita. Tal vez lo viera como una traición, su hermana conduciendo al enemigo hasta las puertas de la propia guarida. Tal vez no habría dejado ni que se explicase. Tal vez la librera no habría tenido oportunidad ni de contarle que yo la había secuestrado a punta de cuarzo rosa, que la había obligado a acompañarme, que ella había intentado por todos los medios retrasarme, engañarme, perderme. Martín la habría visto llegar y habría comprendido que el final estaba cerca. Tal vez no estaba preparado. Tal vez habría sentido miedo. Y se la habría quitado de encima como a una mosca molesta, cuanto menos bulto más claridad. Esperé por si el cuerpo se movía. Iluso también yo.

Aparte del de los animales, que seguían indolentemente mascando su forraje, no había más movimiento en el corral. Me alongué a la ventana por si Martín había decidido esconderse en un punto ciego del otro lado de la pared, en cuyo caso su sombra debería apreciarse en el cenagal. No vi a nadie. El cuarto de aperos tenía una puerta baja que había que franquear agachado y una ventana opaca con los cristales tintados. Dentro, la oscuridad más absoluta. Busqué una leve luz, algún destello que reflejara la posición de Martín y de Elizabeth. Solo hallé negrura.

Desesperado, volví a bajar las escaleras, salí de la casa y alcancé la puerta secreta en cuatro zancadas. La pirámide de cuarzo seguía conmigo. Me había acostumbrado a su peso y a su forma tanto que parecía ya una prolongación de mi brazo. Además, me pareció baldío desprenderme de ella cuando estaba tan cerca del final. Porque era el final. Ya lo había sido para la pobre Delia Socas e iba a serlo para alguien más esa tarde —el cielo se había vuelto a cerrar— nebulosa y gris.

La puerta secreta no tenía cerradura ni candado. Solo un moño de alambre del que jalar. Intuí que Martín no le habría encontrado sentido a sellar una puerta que nadie conocía y por la que tenía que pasar a diario para llevar a sus animales a pastar. Antes de abrirla se me vino esa imagen a la cabeza: Socas sacando a las cabras al barranco. Me agaché a examinar el suelo del jardín. Era césped. Césped. Mal cuidado y nada uniforme. Con calvas aquí y allá y un exceso de hierba en algunas partes pero césped. Y luego estaba la hiedra que se mantenía compacta. Por allí no había pasado una cabra en dieciocho años. Son animales que se comen hasta los cartones, carajo. Se habrían merendado todo lo que hubieran encontrado a su paso y en aquel jardín no había huellas ni cagadas ni brechas en la hierba.

Tenía que haber otra salida al barranco.

Me regresó el cansancio, el dolor en el hombro y la visión insistente de un laberinto del que no conseguía salir. Me olvidé por el momento de la puerta secreta, salí al camino, rodeé la estructura del corral hasta encontrar una estrecha estacada en

la parte de atrás desde el que pude ver de cerca a los animales. Al lado se levantaba la pared trasera del cuarto de aperos. La pared de adobe que me separaba de mi amiga más reciente y mi enemigo más antiguo. Tanteé el muro. Era sólido, ahí no estaba la respuesta. Volví a acordarme de mi padre: *Al que nace pobretón le pasa lo que al cabrito: o sirve para cabrón o lo matan cuando chico.*

Comprobé la estacada. La madera mohosa cedió con facilidad. Pude abrirla sin demasiado ruido. Me agaché en un rincón tras un fardo de heno. Olía a mierda. Mejor. Así podría olvidarme un rato de mi propio miedo. Uno de los baifos se espantó y corrió a refugiarse entre las patas de su madre. El grupo de animales se abrió en abanico y el cadáver de Delia quedó a la vista. La cara sepultada en el estiércol. Una mancha de sangre le cubría la coronilla. Había perdido una sandalia. Un brazo se le había quedado debajo del cuerpo en una posición inverosímil. La túnica se le había levantado hasta la cintura. No llevaba bragas. El cabrón de su hermano ni siquiera le había permitido un atisbo de dignidad en la muerte, coño.

Claro que él habría retorcido la situación. Me habría replicado que, si yo no la hubiese obligado a venir, la librera aún seguiría viva. Y sí pero no: habría tenido razón y no la habría tenido. Porque la última vez que yo la había visto, bajando la cuesta, Delia respiraba. Con dificultad pero respiraba. Cagándose en mis muertos a cada paso pero respiraba. Así que ni de coña me iba a sentir responsable de aquella muerte, como tampoco me sentía responsable de la vida de porquería que había llevado Martín. Yo no lo había empujado a aquel precipicio. Ni a él ni al juez Chacopino.

El suyo era un secreto a voces, un misterio de pacotilla. No lo había desvelado yo, todo Cristo sabía de sus andanzas. Y si se hubieran mantenido lejos de las drogas y los cambalaches, aún podrían andar triscando como cabras bajo los álamos del paseo de Madrid sin que nadie levantase un dedo para evitarlo. Eso pertenecía a su vida privada. Así que no, ni hablar. Por más que me estuviera tупiendo la nariz, me estuviera cercando en su chiquero y la estuviera pisando en ese instante, aquella no era mi mierda.

No pude quitar la vista del cadáver de Delia. La piedra con la que le habían abierto la cabeza estaba allí, a unos centímetros de mi rincón, medio hundida en un ovillo de heno, con las babas de sangre aún húmedas. La piedra. ¿Qué decían los curas que había dicho san Mateo que había dicho Jesús sobre la piedra? *Tú eres Pedro y sobre esta roca edificaré mi iglesia y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella* o algo así. ¿Y si fuera cierto?

La agarré con la mano libre y la lancé con las pocas fuerzas que nos quedaban a mi clavícula y a mí contra la entrada secreta con que los Socas jugaban de niños. Era cierto. La puerta del hades no prevaleció: se abrió con un estruendo infernal.

De pronto, desde mi parapeto vi astillarse el muro, vi la arenisca que levantaba una ráfaga de balas contra la pared. Uno, dos, tres, cuatro remolinos de polvo. Cuatro disparos y un grito salvaje que surgía del cobertizo. Las cabras se revolvieron, sus



ojos desorbitados llenos de espanto, sus balidos histéricos, sus brincos. La más grande salió corriendo por la puerta entreabierta. Las demás la siguieron desoladas, como si la vida les fuera en ello. Sin embargo, uno de los cabritos se quedó enganchado en un muñón de hiedra que sobresalía de la abertura. Sus chillidos de angustia y de dolor apagaron la voz de Martín Socas. La madre regresó a ayudarlo pero no podía hacer nada. La pata izquierda del animalillo se había quedado atrapada en el abrazo querendón de la enredadera y cada movimiento desesperado lo aprisionaba aún más.

Había despertado a la bestia.

Seguí agazapado en mi rincón pestilente. Sudaba. Noté el calor subiéndome desde la ingle, bajándome desde el hombro, concentrándose todo en el pecho. No podía respirar. Sudaba y me asfixiaba a partes iguales. Eso debe de ser el pánico. Pero uno aprende a aguantar y a esperar. Respiré hondo. Allí ya no iba a servirme la estrategia de Sean Connery. Se me había pasado el tiempo de lanzarme al submarino enemigo para desactivar la bomba. Había despertado a la bestia y la bomba ya estaba en marcha. Tocaba esperar. Esperar. A que el otro cometiera un error.

El error de Martín Socas fue la precipitación. Y las ganas de acabar de una vez conmigo. Y quizá un exceso de teatralidad. Si hubiese mantenido la calma, si hubiese ralentizado su venganza —ahora es fácil decirlo— habría comprendido que yo no podía estar al otro lado de la puerta secreta. Porque, conmigo allí, la cabra no habría vuelto a por su cría. El animalillo tenía más miedo que yo.

Oí cómo se abría del todo el cuarto de aperos. Alguien pisó una rama y el quejido del palo daba dentera. Dos sombras, tan cosidas una a otra que parecían una sola, salieron a la luz. Se dirigieron como en un vals burlesco al centro del establo. Se detuvieron junto al cuerpo sin vida de Delia Socas. Elizabeth llevaba un pulóver costroso sobre su vestido deshilachado. Continuaba amordazada, las muñecas atadas a la espalda con una soga de esparto. Martín la sostenía por detrás para que no cayese al fango. Una de sus manos aferraba el nudo, la otra blandía el arma cuyas balas habían destrozado mi hombro y el buzón del vecino del ático B. Apuntaba con ella al costado de la cubanita. La apretaba con fuerza contra su cintura. Pensé en las balas. Me preguntaba cuántas le quedaban.

Tocaba esperar. No podía lanzarme contra el tipo sin arriesgar la vida de Elizabeth. Un tiro desde esa distancia no se fallaba. Le abriría un boquete. La atravesaría. Esperar. Pero no demasiado porque mis piernas comenzaban a agarrotarse de tanto andar acucillado. Esperar. A que Martín creyera que estaba al mando, soñara con que dirigía el cotarro. Otro iluso, Martín Socas. No sabía que quien dirige el cotarro no siempre es el que lleva el arma.

El asesino fratricida aprovechó sus cinco minutos de gloria para reivindicarse. Teatral, quiso explicarle a su público —Elizabeth, las cabras, yo; a cuál más atemorizado— cómo se había llegado a aquella situación. Su voz, ahogada, turbia por lo que yo pensé que era la cólera, se decidió a revelar por qué hacía lo que estaba

haciendo, por qué tenía que rematar su venganza. Sí. Venganza. A él ya no le valía con la justicia. Yo les había jodido la vida. A él y a su familia. Ya no tenía nada que perder sin su madre, sin su padre, ahora sin su hermana. Que mirara el público a su hermana —la señaló con la pistola, como un actor de teatro—, allí tan desnuda y tan muerta. Sí. La suya también era una vida perdida para siempre.

Sus gritos se enturbiaron con una tos asmática. ¿Lo estaba oyendo yo, hijo de perra? ¿Iba a dejar que Elizabeth muriera también por mí, miserable cobarde? ¿No tenía huevos para enfrentarme a él como se enfrenta un hombre?

Y levantó la mano con la que asía el arma. Y se puso a jugar con la vida y la muerte de su rehén. Y preguntó dónde quería que le metiera el primer balazo. ¿En la cabeza? No. Demasiado rápido. ¿En una pierna? No. Demasiado suave. ¿En el estómago? Ajá. En el estómago estaría bien. La muchacha tardaría un buen rato en morir, se revolcaría de dolor y podríamos disfrutar con su canto de cisne.

Debió de creer que a la escena le faltaba chicha, que necesitaba garra dramática. De nada le servía la declamación histriónica si Elizabeth no suplicaba por su vida. Por eso le arrancó de un tirón la mordaza.

Y allí perdió su ventaja.

Aquel exceso me brindó una oportunidad. El esparadrapo se le enmarañó y vino a pegársele a un dedo y al cañón de la pistola. Y, claro, mientras el Lindo Socas lo desenredaba tuvo que soltar a su prisionera. Y yo dispuse de los dos segundos que necesitaba. Dos segundos. Uno para salir del rincón y otro para saltar a escena, detener su delirio, dejar caer sobre él mi bendición de cuarzo rosa.

La cresta de la pirámide le agujereó el cuello detrás de la oreja. Sentí la carne y los músculos desgarrarse, quebrarse como papel cebolla. Y la sangre caliente me salpicó la cara. Elizabeth cayó de bruces sobre el cuerpo de Delia y liberó todos los gritos que llevaba aguantando desde que la amordazaron. Yo acabé de rodillas sobre las piernas de Martín, que se apretaba el pescuezo con ambas manos. El hombre intentaba decir algo pero la voz no le salía. Las cabras seguían balando con la mirada de pánico intacta. No sabían si regresar a un refugio que ya no las refugiaba o esperar en el jardín. Hicieron como yo: esperaron.

Volvió la lluvia. Me limpié el rostro de la sangre de Socas. La escupí. Gateé hasta Elizabeth, que no sabía cuál de los dos estaba herido. La tranquilicé, Ya pasó todo. Le desaté el nudo de la soga, Tranquila. Le acaricié el cabello, Respira. Le entregué la pistola, por si a Martín se le ocurría recobrar antes de lo esperado, y fui a rescatar al pobre baifo que también comenzaba a desangrarse. El resto del rebaño se alejó de la puerta. La cría, una vez liberada, con paso torpe fue a reunirse con su madre. Me di la vuelta con el tiempo justo de asistir al final de la obra, un final digno de la venganza de un loco.

Sería porque volvió la lluvia. O porque Socas quiso aprovechar hasta el último aliento: con una sonrisa que espantaba se había levantado y corría hacia mí con la pirámide de cuarzo en una mano. O sería porque Elizabeth, de rodillas aún, estaba

harta de todo.

A la pistola le quedaban tres balas. Tres balas igual que en el zaguán. Tres balas pero con mejor puntería. La primera le rozó el muslo derecho. La segunda le reventó una rodilla y lo hizo caer. La tercera le borró la sonrisa de loco de la cara. La muchacha seguía disparando un arma vacía cuando se la arranqué de las manos.

## Epílogo

Una vida de porquería, sin duda. Pero yo solo le había puesto un espejo delante para que se mirara. La infelicidad, la frustración las llevaba consigo antes de conocerme. Los ojos tristes ya eran suyos. Ya lo había mordido el perro de la soledad. En el colegio, porque era un niño raro. En el instituto, porque era marica. En casa, porque no servía para estudiar ni para nada. Lo salvó la belleza, una belleza extraña de árabe delicado, que enamoraba por igual a mujeres y a hombres. Pero todo conspiraba para que Martín Socas nunca fuera feliz.

Tal vez tuvo un amor verdadero. Una muchacha, Paula, que supo mirar más allá de su tristeza y que lo quiso hasta que dejó de tener razones para hacerlo. Lo quiso a pesar de sus obsesiones en un tiempo en que las obsesiones eran un Everest. Hasta que el desengaño fue tan grande que no hubo quien lo escalara. Paula no pudo soportar lo del paseo de Madrid.

Martín, derrotado, volvió a la casa de su infancia, a los riscos de Acusa Seca, sin importarle el frío ni el calor ni la lluvia ni el viento. Porque al fin y al cabo la infancia es siempre la estación más hermosa. Y en aquella cueva, durante aquellos dieciocho años, fue curtiéndose, macerando su rencor, dando un paso tras otro hacia el abismo, la locura, la rabia.

Y algo más.

Primero había sido su madre, incapaz de sobrellevar la afrenta de aquellas fotos que alguien publicó donde se veía a su hijo de rodillas chupándose a hombres mucho mayores que él. Ya. No hubiera sido un consuelo verlo chupársela a chicos de su edad pero una madre se fija en lo que se fija. La hallaron una tarde en la cama con los ojos desiertos, junto a un bote vacío de píldoras para dormir y una botella de coñac medio llena. Por eso no habían hecho ceremonia de su muerte. Nada de esquelas ni duelos ni misas de réquiem. Martín se culpó por ello pero también culpó al naviero vasco y al detective que contrató el naviero vasco para coger a Chacopino en un renuncio. Hubo de reconocer que llegó a odiar al juez. Pero, después de la tragedia, el único amante que no le viró la cara fue él. Los demás —Elizabeth no podría siquiera imaginar cuántos hubo: hombres conocidos, desconocidos, casuales, siniestros, dulces, casados, tristes, hombres solos como Martín— le dieron la espalda.

En ese abandono, tuvo dieciocho años para preparar su venganza. En cierto modo, nuestras sospechas eran ciertas: había prometido a su padre no hacer nada mientras él viviera, ya bastante dolor le había causado, no podría soportar ya más tragedias. Y cumplió su promesa. Muchas veces se preguntó por qué la había cumplido, por qué no había mandado al carajo al viejo, por qué no había acabado con su vida también. No supo responderse. Acaso, igual que otros niños se inventan un amigo invisible, Martín Socas se inventó un padre de mentira: uno que lo quería tal como era, que jugaba con él a la pelota, que le despeinaba el flequillo y lo abrazaba. De mentira. O tal vez fuese una necesidad imperiosa de la figura paterna y esas pollabobadas

freudianas.

Dieciocho años para su venganza. Practicó con algunos animales en el barranco. Mató con sus propias manos a un aguilucho, al perro de una vecina, a una cabra que se le quedó vieja. Hasta que un día dio el gran salto en la cadena natural. Fue cuando se enteró de que Bernardo maltrataba a Delia, de que le pegaba unas palizas descomunales. No lo quiso creer, su cuñado parecía tan poca cosa, tan sonso. Hasta que una tarde el muy bruto de Durán le fracturó la mandíbula y le reventó el tímpano de una piña a su mujer. No es que Delia fuera santo de su devoción (siempre la había considerado una rémora) pero era su hermana pequeña, carne de su carne y sangre de su sangre. Así que Martín tuvo por fin con quién descargar la furia.

Fue fácil, incluso para alguien ya enfermo. Más fácil de lo que jamás hubiera pensado. Fácil convencer a Bernardo de que tenía un negocio cojonudo que los iba a hacer ricos. Fácil atraerlo a la cumbre, a los riscos de Tejeda, con la excusa de que el terreno que iban a comprar por tres mil euros y revender por trescientos mil estaba ahí, lejos de las garras de otros inversores. Fácil guiarlo por el desfiladero para enseñarle la parcela. Fácil señalarle justo dónde estaba. Fácil empujarlo al vacío. Fácil rematarlo abajo con una roca afilada que luego hundiría en una poza cercana. Y fácil que todo el mundo creyera lo del accidente.

Lo más duro fue volver a casa, por los riscos, en la bicicleta con la que solía salir a pasear su rabia y su dolor. Porque el mal ya estaba comenzando a hacer mella en su pecho. Le costó mucho más de lo esperado. Tuvo que detenerse a descansar en un par de ocasiones. Pero la recompensa lo valió, allí no hubo culpa que sirviera. Disfrutó de su hazaña como un chiquillo. Lo celebró por todo lo alto, sacrificando a un baifo y abriendo un vino y brindando a la salud de Delia liberada, Delia viuda feliz, Delia viva de nuevo.

Y entonces vino lo de su padre. El viejo sufrió una caída tonta en el baño. Una caída cuyas secuelas no parecían serias pero que fueron enredándose y enredándose como una hiedra angustiada hasta que, tras un año de constante ida y vuelta a los hospitales, la cosa se puso fea de verdad. Al final Guillermo Socas se pasó una semana vegetando en la clínica, enchufado a una máquina, regateando a la muerte.

Y ya no tuvo sentido mantener la promesa.

Después de la muerte de su padre y antes de que se le enfriara el cabreo, antes de que le pudiera algún tipo de remordimiento, antes de que su mal se lo impidiese decidió viajar a Bilbao, la primera estación de su venganza. Sí. Claro que podía viajar. Con una identidad falsa que le había procurado su amigo el juez, quien hace la ley hace la trampa. Hay que tener amigos hasta en los juzgados. Ah, no, coño, que es hasta en el infierno. Pues eso. Una identidad falsa. Álvaro Coronado era su nuevo nombre. Tenía una partida de nacimiento y un carné de identidad que lo atestiguaban.

Viajó a Bilbao. Allí se alojó en una pensión barata del barrio viejo. Y consiguió la dirección de Pérez de Sepúlveda, la de un chalet de tres plantas en Begoña. Y lo acechó hasta encontrar una oportunidad, la noche en que el armador se quedó solo

preparando la cena. Socas entró por una ventana mal cerrada, subió sin hacer bulla a la cocina, pilló a Sepúlveda desprevenido, le estampó un cenicero en la cabeza. Y lo vio morir. Y probó el pisto que estaba cocinando, algo espectacular, una delicia. Y se llevó la cuchara de madera que había cogido para catar el guiso. Y la tiró a un contenedor de basura a cuatro manzanas del chalet. Esa noche durmió de un tirón.

Y al día siguiente regresó a Gran Canaria. A por mí.

El problema fue el arma, nunca había usado una. Pertenecía a Bernardo Durán. Delia se la encontró en el altillo de un ropero mientras hacía majo y limpio con las cosas del difunto. No podía explicar de dónde la había sacado su marido pero allí estaba. No supo qué hacer con ella, le entró miedo y se la dio a Martín. Por eso la tenía él.

Pero no practicó nunca con la pistola antes de lo del zaguán, así salió la cosa. Claro. No podía irse a pegar tiros a Acusa Seca, un barranco que es una caja de resonancia, que estornudas en una orilla y te dan el Jesús desde la otra. Aquella no es zona de cazadores. ¿Y si alguien lo oía y llamaba a la Guardia Civil, por ejemplo esa enfermera fisgona que todo lo largaba? La Portera la llamaba Martín porque su cueva es la primera de todas y hay que pasar por delante de ella para llegar a cualquier sitio. Chismosa de mierda la enfermera, cómo la detestaba. Por eso le había matado el perro. Para que se jodiera.

¿Por dónde iba?

Ah, sí. Quedábamos entonces en que no había practicado con el arma y por eso falló. Hasta ese momento había usado solo las manos. No conocía el funcionamiento de la pistola y eso, unido a que tampoco conocía al dichoso detective, le hizo errar estrepitosamente. Un desastre. Tres tiros para herirlo en el hombro, un rasguño de nada. Tanto trabajo de seguimiento para qué. Chiquita mierda de asesino. Pero le faltó poco. Estuvo a punto de pillarlo en la escalera hasta que llegó ella, Elizabeth, Tú, metomentodo, a abrir la puerta; ya podías haberte quedado en casita, fisgona tú también.

Se volvió a Acusa Seca de vacío. Bueno. No tan de vacío. Al detective, en su huida, se le cayó la cartera ensangrentada de la que Socas se aprovechó para dar su último golpe de efecto. La recogió del escalón con un pañuelo. Sí. El mismo pañuelo con la misma sangre que hallaron en el cadáver de la puta. ¿A que había sido una idea brillante? Se le ocurrió instintivamente, en el mismo momento en que Elizabeth, Tú, cubana de los cojones, le ofreciste asilo a tu vecino.

No todo estaba perdido. No iba a tirar por el sumidero dieciocho años solo por un pequeño revés. Era cuestión de encontrar otra víctima, ya dicen que el cementerio nunca se abre para un solo muerto. Y se le ocurrió la chica del burdel al que había ido unas noches antes. Sí, putas. Que Elizabeth no lo mirara así, a veces él también tenía sus necesidades y el juez ya no las satisfacía. Por supuesto que podía. A pesar de su mal, podía. Con esfuerzo y ayuda de unas pastillas mágicas, podía.

Pues la puta se llamaba Katia y era rusa o medio rusa. No era la más hermosa

pero era la que más le gustaba. La más frágil. Una víctima fácil a la que no le costaría matar porque le traía recuerdos. La cosa se le complicó un poco porque la puta estaba con la regla y a él esas cosas no le iban. Qué asco, ¿no? Tuvo que elegir a otra para follar esa noche, una más ordinaria, más vulgar. Así que tuvo que regresar una tercera vez para culminar su plan. Esa noche, aunque hubiese querido, no habría podido follársela porque los pulmones no le daban para tanto. Además hubiera sido demasiado evidente, demasiado expuesto. De manera que esperó a que acabara su turno.

Y así fue. Puesto que no había podido cargarse al detective ni en el zaguán de su casa ni en la clínica adonde lo llevaron ni mucho menos en lo del inspector aquel, le cargaría a Blanco el asesinato de la chica rusa. Tan cándida, tan suave la chica rusa. Parecía una muñeca de porcelana. Le recordaba a Paula, a la inocencia de Paula, al sabor de Paula. Ricardo Blanco se pudriría en la cárcel. Ja. Mucho mejor que matarlo. Un final prolongado y cruel. Eso pensó Martín. Pero los puñeteros detectives tienen más vidas que un gato montés.

Sí. Un gato montés. Cuando ya creía tenerlo donde quería volvió a entrar en escena el jodido inspector Álvarez y decidió por su cuenta y riesgo lo del arresto domiciliario. Para que luego digan que esos cabrones no se protegen entre sí. Con los escoltas que le pusieron no había quien se acercara a cien metros del detective. Fue entonces cuando pidió ayuda a Chacopino. Pero Chacopino también se cagó. No se atrevió a ordenar la entrada en prisión de Blanco. Dijo que era muy arriesgado, que había muchos colegas que se la tenían jurada desde lo del paseo de Madrid, que podían atar cabos y acusarlo de prevaricación. Qué prevaricación ni que niño muerto, carajo.

Y entonces también a él se le apareció la virgen cubana, ella, Tú, Elizabeth, fue una suerte que el otro día, siguiendo al detective, descubriese que tenemos algo en común; porque tú también lo seguías para protegerlo; qué curioso, ¿verdad?... al menos a mí me pareció curioso eso de que cuando le salvas la vida a alguien te haces responsable para siempre de él; oportuno el kundalini... claro que yo no le he salvado nunca la vida a nadie, más bien se la he arrebatado; pero eso va a acabar, solo me quedan dos y ya estaré en paz con el universo; solo dos para limpiar el karma, ¿no se dice así?... tampoco es que me quede mucho tiempo... me estoy muriendo, ¿sabes?... ¿no oyes cómo me muero?... este pitido en el pecho me repite a cada rato que me muero... pero antes de eso completaré mi plan... le tenderé una trampa a tu vecinito como a Bernardo... lo citaré en tierra de nadie, lo arrojaré al barranco más hondo que se me ocurra; y luego vendré a por ti; aunque no sé... podría tenerte de invitada en este cuarto de aperos... ¿te gusta este cuarto de aperos para vivir?; a mí me parece que está muy bien; sí, muy bien... con algunos arreglos podrías quedarte aquí hasta que yo me vaya...

Un ruido en el jardín, un jadeo y la puerta supuestamente secreta que se abría de golpe interrumpió el monólogo delirante del Lindo Socas. Porque aquello era un

monólogo. Sí. Aunque dos estén presentes en una conversación, si uno tiene la boca sellada con un esparadrapo, hay que considerarlo monólogo.

Había sustituido la cinta de embalar por esparadrapo para no llagarle la boca. Qué atento, Martín. Todo un caballero. Sin embargo, le había mantenido la mordaza porque por allí pasaba mucho excursionista, mucho viajero en busca de paisajes vírgenes, de soledad, de paz y no podía arriesgarse a que Elizabeth Monzón se pusiera a gritar como una loca y se jodiera el Perú. Además la conservó atada por seguridad y también, cómo no, con el fin de garantizarse la atención mientras le narraba con señales y pelos la historia de su vida.

Y es que hasta tres veces repitió su cuento, añadiendo en cada ocasión algún detalle nuevo que se le hubiera escapado en la anterior: lo del padre de mentiras fue a la segunda; lo de Katia y el parecido con Paula fue a la tercera. Y se lo hubiera contado una cuarta vez, sin duda, si no llega a aparecer Delia en el establo a precipitar los acontecimientos. Martín debía de seguir en trance, en pleno delirio narcisista porque, si no, no se explica lo que ocurrió después. Elizabeth fue testigo a través de una pequeña muesca de la puerta entreabierto del cobertizo. Su secuestrador se sintió interrumpido, molesto, traicionado. Oyó la voz de su hermana pequeña susurrar, Está aquí, Martín; el detective está aquí; me ha...

No dejó que acabara la frase. Le fue indiferente lo que venía después. Sus planes lo eran todo y aquella boba, aquella gorda, aquella lesbiana de mierda se los había jodido. La agarró por el cuello para que se callara. La tiró al suelo. Y le golpeó la cabeza con la piedra. Tres veces. Por boba, por gorda, por bollera. Sus planes, joder. Luego se quedó inmóvil a horcajadas encima de Delia, aguzando las orejas, como un perro de presa. Supo que había alguien trasteando en el jardín. El detective. Y regresó al cuarto de aperos a pensar cómo acabar con él. No paró de dar vueltas alrededor de su rehén. Su respiración se aceleraba con cada movimiento. De puntillas, a oscuras, se mesaba los cabellos. Apretaba los puños. Se aseguraba de que el esparadrapo estuviera bien fijado, de que el nudo de la soga resistiera. Volvía a revolverse. Sus planes. El resto ya era historia.

La muchacha, enfrascada en un chal, relataba aquella tarde como quien relata un sueño, una pesadilla inverosímil. No se parecía en nada a la que me había salvado la vida un mes antes. Había adelgazado, envejecido, perdido luz. Se notaba en la mano huesuda y venosa con la que jugueteaba con su collar de sabia amatista y en los ojos impacientes y fríos con que miraba al mar de La Garita. Sus anillos parecían prestados de tan anchos. Se observaba las uñas como buscando aún restos de tierra y barro. Se había duchado treinta veces en los últimos días para arrancar el olor a miseria y odio que se le había quedado pegado al cuerpo.

No miraba a nadie mientras describía su cautiverio. Se disculpó por no ser muy precisa ni organizada. Cuando una cree que va a morir no se dedica a prestar atención a las excusas de su verdugo. Nadie en esas circunstancias organiza el relato de los acontecimientos. Socas jadeaba sin parar de moverse por el cuarto de aperos,



ordenando su monólogo al mismo tiempo que ordenaba el espacio. Apilaba el heno en un rincón mientras recordaba la infancia jodida en el colegio y en casa. Colocaba los trastos de plantar junto con su desgraciada juventud perdida. Barría el suelo como queriendo barrer el drama de su enfermedad, con fuerza y desesperación.

Y luego estaba su muerte. Confusa. Elizabeth no recordaba mucho de esa parte, como si un velo lo cubriera todo. Cuando quiso darse cuenta estaba de rodillas en el fango, entre dos cadáveres. Olía a caca de cabra. Delia seguía boca abajo, la sangre de la coronilla se le había secado. Alguien, quizá ella misma, le había colocado bien el vestido. Martín yacía en una posición distorsionada, con las rodillas dobladas y el cuerpo hacia atrás. No tenía rostro. Ya no era lindo. En su mano sostenía una pirámide de cuarzo rosa que Elizabeth no entendía qué hacía allí. Su vecino de arriba tenía un arma y le acariciaba el cabello. Ni rastro de los animales.

Entonces el establo se llenó de guardias civiles.

Fue una celebración extraña, acaso porque no había nada que celebrar. El agujero de mi hombro había llegado para quedarse. El médico me aseguró que no iba a poder levantar el brazo como antes, que perdurarían las secuelas: una languidez traumática o un trauma lánquido, no recuerdo bien. Habían muerto cuatro personas y un juez indigno iba a quedar impune de su infamia, castigado tan solo con una jubilación anticipada.

Las autopsias de Katia y Pérez de Sepúlveda ya se habían efectuado, solo quedaba por rellenar la identidad de su asesino y de eso se encargó la Guardia Civil. La de Delia reveló que el primero de los golpes en la nuca había sido el definitivo, los otros dos no llegó ni a sentirlos. Estaba muerta antes de caer al suelo. Y la del Lindo Socas vino acompañada de un informe clínico que desvelaba una enfermedad terminal. Cáncer. Dieciocho años enclaustrado en una cueva, expuesto al gas radón, habían acabado por joderle, además del juicio, los pulmones.

Cáncer. El médico que se lo diagnosticó y le propuso un remedio temporal —el paciente había rehusado operarse, había declinado la quimioterapia, necesitaba tener despiertos todos sus sentidos para culminar su obra— no sabría nunca que, sin quererlo, había sido el causante de tres muertes inútiles. Cáncer. Elizabeth no sabría nunca que sus tres balazos solo habían precipitado el final de un lunático.

Nada que celebrar y aun así acepté la invitación de Miguel Moyano a su chalet de La Garita, a su magnífica terraza con vistas al Atlántico, a la mejor carne uruguaya refrigerada que podía conseguirse en la isla, al mejor ron que se pudiera encontrar en el universo. ¿Qué podía hacer?

De haberme resistido, me hubiese pasado un año entero aguantando las quejas de mi socio. Doce meses escuchándolo apelar a la amistad, al recuerdo de infancia, a la memoria de nuestros padres, a mi abuelo Colacho, al sursum corda. Acepté. Mi amigo jugaba a ser el perfecto anfitrión, atento a las necesidades de sus invitados. Pero no todas se podían satisfacer con vino y queso.

Susana, Inés y Concha intentaban sin éxito consolar a Elizabeth, que necesitaba

olvidar más que comer. Beatriz necesitaba de una vez por todas una vida sin sobresaltos. Gervasio, que alguien le explicara quién había ejecutado al final a Martín Socas. Y yo, que se disipara la melancolía.

Nada que celebrar. Una fiesta aquella con demasiados muertos.

Las Palmas de Gran Canaria, otoño de 2016